REVISTA MILITAR.

Periódico mensual,

REDACTADO

POR D. EVARISTO SAN MIGUEL.

N.º 3.º – junio de 1838.

Si vis pacem para bellum.

MADRID:
IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS,
calle de Toledo, frente á S. Isidro, donde se hallará.

MANIOBRAS DE LA INFANTERÍA.

Hemos dicho en uno de los números anteriores que la táctica era aplicable á todas las armas, á los pequeños como á los grandes trozos de un ejército. Veamos la que corresponde á la infantería tal cual se entiende en los actuales ejércitos de Europa.

Las maniobras de un ejército se reducen á combatir y á marchar, como tambien lo hemos indicado: la táctica de infantería consiste en explicar el método con que pasa de una de las dos posiciones á la otra.

La infantería combate en lo que se llama *órden de batalla*. No haremos á nuestro lector el agravio de definirle ó explicarle esta palabra.

En la infantería moderna cada soldado se halla en contacto con el que tiene á su derecha ó izquierda. La línea de batalla se compone ordinariamente de dos ó tres filas; nunca de una sola.

La formacion con tres filas reune á la actividad y solidez de resistencia la facilidad de movimientos que es indispensable: las filas aumentan sin duda la facilidad; pero disminuyen la esfera de la accion. Es sin embargo la formacion usada actualmente en España, y no la condenamos en atencion á lo irregular de la guerra en que estamos empeñados, y naturaleza del terreno en que ordinariamente se pelea. Sin embargo, adoptaremos la formacion de tres filas como el tipo de la buena línea de batalla.

La infantería al combatir forma una línea; mas no una línea llena sin intermisiones. Es preciso que deje algunos claros para abrir paso á los gefes que la mandan, y hacer su movilidad mucho mas cómoda.

Cada línea de batalla en la infantería se compone de *trozos* que son sus elementos. Cada uno de estos forma lo

que se llama ordinariamente un *batallon*. El batallon es, pues, la primera unidad de la línea de batalla.

¿Cuál debe ser la extension de cada uno de estos trozos lineares ó sean batallones? La que determine el número de hombres que puedan oir y obedecer directamente la voz de un solo gefe, y moverse aisladamente con desembarazo. Suponiendo que sean tres las filas y de doscientas personas que puedan oir á un tiempo la voz de un hombre solo, haremos ascender á seiscientos el número de los que componen cada uno de estos batallones.

Si estos batallones fuesen de mas fuerza, no serian acaso de fácil manejo en el calor y tumulto de una accion; si mas débiles, quedaria demasiado interrumpida la línea de batalla. Podemos, pues, fijar seiscientos como el tipo de la fuerza de un batallon en línea; y si contamos sobre estos, los hombres que se debe suponer estan enfermos ó empleados fuera de aquel acto de servicio, tendremos para un batallon una fuerza efectiva de seiscientos sesenta ó seiscientos ochenta hombres.

La fuerza de un batallon no es arbitraria, como vemos aqui de un modo claro. Está sujeta á las reglas del sentido comun y á la naturaleza misma de las cosas, como todas las doctrinas de la sana táctica. Si un batallon de poca fuerza es defectuoso, el que tiene una excesiva llega á ser hasta un absurdo. Hemos visto en la guerra de Navarra batallones con cerca de mil hombres en formacion ó línea de batalla. Conocemos que se obraba asi por no aumentar el número de oficiales, lo que seria indispensable disminuyendo la fuerza de los batallones. Mas no podemos menos de insistir en que estos trozos tan numerosos son una verdadera anomalía, tratándose sobre todo de la guerra irregular en que nos vemos empeñados, y de la escabrosidad del pais que es ordinariamente su teatro.

Un batallon forma un trozo compacto sin ninguna interrupcion de la línea de batalla; sus movimientos se deben verificar sobre esta á la voz de un solo gefe; mas este no debe ser el único en el mando, aunque el solo de su clase. Este batallon no puede estar siempre sobre una misma línea,

y necesita subdividirse en trozos que, aunque no tienen separacion de esta manera, obran como aislados en otras formaciones.

Designaremos cada uno de estos trozos con el nombre de *compañías ó pelotones*; y asi como para el todo del batallon hay un gefe, del mismo modo cada una de estas compañías tendrá el suyo.

Advertimos á nuestros lectores que no escribimos un tratado elemental de táctica, y sí solo observaciones sobre la de la infantería. Por lo mismo nos abstendremos de entrar en pormenores sobre la organizacion de cada una de estas compañías, el número de oficiales, sargentos y cabos sobre el puesto de su formacion en la línea de batalla, &c.

Nos contentaremos con indicar que el número de las compañías sea siempre arreglado á la fuerza de todo el batallon, que su número sea par, y que todas se hallen de un mismo modo organizadas.

En todos los batallones de los ejércitos de Europa se coloca á la derecha una compañía de preferencia con el nombre de *granaderos*, asi llamados, por las granadas de mano que antes arrojaban. Hoy, que ya no usan de este proyectil, parecia que tambien hubiese desaparecido el nombre; sin embargo subsiste como otros muchos que no corresponden á su significado. Es una mera indicacion á que no damos importancia.

En cuanto á la colocacion de los hombres en cada una de las tres filas de la línea de batalla, hé aqui lo que diríamos ateniéndonos solo á las reglas que prescribe el buen sentido.

En la mayor parte de los ejércitos de Europa es costumbre poner los hombres mas altos en primera fila, y los mas pequeños en segunda; de lo que resulta que el recluta inexperto que tiene buena talla eclipsa al valiente veterano que no le iguala en estatura. Nada hay menos racional ni mas injusto. La primera fila debe componerse de los mas bravos y experimentados, no de los mas altos. Es preciso sacrificar un poco los placeres de la vista á los dictámenes de la razon; pues al fin los militares no estan instituidos con el solo objeto de brillar y darse en espectáculo.

No es tampoco indigno de atencion el que cuanto mas al-

tos son los soldados de primera fila, con menos comodidad hacen fuego los de la segunda y la tercera.

Si es preciso establecer distinciones para algunos individuos del batallon, las propondríamos no para una sola compañía aislada, sino para los soldados mas beneméritos de cada una de ellas. Los mas valientes y experimentados formarian en primera fila cualquiera que fuese su estatura, y llevarian cierto distintivo: los que les siguiesen en estas cualidades formarian en tercera, y tendrian asimismo otra especie de honor que los hiciese conocidos; los bisoños y no acreditados se encajonarian en la segunda, y no llevarian distincion de clase alguna. Las tres filas tendrian tambien alguna sensible diferencia en sueldos, gratificaciones; y el pasar de una á otra seria por mérito ó demérito segun la conducta del soldado que se hizo acreedor á dichas traslaciones.

Hé aquí, repetimos, lo que sugiere el buen sentido; mas conocemos que nuestra indicacion choca demasiado con el uso y las ideas recibidas, para que la presentemos como una medida de reforma. Se da demasiada atencion en formaciones á lo *hermoso* para que se le prefiera lo *feo* aunque sea de una utilidad muy conocida. Confesamos en efecto que seria muy desagradable la vista de soldados pequeños en primera fila, y otros de gran talla en la segunda con las desigualdades que resultarian de colocar los soldados en ellos por su mérito, antigüedad y preferencia de servicios. Tampoco desconocemos que en esta colocacion podria influir la arbitrariedad y el favoritismo que se ingieren en tantos lances de la vida humana. Asi presentamos solo nuestra idea para hacer ver los abusos que se cometen en sentido opuesto, y hasta qué punto lo que se llama visualidad y simetría se oponen en ocasiones á lo que prescribe la razon y á veces la justicia.

Tenemos nuestro batallon formado sobre tres filas en órden de batalla. Digamos algo de sus maniobras, tomándole siempre como tipo de la táctica de infantería, por la simple razon de que es la primera unidad ó el primer elemento de la línea de batalla. Cuanto digamos sobre el batallon, se aplica como veremos á trozos mas grandes, á unidades de otra clase conocidas con el nombre de *brigadas* ó divisiones, de que hablaremos luego.

La línea de batalla se llama asi porque en esta disposicion se combate; y como la principal arma de la infantería es el fusil considerado como arma arrojadiza, será naturalmente el hacer fuego el primero, el principal ejercicio del batallon en que nos estamos ocupando.

Entre los diversos modos de hacer fuego se cuenta ordinariamente el de batallon, el de medio batallon, el de compañía, y el de dos filas ó graneado; pues con esta apelacion vulgar se le conoce. El fuego de batallon entero solo puede hacerse con utilidad en lances críticos cuando el batallon tiene que resistir un ímpetu violento ó momentaneo, ó hacer daño al enemigo por un cortísimo tiempo que debe permanecer en la línea de batalla. Fuera de estos casos es un fuego débil que deja al batallon sin ninguna defensa mientras ceba y carga.

Se remediará este inconveniente si, en lugar de hacer fuego las tres filas del batallon á un tiempo, se verifica por separado en cada una. El batallon quedará de este modo desprovisto de fuegos solo en cortísimos momentos, y el efecto del de una fila bien dirigido y mandado en tiempo oportuno, será casi tan considerable y tan imponente, sobre poco mas ó menos, como el del batallon entero. Este fuego se podrá muy fácilmente mandar de modo que del fuego de una fila á otra no medie mas que brevísimos instantes.

Sobre el fuego de medios batallones diremos lo mismo que sobre los del batallon entero. Aconsejaremos tambien el método de hacer fuego por filas como en el primer caso.

El reglamento de la infantería española no prescribe este fuego de filas tratándose de batallones y medios batallones. Sin embargo, nos parece de tal utilidad, que no podemos menos de recomendarle.

El fuego por compañías separadas no puede tener mas aplicacion que cuando las diferentes compañías de un batallon llegan succesivamente, por resultas de un movimiento cualquiera, á la línea de batalla. Fuera de este caso es ineficaz y el mas débil de los fuegos. Tambien aconsejarémos el de las tres filas por separado de cada compañía, lo mismo que en los batallones y medios batallones.

El verdadero fuego, el fuego de batalla, tanto para el soldado que obra con cierta libertad, como para el gefe que no necesita alzar su voz en el tumulto de la fusilería, es el graneado ó de dos filas. Á este fuego se debe consagrar con especialidad el celo de los instructores. Cuando se ejecuta con método, con serenidad, á distancia proporcionada, y con buena puntería, no puede menos de ser eficacísimo.

Cuando se verifica este fuego de hilera ó graneado con tres filas, tiene el inconveniente de estar expuesto á confusiones y desórdenes. El soldado dispara y carga su fusil sin esperar ninguna voz del gefe. El soldado de segunda fila y el que le corresponde en la tercera estan continuamente en un cambio de fusiles, que necesita mucho desembarazo y sangre fria. La infantería, para entrar en esta clase de fuego en las batallas, debe estar muy ejercitada de antemano en los campos de instruccion, pues de lo contrario los desórdenes serán inevitables, y los males á que den orígen de terrible trascendencia.

Todo el cuidado, todo el celo, y hasta toda nimiedad que se consagre á la instruccion de la infantería en este fuego, jamás será excesiva. Se debe en esto aspirar á que la práctica se le haga tan fácil, y se acostumbre de tal modo cada hilera á graduar su accion por la vecina, que pueda el gefe de instruccion calcular los tiros que debe disparar la tropa de su mando en una cantidad de tiempo dada.

Volvemos á recomendar la instruccion muy cuidada en este ramo, pues nos ha manifestado la experiencia en todas ocasiones que es un fuego que generalmente hace muy mal casi toda nuestra infantería.

Recomendaremos, pues, el fuego de batallon con las tres filas á un tiempo para estos críticos momentos en que sea preciso é indispensable un esfuerzo violento que desordene y aterre al adversario, como sucede en un ataque repentino de caballería, que por sus circunstancias no puede dar mas que este solo.

Indicaremos el de batallon por filas separadas, cuando dichos ataques ó momentos críticos deban probablemente ser mas que uno, y sea necesario emplear un segundo

y un tercero, por si son inútiles el primero y el segundo.

El fuego de compañías por filas separadas será el preludio del combate cuando la accion no está bastante empeñada todavía. Por último, el graneado ó de dos filas será el fuego general de los batallones, sobre todo cuando el ruido y el estruendo no dejan ya oir la voz de los comandantes y los capitanes.

La infantería no permanece siempre fija en una misma línea durante una batalla. Por precision tiene que moverse, sea que las circunstancias exijan que se cambie la línea en varias direcciones, ó se traslade á otros puntos la batalla. Todos los movimientos ó evoluciones que practique este batallon se reducirán, pues, á combatir marchando, ó á cambiar su línea de batalla para batirse con mas utilidad en otra nueva. A esto se halla reducida, como ya hemos indicado en otro número, la táctica de todas las armas, de todos los ejércitos.

Tambien repetiremos que todo movimiento ó evolucion necesita para ser buena las siguientes cualidades: primera, de fácil: segunda, de segura: tercera, de breve: cuarta, de exigir poco terreno: quinta, de poner á cubierto de los tiros enemigos cuando se ejecuten en presencia de estos: sexta, de aplicable á alguno de los lances de la guerra. Cuanto mas simples sean los movimientos que enseñemos al soldado, cuanto menor sea el número de los que se reputen como indispensables, tanto mas sólida será la instruccion que adquiera en tiempo de paz, y mas fácil su aplicacion en el de guerra. Hé aquí los principios que nos servirán de norma para la táctica de nuestro batallon de infantería.

Relaciones de un ejército con el poder ejecutivo y legislativo de un estado.

Cualquiera que sea la denominacion y número de personas en quienes resida el poder ejecutivo del estado, á él pertenece exclusivamente la direccion y mando activo de la fuerza nacional armada. Nuestra Constitucion concede esta facultad al rey en los términos mas explícitos y positivos.

Es tan obvio este principio, y tan fundado en la razon, que no necesita demostrarse. El encargado de la ejecucion de la ley, de la tranquilidad y defensa del estado, debe disponer de todos los medios auxiliares que aseguren su debido desempeño; y como los mas ejecutivos de estos medios son la fuerza permanente armada, debe esta obedecer la voz, la sola voz del gefe supremo del estado.

Los reyes de Esparta, en medio de lo limitado de su poder, mandaban los ejércitos. Los cónsules de Roma iban siempre al frente de los de la república. Seria en efecto una monstruosidad que se crease un nuevo poder cuando se tratase de una guerra, ó que la fuerza permanente estuviese á cargo del legislativo, que es un cuerpo inerte por su naturaleza.

La fuerza armada bajo las órdenes del gefe supremo le da, es verdad, los medios de ponerse encima de las leyes, y volver contra la patria la fuerza que esta misma le entrega para su defensa; mas si el ejército no obedeciese á una voz única, no seria digno de este nombre; se resentirian sus operaciones de falta de concierto tanto en guerra como en paz, y por librarse del peligro de la esclavitud se caeria tal vez en la anarquía.

¿Conviene que este gefe supremo del ejército ejerza directamente por sí mismo las funciones de la parte puramente militar, es decir, que sea el generalísimo de los ejércitos, se ponga al frente de ellos en campaña, y ejerza las demas funciones de un gefe de guerreros?

Entre nosotros, por las circunstancias de la edad y el sexo de la persona que ocupa este excelso rango, es una cuestion casi ociosa por ahora; pero no está por demas que la ventilemos en la parte especulativa, ya que no podamos contraernos á la práctica.

El gefe del estado, puesto á la cabeza de los ejércitos que dan dias de gloria á la nacion, es verdaderamente un objeto de esplendor que la ennoblece; pero nada hay mas peligroso á la libertad del mismo pueblo que se complace de sus triunfos. Este magistrado guerrero, célebre por sus talentos militares y coronado de laureles, tendrá demasiado apego á las escenas que le adquieren tanta fama; se acostumbrará á mirar los campeones que son compañeros de sus trabajos como la parte mas privilegiada del estado; se dejará poco á poco dominar del furor de las conquistas; descuidará las funciones civiles de su encargo, y se sentirá inclinado en muchas ocasiones á sacudir el yugo de la ley cuando esta trate de acortar sus vuelos.

Semejante inclinacion está grabada en nuestros corazones: nunca lo olvidemos. Si el hombre ama la libertad en todos tiempos, propende siempre al despotismo cuando manda, y de esta regla general hay muy pocas excepciones.

En ocasiones críticas, en las circunstancias en que la libertad de una nacion se ha debido al valor y talentos de un caudillo, es indispensable ó muy difícil de evitar que este gefe, puesto al frente del estado, siga mandando en persona los ejércitos que fueron los instrumentos de su elevacion y poderío. Mas cuando el estado ha llegado ya á tiempos de estabilidad y calma, nada le es mas peligroso que un supremo magistrado militar. Sus funciones son civiles por esencia, y su puesto en todas ocasiones debe ser en el paraje donde comunique un impulso mas poderoso y simultaneo á todas las partes de la máquina social.

El carácter pacífico del gefe supremo del estado, y su prudente separacion de la fuerza armada nacional, son para el poder legislativo las mejores garantías de sus intenciones. Mas todavía tiene el legislador otros mas medios de atajar la influencia del poder, y evitar los tristes resultados de su abuso.

Representante de la voluntad de la nacion, y depositario hasta cierto punto de sus recursos, á él toca llamar á los ciudadanos á las banderas de la patria, y darles la retribucion correspondiente á sus fatigas, sacrificios y peligros.

Los alistamientos, las reformas, los sueldos, las gratificaciones y todo género de emolumentos son atribuciones indispensables del poder legislativo. Un ejército propiamente nacional pasa revista, por decirlo así, delante del congreso del estado, y cada hombre, cada caballo, y cada cantidad pecuniaria, por pequeña que sea, ocupa un puesto en esta enumeracion de personas y de gastos. Los reglamentos que indican las obligaciones de cada clase, de cada individuo, deben dimanar asimismo de esta autoridad suprema.

Al poder legislativo toca vigilar en extremo que todos los individuos de la clase militar sepan las leyes fundamentales del estado, para que no ignoren en qué casos la obediencia á sus superiores es un crímen de traicion hácia la patria. Los culpables de este exceso no deben jamas quedar impunes, cualesquiera que sean las órdenes que aleguen. Castigado el crímen en el primer perpetrador, se abre campo para castigarle de grado en grado, ascendiendo progresivamente hasta llegar á la verdadera fuente del delito. Tal es la práctica en Inglaterra.

Todo cuanto aquí hablamos de la fuerza armada, se entiende de la permanente, de la que constituye el ejército propiamente dicho: tratándose de la que vive en sus hogares, de la conocida entre nosotros con el nombre de *Milicia nacional*, militan otras consideraciones y otras reglas. La ley no puede conceder al gefe del estado la facultad omnímoda de disponer á su arbitrio de tan inmensa fuerza, y es preciso que haya en esto cierto coto y trabas que son indispensables. El artículo 77 de la Constitucion marca esto del modo mas explícito.

Es tambien objeto de la atencion del poder legislativo hacer desaparecer en lo posible toda especie de barrera que separa la profesion militar de la del resto de los ciudadanos. Cuanto mas se modelen los primeros por las otras clases, mas desaparece el espíritu de partido, casi siempre fatal, pues va mezclado de injustas pretensiones. El soldado se acostumbra

á amar la patria en los amigos, en los deudos, entre quienes vive, y que son en todo sus iguales. Todo proyecto de oprimirlos debe ser objeto de su horror, y si un ambicioso trata de seducirle para hollar la ley, toma las armas para defenderla.

En los gobiernos absolutos, donde los ejércitos no son de la nacion y sí del que la manda, se tiene un gran cuidado en aislar al militar del resto de las otras clases. Privilegios exclusivos, halagos oportunos, parcialidad marcada y decidida á su favor, tribunales privativos; he aquí otras tantas barreras que se ponen entre él y los que fueron un tiempo sus amigos, sus parientes. Cuando un regimiento ha permanecido algun tiempo en un pais, se le traslada á otro por temor de que forme conexiones que puedan ser perjudiciales al sistema del gobierno, y se hace en fin todo lo posible porque el soldado se acostumbre á no ver la patria fuera del recinto del cuartel.

Un ejército en cuyo régimen se observa un método contrario; un ejército cuyo alistamiento, cuya paga, cuyos reglamentos penden en último resorte del poder legislativo; un ejército, revestido de los mismos derechos que los demas ciudadanos del estado, que tiene que perder igualmente que ellos con la ruina de la libertad, que se presenta al fin en los mismos tribunales, da á la patria todas las suficientes garantías que se pueden esperar de la prudencia y precaucion del poder legislativo.

Si á pesar de todas estas precauciones hubo gefes supremos del estado que abusáron de su autoridad, y ejércitos nacionales que fueron sus instrumentos para esclavizar la patria, consistió entonces, y consistirá siempre que se repita este fenómeno, en que no hay instituciones políticas tan perfectas que resistan siempre al impulso del error y las pasiones; en que las cosas por sí solas valen poco si los hombres faltan, y en que las mejores leyes no son nada sin virtud y sin costumbres.

El poder legislativo ejerce sobre el ejército nacional una influencia mas poderosa aun que ninguna de las anteriores, á saber, la fiscalizacion moral y política que le corresponde

de derecho sobre la conducta pública de todos los funcionarios del estado, y la facultad de conceder ciertas recompensas á los que se distingan en el servicio de la patria. Por la primera ejerce la mas terrible, la mas insoportable de todas las censuras; por la segunda dispensa favores que halagan mucho al corazon del hombre.

El militar, el general que al frente de los enemigos de la nacion considera á esta fijando sus miradas noche y dia sobre sus operaciones; que sabe que sus faltas serán censuradas con todo el rigor que sugiere la prevencion que es natural en estas crisis; que las imprentas, las tribunas y todo género de sociedades públicas no perdonarán ninguno de sus extravíos; que el congreso nacional pedirá solemnemente cuenta del depósito que se le ha confiado, y pedirá se le entregue á todo el rigor de la ley á que se haga acreedor por sus excesos, tiembla á la sola idea de salir de la senda de sus deberes como ciudadano del estado; y es preciso, ó que sea un genio de la guerra ó un monstruo de ambicion, ó se halle en una crisis muy violenta para atreverse á sacudir abiertamente el yugo de las leyes. Solo era dado el pasar el Rubicon á un hombre grande como César; y aun se puede decir que cuando César pasó el Rubicon, no existia la república romana.

El parlamento de Inglaterra ha usado muchas veces, y con grande beneficio de la patria, de una intervencion tan tremenda como saludable. La conducta de sus generales de tierra y mar fué en todas ocasiones objeto de su censura, como la administracion de justicia, las negociaciones y todos los grandes asuntos administrativos del estado. Algunos generales recibieron la reprobacion de este tremendo tribunal de la opinion, que es el mas terrible de todos los castigos. Otros fueron echados del servicio, y alguno pagó en un cadalso su crimen ó la falta de pericia, que habian concitado el clamor ó indignacion del público. No aprobamos sin duda el suplicio del almirante Byng si fué injusto, como lo asegurá algun historiador; mas ¡de cuántas ventajas, de cuántas victorias brillantes fué seguido! Los desórdenes de la administracion militar, los gastos indebidos del servicio, los fraudes de los agentes del poder, las parcialidades en perjuicio del tesoro

público; en fin, toda clase de malversaciones fueron denunciadas con vigor en ambas cámaras del parlamento, quien nombró varias veces comisarios para indagar la causa verdadera de mil males, y obrar en virtud de sus informes.

No se distinguió siempre menos el parlamento inglés en la aprobacion que en las censuras. Las acciones de gracias, los premios pecuniarios, sin contar con los honores y condecoraciones que partian de otro orígen, estuvieron siempre prontos á recomendar el valor y los talentos militares de los guerreros que contribuyeron al aumento de la gloria de la patria. Los Malborough, los Howkes, los Abercrombies, los Fowes, los Nelson y los Wellington, recibieron en el seno del congreso nacional inglés premios á que no llegan los tesoros de los monarcas del oriente. Las estatuas de los héroes adornan los dos grandes templos de la capital, y sus elogios resuenan todavía en las asambleas nacionales.

Es de esperar que nuestros cuerpos colegisladores se penetren de lo poderoso de esta influencia, y que tanto en las censuras como en los elogios observen aquel tacto, tino y oportunidad, sin las que no son de efecto alguno. Nada irrita mas ni perjudica tanto los intereses del servicio como una censura amarga, indiscreta, sugerida en un momento de pasion, y en datos muy equívocos ó ligeramente oscuros apoyada. Lo mismo se puede decir de los elogios y recompensas inoportunamente prodigadas. Con el tiempo se formarán nuestras costumbres públicas; y ya que los hombres no se puedan desprender de sus pasiones, serán al menos estas mas grandes, mas apoyadas en motivos poderosos, mas dignas en fin de hombres de estado.

Hemos visto en el congreso de diputados decretadas acciones de gracias por acciones distinguidas, que sin duda las merecian como una noble recompensa del valor y del arrojo. Sentiríamos mucho que degenerase esto en una especie de costumbre que hiciese á los hombres hasta indiferentes á una declaracion tan pública y solemne. Cuando los congresos nacionales llegan á recompensar sin excitar la mas viva gratitud, sin inspirar una noble emulacion, han perdido todo su prestigio.

HISTORIA DEL ARTE DE LA GUERRA.

TERCER ARTÍCULO.

Milicia romana.

Al hablar en el número anterior de la milicia griega, nos hemos contraido especialmente á la formacion de un cuerpo muy famoso en aquella nacion, conocido con el nombre de falange griega ó macedonia. Hemos omitido expresamente todas las otras partes relativas á su arte militar, como máquinas de guerra, tanto ofensivas como defensivas; teoría de sitios, defensa de plazas, con otras mas particularidades de un establecimiento militar, porque la mayor parte les eran comunes con el pueblo romano y casi todas las naciones que en aquella época pasaban por civilizadas. En este artículo como en otros sucesivos tocaremos todos estos puntos, pues es nuestro ánimo presentar, aunque de un modo compendioso, el cuadro de las instituciones de un pueblo guerrero por carácter, por instituciones y por necesidad, pues eran la guerra y la conquista condiciones hasta cierto punto indispensables de su política existencia.

No es ocasion ni podemos aspirar nosotros á presentar una idea luminosa de este carácter, de estas instituciones, de estas leyes. Debian sin duda de ser muy sabias, y muy hábiles, y dotados de un gran genio los gefes y directores de este pueblo, que, de una asociacion de vagamundos y ladrones, llegó á ser señor de toda la tierra entonces conocida. La distancia de la Roma en tiempo de Rómulo á la de Augusto subyuga la imaginacion y la penetra de lo que puede la audacia, y genio de los hombres. Delante del colóso de grandeza que ofrecen los romanos se eclipsan todas las demas naciones mas famosas por su genio militar y sus conquistas. Es

imposible el contemplarle sin sentir cierta especie de entusiasmo, por odiosa que se presente su ambicion, por humilladores que hayan sido los grillos impuestos á los pueblos sometidos, por cruel que haya sido su carácter, por duras y hasta feroces que se hayan manifestado en muchos puntos sus costumbres.

En un pueblo que en la serie de su vida pública pasó por tantas vicisitudes diferentes, no podian ser iguales en todos tiempos sus instituciones militares. La organizacion de sus ejércitos del tiempo de los primeros reyes no era la misma que del de los emperadores. Tomaremos, pues, estas instituciones y establecimientos militares tales como existian en los tiempos mas florecientes de la república romana; cuando era ya señora de la Italia; cuando llevaba sus armas triunfadoras á la España, al Africa, á la Macedonia; cuando habia humillado el orgullo de Cartago; cuando llenaban los Escipiones el orbe de su nombre; cuando Polibio en fin escribia sobre su arte militar, y decia las cosas que habia visto como guerrero, como negociador, como hombre de estado.

Los romanos no llamaban en los tiempos indicados á las armas mas que á sus propios ciudadanos. No se componian sus ejércitos propiamente dichos mas que de hombres libres. Todos eran llamados indistintamente al servicio de las armas cuando ocurria una guerra; y como este estado era casi habitual, se podian considerar sus ejércitos como permanentes.

Las clases pobres servian en la infantería. Los mas acomodados formaban el órden llamado ecuestre y militaban á caballo, bien propio ó del estado. La infantería servia por veinte años, la caballería por diez, á excepcion de aquellos casos excepcionales que alargaban el tiempo de estar sobre las armas.

Pasarémos ahora al alistamiento y organizacion de estas legiones que hicieron y hacen todavía tanto ruido en todo el orbe culto, de estas legiones cuya formacion fué inspirada á los romanos por un Dios segun Vegecio.

Los romanos alistaban ordinariamente cuatro legiones á

un tiempo. Estaban obligados á servir en ellas todos los hombres en estado de llevar las armas desde la edad de 17 hasta la de 50 años, á excepcion de los excesivamente pobres, ó los que habian servido veinte años en la infantería ó diez en la caballería. Mas en ocasiones extraordinarias se alistaban voluntariamente los veteranos exentos del servicio.

Se reunian á la voz convocatoria de los cónsules en el campo de Marte todos los conscritos. Comenzaban los cónsules por nombrar veinte y cuatro tribunos, asignando seis á cada una de las cuatro legiones de cuyo alistamiento se trataba. Se llamaban en seguida cuatro hombres succesivamente por cada una de las tribus. De estos cuatro hombres elegian uno los tribunos de la primer legion para la suya; los de la segunda escogian el segundo, y asi de los dos últimos. De este modo por tandas de cuatro en cuatro se iban formando las legiones hasta el completo de su fuerza. La operacion era un poco larga, mas como los cuatro hombres se iban sacando en proporcion de su estatura y demas cualidades relativas al buen servicio de las armas, resultaba la formacion de estas legiones homogénea, sin dar motivo de reclamaciones.

Alistadas las legiones se pasaba á tomarles juramento. Juraba cada legionario ser fiel á la república, combatir por ella hasta derramar la última gota de su sangre, no abandonar jamás su puesto, hacer todos sus esfuerzos por salvar la vida de sus conciudadanos, obedecer ciegamente al cónsul y demas jueces superiores. Los romanos daban á estos juramentos una importancia que por desgracia no conocemos en el dia. No solamente se prestaban cuando se alistaban las legiones, sino que se renovaban cuando los soldados pasaban de una guerra á otra ó cambiaba el ejército de gefe. Sin esta ceremonia se consideraba hasta como un crímen el llevar las armas en defensa de la patria, y como una imprudencia ó temeridad en un veterano el ponerse á las órdenes del cónsul. Asi era ilimitada la autoridad de este gefe sobre las tropas de su mando. Asi se castigaban las faltas y excesos militares no como simples delitos, sino como un perjurio, como un sacrilegio cometido hácia los dioses inmortales. Llamamos la

atencion de nuestros lectores sobre este punto, que es de una gravísima importancia.

Alistadas y juramentadas las legiones, se las despedia hasta que llegaba el momento de tomar las armas. Cuando se verificaba el caso, se comenzaba por sacar en cada legion los mas jóvenes y mas pobres para hacer el servicio de la infantería ligera; se les conocia con el nombre de *vélites*. Formada la infantería ligera se pasaba á la de línea, que se subdividia en tres clases. Los de menos fuerza y experiencia se llamaban *hastarios* ó *hastados*: se daba el de *príncipes* á los mas robustos, mas vigorosos y mejor formados. Los mas veteranos, mas experimentados y probados en las armas se conocian con el nombre de *triarios*. Entraban en la formacion de cada una de las cuatro legiones en la época á que aludimos 1200 vélites, 1200 hastados, 1200 príncipes y 600 triarios.

La formacion de los vélites era irregular como lo exigia la naturaleza de su servicio. Se reunian en grandes ó pequeños grupos, segun la ocasion lo requeria, á vanguardia, á retaguardia, por los flancos. El que conozca el servicio de la infantería ligera, no necesita sobre este punto de mas indicaciones.

Los 1200 hastados formaban diez compañías, y lo mismo los 1200 príncipes y los 600 triarios.

Asi se componia cada legion de treinta compañías, que llevaban el nombre de *manípulos* por el heno atado al extremo de una percha, que era la antigua insignia que usaban en un principio los romanos.

Cada manípulo formaba una sola fila, y estaba mandado por un centurion, que tenia á sus órdenes un segundo con el mismo nombre, Se elegian para centuriones á los mas fuertes y experimentados de la legion, prefiriéndose á los *intrépidos en acometer, los mas firmes en la fila, los decididos á verter su sangre antes que abandonar su puesto*, observacion juiciosa de Polibio.

He aquí el órden de formacion de toda esta infantería.

Se colocaban en primera línea los hastados formados en diez filas, bastante separados unos de otros; pues los roma-

nos combatian siempre en órden muy abierto. Ningun soldado tocaba con los codos á su compañero. Necesitaban tener en efecto los brazos muy desembarazados los que combatian arrojando dardos ó haciendo uso de la espada.

A treinta toesas de esta primera línea de hastados se colocaban los diez manípulos de los príncipes colocados en el mismo órden. A otras treinta toesas de los príncipes se colocaban los triarios, que eran el verdadero cuerpo de reserva.

Ya hemos dicho que la caballería se formaba de los hombres mas ricos, mas acomodados, que pertenecian al órden llamado ecuestre por esta circunstancia. Se asignaban á cada legion 300 caballos que recibian el nombre de *alà*. Estaban divididos en diez partes llamadas turmas, de 30 caballos cada una.

Se subdividia cada turma en tres trozos con el nombre de decurias: los tribunos nombraban para el mando de cada decuria á un gefe llamado decurion, pero el mas antiguo en cada turma la mandaba toda entera.

Asi habia en cada legion treinta centuriones de primera clase y treinta de segunda para la infantería de línea, y treinta decuriones que mandaban la caballería.

En nuestros ejércitos hay un número mas considerable de gefes y oficiales superiores. Estaba mandado por solos dos centuriones un manípulo romano compuesto de cien hombres por lo menos. Lo está una de nuestras compañías de infantería en campaña por un capitan, cuatro oficiales, cuatro ó cinco sargentos y un número de cabos muy considerable. No hay duda de que el método de hacer la guerra los antiguos era mucho mas sencillo que el moderno. Los pormenores del servicio eran infinitamente menos, y (lo que era mas ventajoso aun) carecian los ejércitos de nuestras *oficinas*.

La legion entera estaba mandada alternativamente por los seis tribunos de que hemos hablado anteriormente, y cuyas funciones á las órdenes de los cónsules eran las mismas que las señaladas á los oficiales de estado mayor entre nosotros. Con el tiempo cada legion llegó á tener un solo gefe con el nombre de legado.

Formada y organizada la legion, digamos dos palabras sobre su armamento. Los romanos hicieron en esta parte todas las pruebas que podian suponerse de un pueblo que vivia para la guerra y por la guerra. Con la máxima observada de adoptar en cuantas invenciones de cualquier pais que fuesen superiores á las suyas, llegaron á tener las armas mejores que pudieran desearse; siendo tal la perfeccion en este género, que desde el tiempo de Escipion el africano no se hizo en dos ó tres siglos alteracion de ninguna consecuencia.

Antiguamente no iban igualmente armados en un todo los hastados, los príncipes y los triarios. Con el tiempo llegaron del todo á uniformarse, de modo que no se distinguian sino por el puesto de primera, segunda ó tercera línea que ocupaban.

Eran sus armas defensivas el casco, el escudo, el pectoral y la ocrea. Las ofensivas se reducian á dos, al pilo y á la espada.

Los cascos eran de hierro ó de metal, sujetos con anchas carrilleras de escamas que defendian la parte lateral de la cara contra el corte de la espada. Tenian por cimera dos plumas rectas, negras ó encarnadas, que contribuian á hacer mas alto, y dar un aire mas terrible al legionario.

Era el pectoral una lámina ó placa de metal de un pie cuadrado, que se ataba al pecho con fajas de cuero guarnecidas de hierro.

Ceñian estas correas el cuerpo del legionario tres ó cuatro veces, y les pasaban en guisa de bandoleras por los hombros. Con este preparativo se defendian todo el busto; pero los centuriones y primeros legionarios se hacian aun mas impenetrables al hierro del enemigo, cubriéndose con una coraza tejida de cadenillas de hierro, ó guarnecida de escamas de laton.

Era el grande escudo semicilíndrico, hecho en forma de teja, de cuatro pies ó cuatro y medio, con dos de alto, y dos y medio de convexidad, lo que supone un diámetro de pie y medio; se construía con dos ó tres tablas ó duelas algo convexas, juntas y encoladas, cubiertas enteramente con un cuero de vaca ó de becerro; se reforzaba cada extremidad con una faja de hierro, y se guarnecia el medio con una lámina muy

bombeada de metal que tenia por objeto hacer resvalar hácia los lados los dardos y las picas enemigas.

Por último, la ócrea era un especie de botin guarnecido de hierro que cubria la pierna derecha del legionario, que llevaba un poco adelante cuando se trataba de herir al enemigo.

Pasemos ahora á las armas ofensivas.

La espada llamada española, porque se habia adoptado de nuestro pais, era corta y recta, con dos filos, bastante ancha por el medio, y bien aguda y acerada por la extremidad, mas propia para herir de punta que de tajo.

El pilon ó pilo, arma que solo usaban los romanos, servia igualmente para herir al enemigo de lejos arrojándole como un dardo, ó de cerca sirviéndose de él como de una pica. Lo llevaban ordinariamente dos de seis pies y medio de largo, y que solo se diferenciaban por lo grueso. Se hacia el pilo cuadrado algunas veces, y redondo mas frecuentemente. El palo de cuatro pies y medio de largo se encajaba é introducia dos pies en un hierro cilíndrico ó cuadrado, sujetado con clavijas de hierro, terminando en punta larga y afilada, con una especie de gancho ó anzuelo en la extremidad, á fin de clavarle y sujetarle al escudo de los enemigos. Arrojado este pilo por una mano vigorosa y diestra á diez ó quince pasos, era de un efecto muy terrible.

Los vélites iban defendidos con un casco de cuero y un escudo ovalado de mimbre cubierto de cuero. Era su arma de mano la espada española, y como arrojadiza el hasta, especie de dardo del gruesor de un dedo, de tres pies y medio de largo, con punta de hierro muy aguda. Llevaba el vélite ordinariamente siete de estas armas.

El arco y la honda fueron poco usados de las tropas ligeras de la legion, despues que se introdujo el uso de hacer seguir los ejércitos de cohortes, de arqueros y honderos de tropas auxiliares.

Eran las armas defensivas de la caballería el casco, la coraza, el escudo redondo. Las ofensivas una larga espada suspendida al lado derecho, y la lanza griega con hierro en sus dos extremidades, á fin de que pudiese servir todavía

aunque se rompiese por el medio. Llevaba ademas en una aljaba tres ó cuatro dardos parecidos á los de los vélites.

Tales eran sobre poco mas ó menos las armas usadas por los romanos en la época que hemos indicado. Entraremos en los números siguientes en nuevos pormenores sobre sus instituciones militares.

DE LA GUERRA ACTUAL.

SEGUNDA ÉPOCA.

Hemos visto en el número anterior que los facciosos se hicieron soldados, se organizaron, se constituyeron en ejércitos, todo á nuestra costa. Era inevitable el que llegasen con el tiempo á sacar todas las ventajas posibles de su posicion, y que de perseguidos se convirtiesen en perseguidores. Por numeroso y activo que se presentase nuestro ejército, era ya imposible que acudiese á todas partes simultáneamente para evitar por parte de los enemigos toda suerte de ataques y sorpresas. La desgraciada accion de Alegría, la de Alsasúa y otras por el mismo estilo, les dieron á conocer todo el lleno de sus fuerzas. Tambien nosotros fuimos felices en Nazar y Asarta, en Mendoza, en el puente de Arguijas, donde nuestras tropas se adornaron de laureles; mas no sacábamos de estos triunfos mas que sangre derramada en lugar de que nuestros enemigos agrandaban la esfera de su dominacion en un pais donde tenian tan vivas simpatías. Poco á poco se fueron apoderando del Bastan, y cayeron en sus manos los fuertes de Olazautía, de Echarri Aranaz y de Maestú. La necesidad de aumentar el ejército con fuerzas muy considerables era cada vez mas imperiosa; pero todavía duraba en nosotros la ilusion de que habíamos de sujetar la Navarra y

provincias Vascongadas á fuerza de batallas. No querian comprender que si nosotros éramos mas militares, estaban á favor de nuestros enemigos el mayor conocimiento del pais, la mayor familiaridad con su terreno: que si éramos nosotros un ejército, constituían ellos en cierto modo un pueblo, si no armado en masa, interesado al menos en nuestro vencimiento: que si combatíamos en nombre de las libertades nacionales, repelian ellos nuestras armas invocando muchas veces el nombre de las suyas propias: que eran de nosotros las plazas y el terreno que pisábamos, y de ellos el pais que les habia visto nacer, su asilo natural en todas circunstancias; pues las casas donde se alojaban nuestros combatientes tenian un primo, un hermano, un hijo en las filas enemigas, en lugar de que las que los recibian á ellos mismos daban hospitalidad á algun amigo ó deudo, y cuando no á un hombre que combatia por su propia causa.

La expedicion de las Amezcuas á últimos de abril del año 1835 contribuyó á empeorar el estado de las cosas, por la sencilla razon de que no produjo fruto alguno, demostrando de un modo convincente que operaciones de esta clase no solo no conducian á la conclusion de la guerra, sino que podian comprometer en gran manera la seguridad y honor de las armas nacionales; y como la causa del Pretendiente en las provincias adquirió nuevo crédito por esta sola circunstancia, debíamos contar nosotros con nuevos detrimentos de la propia nuestra.

Se habia hecho la guerra á muerte desde los principios: cada partido usaba del derecho de la victoria como mejor le parecia. Los prisioneros recibian ó no cuartel, segun las circunstancias. Generalmente todos los nuestros que caían en sus manos y no querian tomar partido por los vencedores eran pasados sin remedio por las armas. Igual suerte cabia al rezagado que no podia llegar á su columna, al que se quedaba enfermo, al herido que habia que abandonar en los campos de batalla. Era la suerte igual por ambas partes; mas la naturaleza de la contienda y la hostilidad de los habitantes hácia las tropas de la Reina, hacia mas terrible para ellos esta ley de destruccion que para sus antagonistas.

La experiencia confirmó esta verdad de un modo irrefragable.

El tratado ó estipulacion conocida con el nombre del lord Elliot vino poco despues de la expedicion de las Amezcuas á este estado de rigor y de exterminio. En otra ocasion hemos hablado de este convenio, famoso por las controversias que promovió entonces, por las amargas censuras de que sus autores fueron blanco. Ahora añadiremos dos palabras, pues el asunto lo merece, aunque con el sentimiento de no ser en esta cuestion del mismo parecer de los que ven y han visto el convenio con ojos tan desfavorables.

En el tratado susodicho está consignado un hecho, y puede estar envuelto un derecho. Considerado bajo el simple aspecto militar, pudo ser un bien ó un mal para las armas nacionales, consideradas como campeones de la causa de la libertad y el trono de Isabel II.

El hecho consignado en el tratado era que existian enfrente de nuestras armas otras enemigas mandadas por un gefe. ¿Y quién no sabia este hecho? ¿En qué rincon de Europa se ignoraba que en las provincias Vascongadas y Navarra habia tropas armadas contra el trono de Isabel II?

El simple reconocimiento de este hecho no envolvia el del mas mínimo derecho para la sublevacion; es esto mas claro que la luz del dia. Despues, como antes del convenio, era D. Cárlos un príncipe rebelde, y sus soldados satélites de la tiranía, enemigos jurados de las leyes. La historia está llena de convenios de esta clase, aconsejados solo por la fuerza de las circunstancias. Con los gefes de los que se llamaban insurgentes y bandidos trataban en España los orgullosos generales del emperador: con el caudillo de los montañeses insurreccionados en el Vivarés tuvo que celebrar un convenio el soberbio y fastuoso Luis XIV.

Consideremos ahora el tratado bajo el aspecto puramente militar, que es la parte propiamente delicada. Que nuestras tropas sufrian mas de los efectos de la guerra á muerte que nuestras enemigas, es un hecho incontestable y evidente para cuantos se penetren un poco de la índole de la contienda. Que nuestras tropas recibieron muy bien dicho tratado, es

tambien otro hecho que se concibe y explica fácilmente considerando un poco aquestos padeceres. El tratado nos era mas beneficioso que á ellos en este sentido puramente material, y de esto no puede haber la menor duda. Es tambien cierto que aumentaba la importancia moral de nuestros enemigos; mas no hay ninguna de estas estipulaciones que no traiga sus inconvenientes.

¿Disminuyó el tratado, como se ha dicho tantas veces, el valor de nuestras tropas? Es un insigne error en teoría, error confirmado del modo mas evidente por la práctica. Repetiremos sobre esto lo que hemos ya dicho en otras ocasiones. El soldado que sabe que no hay cuartel, venderá caramente su vida cuando se vea sin efugio ó retirada; pero se aprovechará de este recurso si le es posible con mas prontitud en razon de los mayores peligros que pueda ofrecerle la pelea. Si la certidumbre de recibir cuartel, si tal vez la indiferencia de que le hagan prisionero le mueve á entregar las armas con mas facilidad, tambien la idea de sufrir una muerte irremisible si es vencido, le hará mas flojo ó mas remiso en buscar al enemigo. ¿Quién puede manejar con tino y con seguridad este cálculo de probabilidades? Las razones que hay en pro se pueden retorcer con igual ventaja en contra. No es la guerra sin cuartel lo que inspira al soldado mas valor, es la animosidad, el furor mútuo de los combatientes lo que les impele á no dar cuartel á su enemigo. La diferencia es muy enorme. Cuando esta falta de cuartel es efecto de una ley; cuando este horror mas es tan dañoso á un partido como al otro, solo por un sentimiento de crueldad sin fruto se verá la prolongacion de un órden de cosas de que se resiente la humanidad sin que produzca bien alguno por la pena del que sufre.

No, la famosa estipulacion que hizo tanto ruido no debió ni disminuyó en efecto ni el valor ni la decision del ejército del norte. La experiencia confirma que no hubo verdaderamente semejante abatimiento, y que si existió este tuvo causas muy diversas. Si despues se sufrieron pérdidas, tambien las hubo anteriores á este acto. Antes del referido convenio se experimentaron las derrotas de Alegría, Alsasúa

y otras varias, se perdieron los fuertes de Olozautia, Echarriaranaz y de Maestú. Mas, como los hombres usan ordinariamente la lógica vulgar de juzgar de todo por los resultados, se achacó al tratado de lord Elliot el sistema de evacuar los puntos fuertes, las plazas, y demas terreno que nos era difícil conservar, que se adoptó despues de verificado dicho acto.

Es muy difícil escribir guerras contemporáneas, como ya hemos dicho en otra parte, sobre todo cuando viven todavía los generales y la mayor parte de los individuos que en ellas figuraron y figuran. No nos detendremos por lo mismo mucho sobre la conveniencia ó necesidad que hubo de hacer salir nuestras tropas de tantos puntos fuertes. En nuestra opinion, segun estaban ya las cosas, no teníamos la fuerza suficiente para cubrirlos y defenderlos todos, siguiendo ademas las operaciones en el campo con el buen resultado que debia esperarse. Es preciso decirlo y repetirlo muchas veces, pues se debe consignar de un modo auténtico en la historia, á saber, que si teníamos bastantes medios de presentar y aceptar batallas á nuestros enemigos, siempre carecimos de los indispensables para concluir con ellos. Habian disminuido las pérdidas anteriores el número de nuestros combatientes. El hospital era un grandísimo enemigo nuestro; las bajas no se reponian de ninguna manera; y, sin apelar al convenio tan citado, se pueden buscar mil causas naturales que explican la disminucion de la fuerza moral de nuestro ejército.

El sistema ó necesidad de reducir nuestro territorio era funesto bajo dos aspectos: primero, disminuía en extremo nuestra fuerza moral, presentándonos como vencidos, como cediendo el terreno, tanto en lo físico como en lo moral, á los que llamábamos rebeldes, facciosos y hasta foragidos: segundo, dejaba en el mayor conflicto y compromisos á los amigos de nuestra causa, que, al abrigo de aquellas guarniciones, podian obrar y declararse á favor nuestro abiertamente. Nada compromete tanto el buen nombre de un partido como el abandonar á merced de un vencedor á los que en su servicio se han tal vez sacrificado. La evacuacion de los

fuertes debió hacer las mas terribles impresiones, infundir sobrado desaliento, ser objeto de amarguísimas censuras.

Primero, se hizo salir la guarnicion del fuerte de Irurzun, se siguió la del Bastan, la de Estella, Tolosa, Hernani, Salvatierra y otras; poco á poco fuimos perdiendo todo el interior de las tres provincias Vascongadas y Navarra, de modo que, á excepcion de algunas plazas fuertes, no poseíamos nada del interior de aquel vasto territorio. En Navarra nos vimos reducidos á Pamplona, Puente de la Reina, Lerin, Lumbier, Lodosa y otros varios, todos en las extremidades del pais. En Alava solo conservamos á Vitoria y carretera de Miranda; en Vizcaya á Bilbao, y en Guipúzcoa á la sola plaza de San Sebastian. La guerra se convirtió para nosotros de ofensiva en defensiva.

La muerte de Zumalacárregui, ocurrida durante el primer sitio de Bilbao, fué sin duda para su partido una gran pérdida, como debia serlo la de un hombre de una influencia tan poderosa, tan personal y tan directa. Mas el ejército faccioso estaba ya formado, y fijo el plan de hacer aquella guerra. Se habia ya sistematizado la táctica que convenia á los ejércitos del Pretendiente, arreglado las juntas, el método de sus recursos, y formado sobre todo gefes capaces de llevar á cabo cada uno por su parte lo que le estaba cometido. Asi, aunque la pérdida fué grande, no tuvo los resultados que debieran esperarse.

Adoptado por nosotros un sistema enteramente defensivo, fué la conservacion de nuestros puntos fuertes el cuidado de tenerlos provistos de víveres y municiones; y el de aumentar sus medios de defensa con nuevas obras y trabajos el principal objeto de nuestras operaciones militares. Por espacio de tres meses estuvo nuestro ejército moviéndose casi reunido, con el objeto de atender á dichos puntos, succesivamente amenazados. Fueron sus marchas trazadas por las corrientes del Arga y Ega hasta Logroño: desde aquí por el Ebro hasta Miranda; y desde este último punto hasta Vitoria, para hacer en seguida las mismas marchas en opuestas direcciones. Se movian las tropas enemigas por el centro

del pais, nosotros por el perímetro que le circunscribe. Para atravesar ellos la distancia que separa á Puente de la Reina de Vitoria necesitaban dos ó tres marchas regulares: era mas que triple el camino que nos obligaban á tomar las circunstancias. Sin embargo, si nos precisaban á estar en continuo movimiento, tampoco pudieron conseguir sobre nosotros la menor ventaja. Los fuertes estaban todos al abrigo de un golpe de mano; y la aproximacion de nuestro ejército hacía inútiles todas sus tentativas de conquista. El querer oponerse á nuestro paso para socorrer á Puente de la Reina les costó la derrota de Mendigorría, uno de los golpes mas fuertes que sufrieron en el curso de esta guerra.

La accion de Mendigorría fué una de las mas considerables que se han dado hasta ahora. En ninguna se presentaron mas combatientes en el campo de una y otra parte. Cerca de 30.000 hombres, que peleaban casi á un mismo tiempo, le dieron el aspecto de una batalla campal en toda la extension de la palabra. Fué una falta en nuestros enemigos haber aceptado una batalla con un rio á la espalda, por donde no tenian mas paso que un puente y un vado. Pero no contaban seguramente con tener que abandonar el campo. La accion fué muy disputada; los enemigos huyeron por los puntos ya indicados; como la batalla comenzó algo tarde, cuando llegó al puente nuestra infantería no era tiempo ya de perseguirlos, por lo que fué preciso tocar la retirada. Así nos contentamos con el campo de batalla, y entrar victoriosos en Puente de la Reina con un número considerable de prisioneros, sin que dejásemos de tener muchos heridos y muertos.

Esta batalla fué de poco efecto, como sucede á todas las que no tienen otro resultado que derrotar al enemigo, sin quitarle la ocasion y los medios de que se reaga de sus pérdidas. No contando la de 500 ó 600 prisioneros que quedaron en nuestro poder, se volvieron á reunir y á organizar de nuevo los enemigos, habiendo ademas cantado victoria, como les sucedía en todas ocasiones. Es preciso repetir muchas veces unas mismas cosas, aunque no sea mas que por servir los intereses de la historia. Se han dado muchas

batallas; se ha derramado mucha sangre, se han visto rasgos insignes de valor y de osadía; mas, contando con los resultados, ha sido todo muy inútil. No basta derrotar á los facciosos, es decir, hacerles perder su campo de batalla con algunas pérdidas. Lo esencial es impedirles que se reunan otra vez, que se rehagan, que vuelvan á ofrecer las mismas resistencias, y meternos de nuevo en los mismos embarazos.

Solo adoptando este sistema defensivo se pudo conservar intacto nuestro ejército, y en nuestra posesion los puntos que ocupábamos en las provincias sublevadas: solo así se pudo impedirles introducir sus tropas en Castilla, constante objeto de sus deseos mas ardientes. Al mismo tiempo que conservábamos nuestros puntos fuertes, teníamos siempre á favor nuestro los elementos necesarios para convertir la guerra defensiva en ofensiva, en el momento que nos llegasen á favorecer las circunstancias; y estas no consistian en otra cosa que en un aumento muy considerable de nuestros combatientes.

Mas, en medio de la prudencia y circunspeccion que caracterizaba nuestras operaciones militares, no dejaron de darse acciones en que brilló el valor y disciplina de nuestras tropas; pero tampoco produjeron resultado definitivo alguno. El 2 de setiembre de 1835 tuvo lugar la de los Arcos: en 27 de octubre del mismo año el ataque sobre el castillo de Guevara. El 17 de noviembre entraron nuestras tropas en Estella que evacuaron el siguiente dia. En cuanto al ataque de las líneas de Arlaban, es demasiado conocido para que haya necesidad de mencionarlo.

Se acercaba el tiempo en que los facciosos iban á pasar el Ebro y demas lindes que circuscribian por entonces el teatro de la guerra. Era demasiado imperiosa en ellos la necesidad de esparcirle en todas partes, para que pudiésemos contenerlos en ellos por mas tiempo. Mas, antes de venir á estos sucesos, nos ocuparemos del estado de las facciones que, con alguna posterioridad á la de las provincias Vascongadas, se dejaron ver, aunque en escala mas humilde, en Cataluña, en el bajo Aragon y territorio de Valencia.

GLORIAS MILITARES DE ESPAÑA.

¿Quién extrañará que militares españoles celebren las hazañas y proezas que distinguieron en tantas ocasiones á los hijos de su patria, que las señalen como monumentos gloriosos de su historia, que los presenten como ejemplos y móviles de una noble emulacion á sus amados compañeros de armas?

La historia militar de España es grande, hasta magnífica. Lo fué en todos los tiempos, en todas las edades, cuando, á excepcion de Italia y Grecia, era Europa agreste y bárbara. Cuando apenas eran conocidos los galos, los bretones, los germanos, los bátavos, los cimbros y sármatas, era España célebre como pueblo esforzado y belicoso. Teatro de contiendas entre dos naciones rivales que se disputaban el cetro de la tierra entonces conocida, se distinguió tambien por su gloria peculiar, por sus hazañas y proezas, que fueron el terror y asombro de los que en ella dominaban. Testigo Sagunto, que prefirió ser cenizas á doblar su cuello á Anníbal. Testigo Viriato, que con sus huestes derrotó seis ejércitos romanos. Testigo Numancia, llamada *Terror del imperio* por sus mismos enemigos, y que sin mas murallas que los pechos de sus defensores, despues de haber cubierto de ignominia á tres ejércitos que succesivamente la sitiaron, hizo indispensable que viniese un Escipion á reducir á ruinas, y sepultar en sangre la ciudad valiente que no podia ser de otra manera conquistada. Y no fueron Sagunto y Numancia las solas ciudades españolas que desafiaron el poder de los orgullosos vencedores. Nos refieren las historias otros nombres que, si no tan célebres, ocupan en ellas un puesto distinguido. Tampoco desaparecerán de sus páginas los valientes cánta-

bros, que el señor del mundo, el famoso Augusto domeñó en persona. Tán árduo, tan importante era á la salud y gloria del imperio el plantar las águilas romanas en aquellos montes encumbrados que tan valerosos hijos sustentaban.

Los godos fueron tambien muy famosos militares, y los primeros príncipes de su monarquía tan hábiles en la guerra como en la política. Los alanos, los suevos, los vándalos, y demas pueblos que de las florestas del Norte se arrojaron á nuestro territorio, desaparecieron pronto, quedaron como perdidos y sin nombre bajo la dominacion goda, que con el tiempo extendió su cetro á toda la península. Mientras Inglaterra estaba gobernada por siete dominaciones diferentes; mientras se hallaba la Francia entre muchos mas gefes dividida, era la España goda un cuerpo sólido, compacto, sometido á un mismo cetro. Le consolidaron y robustecieron los talentos militares y políticos de un Leovigildo, de un Recaredo, de un Sisenando, de un Wamba, de un Ervigio; prepararon su caida los vicios de un Witiza; consumaron su ruina los vicios, la incapacidad y la indolencia de un Rodrigo; porque es preciso para que caigan los imperios que preparen esta calamidad los crímenes ó vicios de los que los gobiernan; verdad eterna que no se puede repetir bastante.

Los árabes vinieron despues: los árabes, el pueblo mas singular y extraordinario que se presentó sobre la tierra; los árabes famosos por su valor, por su ciego fanatismo, por su gusto, por sus invenciones, por su saber, por su cultura, por los monumentos grandes y originales que nos han dejado; pueblo guerrero y conquistador que corria á los peligros, á la muerte, á las órdenes de un gefe que era su caudillo, que era su monarca y su pontífice. A sus plantas ponian todos los laureles conquistados los hijos de Ismael; tambien rodaban las cabezas de los generales mas poderosos que habian incurrido en su terrible desagrado. El califado es el bello ideal del mando que puede ejercer el hombre sobre el hombre. En su comparacion las otras dominaciones no son nada, y apenas sin objeto la ambicion que tanto nos fascina y nos arrastra. Es preciso mandar en nombre de Dios á los hombres fanáticos, ó en el del pueblo á las naciones ilustradas. Todo lo que se

halla entre estos dos extremos es vago, muy precario y solo puede ser por la fuerza sostenido. Lo primero es mando; lo segundo una mera delegacion, un simple encargo. Aquello convenia á los árabes fanáticos del tiempo de Mahoma y sus ilustres succesores. Lo segundo es ya indispensable en los pueblos cultos y civilizados. Desapareció el califado como el humo, pues en solas ilusiones se apoyaba; se consolidará mas y mas la dominacion en nombre de los pueblos, porque es el solo sistema que apoya la razon, el solo lógico.

¿Qué se ha hecho de los árabes? ¿donde están ahora? En los desiertos de su pais, el único del orbe conocido que no ha sido nunca conquistado.

Los árabes, conocidos en aquella época con el nombre de *moros* por haberse hecho dueños de la Mauritania, se apoderaron de Gibraltar, derrotaron la dominacion goda en la famosa accion de Guadalete, y se derramaron como un torrente sobre España. Toda la ocuparon; todas las provincias, todas las plazas fuertes recibieron la ley de su terrible cimitarra. Nuestros historiadores pintan con vivos coloridos los horrores, el luto, y las devastaciones de que fué teatro nuestra monarquía. Todo esto es muy natural y se explica facilmente: toda conquista supone todo género de calamidades, y cuando hemos presenciado tantas en estos siglos de luces que alcanzamos, ¿cómo hemos de suponer que los árabes se hayan hecho señores de la España entera sin torrentes de lágrimas y sangre?

En uno de los rincones mas oscuros de nuestro territorio se restauró esta monarquía española perdida con tanta esplendidez por el último de los Reyes godos en persona. Este acontecimiento, de tanta importancia y trascendencia, es uno de los cuadros mas singulares que figuran en nuestra historia, que pueden brillar en la de la nacion mas distinguida. Adorne con flores la imaginacion el restablecimiento de nuestra monarquía en los montes asturianos: preséntele el historiador filósofo con los colores naturales que corresponden á la verdad, á la misma importancia grave del asunto; resultará siempre una accion magnánima, un arrojo grande y denodado, un patriotismo sublime, y un héroe á la cabeza de otros héroes

acreedores á todo el respeto de los siglos venideros. El nombre de Pelayo no puede menos de ser grande. ¿Qué restaurador, qué fundador de imperios tiene derecho á mayor gloria? Falta á Pelayo, ya que no un historiador, que puede carecer de datos para referir sobriamente sus hazañas, un poeta al menos que las celebre y que las cante dignamente. ¿Cómo las musas españolas, que ejercieron su genio en otras glorias militares, olvidaron á Pelayo, al gefe de los guerreros españoles que restauraron nuestra monarquía, que fué levantado sobre el escudo, y saludado Rey por ellos mismos? ¿Y quién merecia mejor tan alta honra? ¿Dónde podia haber un monarca mas lejítimo? Fué un soldado feliz el primer Rey, segun la expresion de un célebre poeta.

Y esta pequeña monarquía no podia consolidarse sin medrar, ni medrar sin sangre y sin victorias. Laureles teñidos con sangre señalan los principios de nuestra monarquía restaurada. De los montes de Covadonga extiende su dominacion á todo Asturias. Aunque los nuestros primeros Reyes se titularon solo de este último pais, extendieron su dominacion al territorio de Leon, de Galicia y de Castilla; fundaron en este último pais un estado feudatario, y contrajeron alianzas nada menos qne con el famoso Carlo-Magno y con su bijo. A los cuarenta años de su restauracion, la monarquía española salió de su cuna y se hizo hombre.

Todas estas épocas de nuestra historia están señaladas con guerras, con incursiones, y con batallas encarnizadas y sangrientas: fué una desgracia para la nueva monarquía española que se hubiese dividido en otras varias; mas tambien los árabes lo estaban. Tambien obedecia el territorio que dominaban á gefes independientes unos de otros. Experimentó la España árabe diversas revoluciones y hasta guerras intestinas: desde la caida del famoso imperio cordobes hasta su expulsion total de la península estuvo sujeta su dominacion á muchos amos diferentes, que ya guerreaban entre sí, ya sufrian el yugo de las huestes entradas de Africa por los que se creían con derechos de dar leyes á la España musulmana.

En cuanto á los príncipes cristianos es sabido que vi-

vian en continuas guerras tanto entre sí mismos como contra el enemigo comun de todos ellos. En la lista de nuestros Reyes figuran grandes hombres célebres por su valor y talentos militares. Los Alfonsos, los Ramiros, los Fernandos, los Sanchos, los Fernan-Gonzalez, son célebres en nuestra historia. ¿Quién puede referir todas sus proezas militares? ¿quién las de los famosos capitanes que bajo sus auspicios peleaban? ¿Quién no ha oido hablar de las batallas de Clavijo, de las Navas de Tolosa, del Salado, del sitio de Toledo, de los de Córdoba y Sevilla, Gibraltar, Tarifa y otros varios? Y mientras peleaban con tanta gloria los reyes de Castilla, no cabia otra menor á los de Portugal, de Aragon y de Navarra. La historia militar de esta nacion es fecundísima en acontecimientos memorables; y si es cierto que se reduce casi la de todas á la de sus guerras, es esto un axioma en nuestra España.

La entrada de los árabes en España fué señalada con la batalla reñidísima del Guadalete: otro hecho de armas igualmente memorable marcó el fin de su poderío en todo su basto territorio. Hablamos del sitio de Granada en que por ambas partes se desplegaron igual valor, igual saber, igual constancia. No se desdeñaron los Reyes Católicos de dirigirle en persona, y de inflamar el valor de las huestes castellanas con su ejemplo. Era fuerte la plaza de Granada, dispuesta y preparada á sostener un sitio vigoroso; pero era mas fuerte en aquellos soberanos el deseo de acabar de una vez con la dominacion musulmana, arrebatándoles el único imperio que de tantas otras le restaba. Cayó Granada al cabo de seis meses de un sitio con vigor y constancia dirigido: y al mismo tiempo que desaparecian los árabes de España, formaba toda ella un cuerpo sólido y compacto, sumiso á un mismo cetro, á excepcion de Navarra que fué poco despues incorporada.

Fué un destino singular nuestro el que, casi en el mismo tiempo en que España pudo hacer un cuerpo de nacion despues de tantos siglos de divisiones y contiendas intestinas, se viese reducida á componer solo una parte, aunque muy considerable, de una vasta monarquía.

Careciendo los Reyes Católicos de sucesion masculina,

hubo, segun la política de aquellos tiempos, y casi la de todos, que llamar á un príncipe extranjero cuya familia iba á heredar tan vastas posesiones. Era este príncipe heredero él mismo de nada menos que de los dominios de Austria y de Borgoña. Su hijo primogénito añadió á tan ricas posesiones la dignidad de gefe del imperio de Alemania. Era el famoso Cárlos quinto.

Fué este príncipe uno de los tres grandes potentados que llenaron á Europa de su nombre, que influyeron de un modo extraordinario en los destinos de su siglo, y ante cuyo cetro se eclipsaron los monarcas sus contemporáneos. Su nombre está asociado en esta parte con el de Napoleon y Carlo-Magno, aunque no es nuestro ánimo establecer ningun paralelo entre dichos personajes. Fué, como hemos insinuado, una desgracia para esta nacion el haberse incorporado en una tan vasta monarquía, servir los intereses de un príncipe cuya política, cuya ambicion, inclinaciones y hasta necesidades, le llamaban tantas veces á paises extranjeros. No era posible que el Emperador de Alemania, que el señor de los Paises-Bajos, de las dos Sicilias, de la Lombardía y de todos los estados hereditarios de la casa de Austria, consagrase á España sus principales atenciones. Mas las glorias militares de esta nacion, en lugar de sufrir por esto detrimento alguno, adquirieron un aumento muy considerable. Figuraron las tropas españolas con brillo en cuantas guerras sostuvo este monarca en Italia, en Alemania, y contra el que pretendia ser su rival, aunque sin medios para ello, á saber, el Rey de Francia. Fué la cautividad de este monarca, en la gloriosa batalla de Pavía, una de las glorias que figuran en la época. Nuestros capitanes competian de un modo brillante con los mas famosos, de cuyos talentos militares se aprovechaba tan hábilmente Cárlos quinto. Eran justamente famosos nuestros tercios de infantería, lo mejor acaso entonces de la Europa. En dicha batalla de Pavía, en el cerco y asalto de Roma, en la batalla de Mulberg, en la expedicion famosa sobre Tunez, y en cuantas emprendió este monarca tan activo, brillaron siempre nuestras banderas españolas. Y no hacemos mencion de la gloria de que se cubrian en el Nuevo Mundo en la mis-

ma época, porque tendrá su sitio aparte. De todos modos no hay duda en que España á ninguna nacion cedia entonces en renombre militar, y que á muchas eclipsaba. Por lo menos á todas aventajaba en lo extenso de la esfera en que sus armas se ejercian.

Esta preponderancia de las armas españolas, bajo la dominacion de Cárlos quinto, fué mas visible y positiva aun en el reinado de su succesor, por la sencillísima razon de que, aunque se hizo este dueño, á excepcion del imperio, de los mismos paises extranjeros que su padre, consideró siempre á España como el centro y la parte mas considerable de todos sus dominios. Igualmente ambicioso que aquel grande personaje, no hizo la guerra por sí mismo, y se contentó con ser el alma y principal resorte de todos los movimientos militares y políticos de Europa, sin salir de su gabinete de Madrid, que fué el centro de todo durante su reinado de mas de cuarenta años. Las guerras en que se vió empeñado este monarca fueron tan frecuentes, tan encarnizadas, y de mucha mas trascendencia que las de su padre. Las revueltas de los Paises-Bajos abrieron campo á los talentos militares de casi todos los grandes capitanes de aquel siglo; igualmente se mostró abundante el de las guerras civiles que despedazaban la Francia en dicha época. La lectura de estas guerras no puede menos de ser útil á nuestros militares españoles. Si otras tuvieron un teatro mas extenso; si con masas, mas numerosas y hasta formidables, se decidieran contiendas en tiempos posteriores, muy pocas se presentan en que se hayan hecho cosas mas importantes, desplegádose mas genio militar, y enlazádose mas estrechamente con la guerra mundana la religion y la política.

En el reinado de Felipe II fuimos sin duda la potencia mas poderosa, mas rica, mas influyente de la Europa. Dedicados á cosas militares, solo bajo este aspecto consideramos en este momento á las naciones. Fueron nuestros ejércitos considerados, respetados y temidos; y los últimos años de aquel reinado el apogeo de nuestras grandezas militares.

En el de los succesores de este príncipe, que en medio de todas sus faltas y defectos fué un hombre distin-

guido, decayeron nuestras glorias militares como todo el resto. Felipe III, Felipe IV, y Cárlos II, herederos del justamente famoso Cárlos V., ¡qué duró un siglo esta época de decadencia terminada por el pase de la corona de España á otra familia! Sin embargo, aunque decaimos mucho como militares, no quedó del todo obscurecido nuestro nombre. En el reinado de Felipe III todavía nos sostuvimos en las guerras con Luis XIII, y en la famosa de treinta años de Alemania. Felipe IV fué en cierto modo famoso por las grandes pérdidas que bajo su poder sufrió nuestra monarquía; mas tampoco en su reinado quedaron empañadas nuestras armas. Bajo el de Cárlos II todo fué decadencia, degradacion y abatimiento.

La dinastía de Borbon abrió para España nueva época. Tambien la recorreremos, aunque muy de paso, deteniéndonos algo mas en nuestra historia militar durante lo que va del siglo XIX, en que por nuestra suerte, tal vez desgracia, hemos llamado y llamamos todavia tanto la atencion del orbe culto.

HERNAN CORTÉS.

Es época muy grande en la historia de España, y de la humanidad entera, el descubrimiento de ese nuevo emisferio, de ese inmenso Continente Americano, que hizo una revolucion en el comercio, que abrió tantos tesoros al saber y al genio, que excitó tanta codicia, que hizo cometer tantos crímenes, derramar tanta sangre, y ofreció un inmenso teatro á la valentía y audacia de los hombres.

Los extranjeros, celosos de la superioridad que nos iba á dar está adquisicion inesperada, envidiosos de un bien que

muchos de ellos habian desechado como una quimera, se desahogaron pintando con el mas negro colorido el descubrimiento y la conquista de tan vastas posesiones. La supersticion, el fanatismo, la ferocidad, la sed de sangre y oro, son las palabras favoritas que salen de sus plumas. Nuestros hombres de guerra que han figurado sobre aquella escena inmensa, son tigres, monstruos de la humanidad, que se complacen en llantos, que sacrifican millares de hombres á su ambicion y su codicia. Ninguno se ha librado de estos duros epítetos. Ninguno dejó de ser un escándalo de la humanidad, digno de los castigos mas horribles que se puedan inventar contra los mas negros atentados.

No haremos apología de los que pudieron haber cometido los que conquistaron con su espada tan ricos dominios á la corona de Castilla. Que aquellos aventureros no eran muy fuertes en los buenos principios de una sana moral, que fueron en ocasiones crueles y opresores, que sacrificaron á su codicia los sentimientos mas nobles de la humanidad, no se puede poner en duda. Dejemos á la moral la vindicacion de sus derechos; no defraudemos á la humanidad de los títulos que tiene de ser respetada en todos tiempos. En cuanto á nosotros, militares, que escribimos de la guerra, que dedicamos algunas de nuestras tareas á celebrar los grandes capitanes, podemos muy bien, sin ofender esta moral, y dejando siempre salvos los derechos de la humanidad, presentar con sus colores todo lo que tuvo de osado, de intrépido, de gigantesco, el descubrimiento y la conquista de lo que desde entonces se llamó con tanta justicia el *Nuevo Mundo*.

¡Qué época tan grande! repetimos. Desde el momento que dirigió sus proas al Occidente en busca de este Nuevo Mundo el gran Colon, hasta que todo aquel vastísimo pais quedó sujeto al cetro de Castilla, todo es magnífico y colosal, todo asombra la imaginacion y la arrebata. No hay ninguna que no se inflame á la simple relacion de unas hazañas tan nuevas, tan extraordinarias, tan originales. En su comparacion se reducen casi á nada cuantas relaciones de aventuras atrevidas nos refieren las historias. En ninguna de sus páginas, tanto de la antigua como de la moderna, figura nada que

se parezca á lo que hicieron los nuestros en aquellas expediciones tan lejanas. Ni los celos; ni la envidia, ni cuantas declamaciones han tenido por objeto denigrar aquellas glorias, hicieron ni harán nunca el que no aparezca grande lo que fué y es verdaderamente tan sublime.

¿Era un hombre, era un tigre, era un leon, ese Vasco Nuñez de Balboa, que, á la cabeza de un puñado de hombres, recorre el vastísimo pais de Costa-Firme, hasta llegar á las playas del Mar del Sur, nunca visto hasta entonces por ningun hombre del viejo continente? ¿Qué era ese Pizarro, que, con trece hombres atrevidos resueltos á seguirle á todas partes, se va á conquistar y conquista el vasto imperio de los Incas? ¿No asombra la audacia de un Francisco de Orellana, que, separado él mismo de una expedicion atrevidísima de que hacia parte, se pone á descender el rio caudalosísimo de las Amazonas, y sin tener en cuenta lo desconocido, lo agreste de un pais salvaje, con los solos recursos de un esforzado corazon, termina su carrera inmensa, y se ve en las playas del atlántico? Igual audacia, igual temeridad, é igual arrojo brilla en la conducta de un Fernando de Soto, que, desde las Floridas, atraviesa sin mas guia que el Sol y su audacia todo el pais de la Luisiana, abriéndose camino con la espada, disputando á las fieras y salvajes su alimento, arrostrando la muerte á todas horas; sin techo, sin abrigo, recorriendo así mas de 900 leguas de terreno, hasta llegar á reunirse con españoles en la parte setentrional de Nueva España. ¿Quién cuenta todas las proezas y todas las hazañas? ¡Qué combates! ¡qué expediciones! ¡qué inclinacion tan fuerte de buscar aventuras! ¡qué sed de todo, pues de todas las pasiones era una tempestad el corazon de aquellos hombres!

Entre todos estos héroes descuella, en nuestra opinion, el que vá al frente de este artículo, no porque haya sido mas valiente ó mas osado que los otros, sino porque en toda su conducta militar mostró mas genio, mas capacidad, y mas tacto y conocimiento de los hombres. En la conquista del Imperio Mejicano brilla un arte, un saber, un tino que no es comun en la conquista de los otros paises de la América. Las

circunstancias le favorecieron mucho, sin disputa; mas solo es dado á un gran genio saberse aprovechar hábilmente de estas circunstancias.

No escribiremos la historia militar de Hernan Cortés con aquella detencion y prolijidad que deseáramos. No lo permite el breve espacio que dejamos en nuestro periódico á estos artículos biográficos, ni pasa nuestro objeto de hacer mencion de aquellos rasgos de mas audacia ó de mas genio que brillan en la vida de los grandes capitanes. Nacido de una familia honrada en Extremadura, á últimos del siglo XV, pasó muy jóven al Nuevo Mundo, campo á donde un crecido número de aventureros iban á probar fortuna. En la isla de Cuba fué acogido por el gobernador Diego Velazquez, ocupado entonces de enviar expediciones al continente americano, objeto de grande ambicion, y cebo por lo mismo de codicia. Los primeros ensayos, aunque no muy prósperos, no dejaron de abrir un campo de grandes esperanzas. Por último, la opinion que Hernan Cortés hizo concebir de su disposicion, valor y talentos militares, movieron el ánimo de Velazquez á ponerle al frente de una nueva expedicion mas numerosa y respetable que las anteriores.

Apenas la expedicion se habia puesto en marcha, cuando, arrepentido Velazquez de haberse fiado de un hombre sobre quien sus envidiosos enemigos habian tratado de sembrar sospechas, envió una órden privándole del mando. Mas era Cortés demasiado ambicioso y atrevido, estaba demasiado avanzado en la carrera para que renunciase á la perspectiva de tan próspera fortuna. Es sabido que en lugar de obedecer la órden zarpó de la Habana; y despues de haber desembarcado en la isla de Cotzumel, sitiado y tomado la ciudad de Tabasco, ya en el continente, con otras acciones de esta clase, volvió á desembarcar en Veracruz, donde determinó fundar una colonia, la primera que fué establecida en el inmenso pais de Nueva-España.

Aquí dió nuevo vuelo á su carrera militar con un rasgo de política hábil y atrevido. En abierta desobediencia á Diego Velazquez, no podia menos de conocer su precaria situacion con respecto á las tropas que mandaba. Concibió el pro-

yecto de considerarlas, y que se considerasen ellas mismas como dependientes, no precisamente del gobernador de la Isla de Cuba, sino de la corte de España. Conociendo que bajo cualquiera consideracion era legítimo su mando, reunió los gefes, oficiales y demas gentes de consideracion; y habiéndoles expuesto las nuevas relaciones que tenian con el emperador, depuso ante ellos el baston de mando, invitándolos á que eligiesen un gefe á su satisfaccion, comprometiéndose por su parte á obedecerle y respetarle en cuanto pudiese cumplir al real servicio.

Recayó el mando, como era de esperarse, sobre el mismo Hernan Cortés, quien le aceptó gustoso en nombre del emperador. Considerándose desde entonces como gefe legítimo de aquellas tropas, pasó inmediatamente á organizar la parte municipal de la villa cuya ereccion se proyectaba, y se verificó muy luego con el nombre de San Juan de Veracruz, ó Villa-Rica.

Se veía Hernan Cortés gefe legítimo de aquel pequeño ejército; mas no estaban todos los ánimos tranquilos. Habia en las filas muchos afectos á la persona de Velazquez, que miraban con aversion la propia suya. Sediciones diferentes estallaron; mas Cortés tuvo siempre la habilidad de refrenarlas. Para cortarlas de raiz, para quitar todo medio de evasion, para no dejarse ni á sí mismo ni á sus compañeros otra alternativa que la muerte ó la victoria, mandó incendiar las naves que los habian traido al Continente Americano. Este sublime rasgo de osadía, que ya hemos tocado en uno de los primeros números de nuestra obra, asunto ha sido entre nosotros de un poema; mas por mucho que le realce la imaginacion, hay hechos, hay cosas á cuya altura no llegan las palabras.

Las fuerzas escasas de Cortés no pasaban de quinientos hombres, entre las que habia quince caballos y seis pequeñas piezas de campaña. La infantería iba armada por la mayor parte de picas y ballestas, y solo un pequeño número estaba provisto de arcabuces. Con esta pequeña fuerza se atrevió á penetrar por paises salvajes é ignorados, donde cualquiera desastre abria bajo sus plantas un abismo. ¿Eran hombres, eran

leones, eran dioses? lo preguntamos otra vez. No: eran soldados, llenos de ambicion y de codicia, inflamados por el instinto de la gloria.

No seguiremos todos los pasos de esta columna en su expedicion tan arriesgada. Ni la clase de nuestra obra permite estos pormenores, ni la naturaleza de estas hazañas romanescas el estilo templado de la historia. Son bien conocidos por otra parte los trabajos y peligros de esta gente belicosa en el sitio y toma de Tabasco. En Zempoala encuentra los primeros amigos, el primer puerto hospitalario. Allí supo por primera vez que existia el imperio rico y poderoso mejicano, y que era su gefe objeto de terror y odio para los pueblos que le estaban sometidos ó temian serlo; un rayo de esperanza alumbró su corazon de hacerse con el tiempo *amigo y protector de tanto desvalido.*

En Tlascala encuentra una república esforzada y belicosa que le niega el paso. Nuestro famoso historiador Solís pone en boca de dos personajes de este estado dos discursos dirigidos, uno á permitir la entrada á Hernan Cortés, y el otro á hostilizar á los temerarios extranjeros. No sabemos los motivos que pudo tener este escritor para imitar dos oraciones que figuran en la guerra del Peloponeso; mas lo cierto es, que los tlascaltecas hicieron una cruda guerra á Hernan Cortés, y que solo á fuerza de coraje y osadía pudo este superar los obstáculos que encontraba entonces su ambicion; pues ocupado ya estaba dia y noche con la idea de hacerse dueño del imperio mejicano.

En ninguno de estos lances críticos dejó Cortés de desplegar la grande superioridad que tenia en armas sobre sus contrarios. Las de fuego jugaban todo lo posible, y ejercian en aquellas imaginaciones todo el espanto que debia suponerse. Aspiraba Cortés á que tuviesen á sus gentes por de raza, si no celestial, al menos muy extraordinaria, y el éxito correspondia á sus fundadas esperanzas. Era un hábil capitan, que con pequeños medios emprendia grandes cosas.

Con la república de Tlascala ajustó la paz, y contrajo una alianza la mas sólida y mas útil de cuantas auxiliaron sus proyectos. Sabedor de la enemistad que profesaba este

pueblo á Motezuma, fomentó hábilmente aquestos sentimientos, se declaró su amigo, su protector, el vengador de sus agravios. Era imposible el navegar con viento mas próspero en este mar de fortuna y aventuras. A los pocos meses de su salida de Veracruz se encontró victorioso, con alianzas de mil pueblos que tenian agravios que vengar, que le reputaban como invencible protector, como de una raza á la que la suya propia no alcanzaba.

Motezuma tuvo al fin conocimiento de la venida de Cortés, y no pudo menos de sobresaltarse con una novedad tan extraordinaria y prodigiosa. La fama, que abulta las cosas á proporcion que se hallan lejos, habia presentado la aparicion de aquellos guerreros invencibles con colores que llenaron de terror el corazon de aquel monarca, que, segun todos los historiadores, estaba sentado en un trono mal seguro. La noticia de su alianza con los tlascaltecas no podia menos de aumentar su recelo y desconfianza. Interesado en conjurar á toda costa la tempestad que se desplomaba sobre su cabeza, no omitió ningun medio de cuantos le sugeria una política insidiosa para impedir la aproximacion y entrada de Cortés en Méjico. Ruegos, halagos, insinuaciones, amenazas, todo fué empleado; mas en vano. Estaba la cabeza de nuestro aventurero demasiado llena de proyectos gigantescos para que refrenase sus vuelos tan á los principios. Al frente de sus compañeros de aventura, de los tlascaltecas y demas aliados, tuvo la audacia de acercarse, de entrar en Méjico, á cuyas puertas fué recibido por Motezuma mismo, rodeado de una corte espléndida.

¡Qué momentos y qué entrevista! Un simple aventurero, ayer un particular oscuro en su pais, hombreando, tratando de igual á igual, ¡quizá de superior á inferior con el señor de un grande imperio, porque imperio era el de Motezuma! Gefe de una inmensidad de pueblos era este hombre, que le daba la hospitalidad en la rica capital de sus estados, y no salvajes vestidos de pieles, sino bárbaros cubiertos de oro, plata y piedras preciosas, los que con tanto miedo y terror le recibian. Los historiadores, y sobre todo los conquistadores mismos, habrán exagerado, como es natural,

aquel lujo y magnificencia, la riqueza y esplendor de aquella capital; mas no hay duda de que desplegaba un aparato de civilizacion y de grandeza con que no contaban nuestros españoles, que se encontraban con un imperio fuerte, temido, y sobre todo habitado por pueblos en extremo belicosos. La circunstancia de hallarse la capital rodeada de lagunas, que no dejaban mas paso que por calzadas muy estrechas, aumenta la idea de la audacia del extranjero impávido que por ella penetraba.

No podia Motezuma deponer la desconfianza y los recelos justos que le inspiraba la presencia de tan terribles huéspedes. Era natural que, no pudiendo deshacerse de ellos á mano armada, apelase á manejos ocultos, á cuantas artes le sugerian sus delicadas circunstancias. Trató de herir á Cortés en una parte vulnerable, y que le podia exponer á graves riesgos. Por medio de ocultos emisarios ordenó una incursion sobre la poblacion de Veracruz, primera colonia, depósito, almacen y asilo en último extremo que restaba á nuestros españoles. La expedicion no tuvo el efecto deseado; mas produjo fatales consecuencias. Murió el gobernador Juan de Escalante en el conflicto. Perecieron otros varios, sobre todo un soldado muy valiente llamado Juan de Argüello, cuya cabeza fué mandada á Motezuma.

Supo Cortés estas noticias con toda la amargura y ansiedad que debe suponerse; mas un hombre de esforzado corazon no pierde la cabeza si tiene genio en medio de los mayores riesgos. El partido que tomó en tan delicada situacion muestra á donde llegaba su osadía y su presencia de ánimo. Seguido de sus capitanes se presenta en el palacio de Motezuma, y aparentando no tener la menor desconfianza de sus procederes, le expone con calor y vehemencia lo ocurrido en Veracruz, y pide un castigo contra el atentado. Satisfecho el emperador de las disposiciones de ánimo de su huesped, le promete la satisfaccion de tanto agravio. Cortés entonces, tomando un tono sério y decisivo, hace ver á Motezuma que nada les era mas útil en aquellas circunstancias á los dos, que restablecer una confianza sin igual entre los españoles y el emperador: que no bastaba que él estuviese

satisfecho de sus procederes si no adoptaban estos sentimientos sus soldados; y que el único expediente que podia llevar las cosas á este resultado, era que se viniese Motezuma por algunos dias á su cuartel, donde seria servido y respetado cómo en su palacio mismo.

Escuchó Motezuma atónito un discurso con tono serio y respirando amenazas pronunciado. No era tan bárbaro que no conociese toda la humillacion del paso que le proponian. Trató de defenderse y excusarse, afectó aun aires de superioridad y aun de desagrado; mas no era hombre para resistir al ascendiente del que le estaba hablando. Persistió este aumentando cada vez su tono serio y duro, en lo que fué auxiliado por sus capitanes. No pudo resistir Motezuma á tanto brusco ataque, y cedió por fin marchando con Cortés á su cuartel, donde permaneció como cautivo, aunque tratado siempre con respeto y la magnificencia debida á su alto rango.

Si hay hechos de audacia, de osadía, impulsados por el genio, es este uno de los mas distinguidos sin disputa. Nosotros no escribimos la vida de este famoso capitan; es solo nuestro ánimo presentar solo aquellos golpes, aquellos rasgos de su conducta que manifiestan su gran capacidad, y que no pueden menos de excitar la admiracion del lector como la nuestra propia.

A esta humillacion de Motezuma se siguió otra aun mas intolerable. El ejecutor de las órdenes de Motezuma fue cogido y entregado á las tropas de Cortés, y traido á Méjico para recibir el castigo á que se habia hecho acreedor por su obediencia. Quiso nuestro capitan que la expiasen él y otros mas gefes en un suplicio, y que esto se verificase delante de su mismo alojamiento. Durante la ejecucion mandó echar grillos al emperador á fin de imponerle todo el terror posible con esta ceremonia. No haremos sobre esto comentario alguno. Repetimos que no es nuestro ánimo vulnerar de ningun modo los derechos de la humanidad, comprometidos tal vez con estos actos. Como militares, no como moralistas, escribimos para nuestros compañeros de armas.

Navegaba Hernan Cortés con viento próspero: no se puede saber el rumbo que hubiese dado á su nave, ya llegada á

tanta altura; mas tuvo que retroceder por un accidente inesperado.

Irritado Diego Velazquez de la desobediencia y aislamiento en que de sus órdenes se habia puesto Hernan Cortés, doblemente mortificado al ver que habia hecho los gastos de una expedicion de que otro iba á recoger el fruto, trató de resarcir las pérdidas enviando otra que neutralizase la primera; la aprestó con toda diligencia, y trató de que fuese aun mas respetable que la anterior por la sencilla razon de que iba con el plan de sujetarla. Referimos un hecho que, con otros muchos de esta clase, nos hace ver que los primeros conquistadores de América se distinguieron mucho por disensiones y guerras civiles que los despedazaban á ellos mismos. Separados á tanta distancia de la madre-patria, tenian en poca cuenta las órdenes del gobierno, tan interesado en evitarlas. Entre lo que se mandaba en el gabinete de Madrid y lo que se ejecutaba en América habia una enorme diferencia. Los que, para justificar del todo á los españoles, citan á cada paso las leyes de Indias, se olvidan de las leyes del capricho, que influian en la conducta de los gobernadores de estas Indias. Violencias, tiranía, atrocidad, y hasta mil barbaridades hubo: no tenemos que olvidarlo. Los extranjeros exageraron mucho sin disputa; mas no necesitaban de esto las tintas del cuadro para ser bastante oscuras.

Nada era mas importante para Hernan que salir cuanto antes á conjurar la tormenta que le amenazaba. Duro le era tener que abandonar á Méjico en tan feliz principio de fortuna; mas hubiese sido una imprudencia y sobra de temeridad esperar á pie firme al nuevo rival, que á lo menos seria un instrumento en manos de los mejicanos. Decidido á deshacerse de él á toda costa, despues de haber dejado en Méjico *ochenta* españoles con el número de los aliados que les correspondian, marcha en busca suya, le ataca, le sorprende, le derrota; y á la inmensa ventaja de esta victoria oportunísima se une la de aumentar su pequeño ejército con el que venia á combatirle. Así pasaban ya de mil españoles los que seguian sus banderas; estado de gran prosperidad, de brillante fortuna, para quien en cada soldado veía un

nuevo ser extraordinario, un nuevo instrumento de subyugar la imaginacion de aquellas gentes.

Vencido Pánfilo de Narvaez, que así se llamaba el gefe enviado por Velazquez, en nada pensó Cortés mas que en trasladarse con la posible brevedad á Méjico; pero supo á su llegada una séria novedad que podria traerle tan funestas consecuencias como la primera.

Los ochenta españoles que habian quedado en Méjico á las órdenes de Pedro de Alvarado habian sido acometidos en sus alojamientos por los mejicanos. Algunos historiadores dicen que fueron agresores los primeros: sostienen los nuestros que lo fueron los contrarios. Ambas cosas son posibles y se explican fácilmente. Todo se podia esperar de la arrogancia y codicia que animaba á nuestros españoles: nada habia mas natural que el que soltasen su freno á la indignacion los mejicanos, al verse como esclavizados, con su rey cautivo, en manos de un puñado de extranjeros. De todos modos, la acometida fué terrible; por todas partes se combatió con sed de sangre y de venganza. Los mejicanos eran muchos, poquísimos los españoles; mas se batian como leones, como que les iba en ello la existencia. Atrincherados en sus alojamientos defendian su terreno á palmos. Duraba casi el combate á la llegada de Cortés: nunca socorro se presentó en ocasion mas oportuna.

El combate se renovó por una y otra parte: creció el número de los muertos, que recibieron un respiro por entonces; mas se aumentó en la misma proporcion el de sus encarnizados enemigos. Obraba Cortés y acudia á todas partes como esforzado soldado, como capitan prudente. Un recurso se le ocurrió en medio del conflicto, á saber, que se presentase Motezuma á los sublevados y les arengase, invitándolos á la sumision y á la obediencia. Era la última humillacion que se podia exigir de aquel monarca degradado. La obtuvo Hernan Cortés; mas no sacó de ella todo el fruto que esperaba. Salió en efecto Motezuma como se le exigia: quiso hablar á los amotinados; mas no excitó en todos ellos sentimientos de obediencia, los provocó al contrario de cólera é indignacion en algunos de la desenfrenada muchedumbre. Se exhaló esta

en denuestos y en acciones. Cayó Motezuma mortalmente herido de una pedrada, y el cetro del imperio que estaba en los reales de Cortés pasó á manos de sus mas feroces enemigos.

Los apuros de nuestro gran español eran demasiado serios: ya no podia permanecer en Méjico rodeado de la inmensa muchedumbre conjurada en su exterminio, y por otra parte no habia mas retirada que por las calzadas que atravesaban las lagunas. De este expediente, el único que restaba á Hernan Cortés, se aprovechó muy entrada ya la noche; mas ni su silencio ni sus sombras pudieron adormecer la vigilancia de sus enemigos, que con furor le persiguieron y asaltaron. La noche fué terrible para Hernan Cortés. Son sabidos sus apuros, el conflicto y la amargura que le asaltaron en aquella desastrosa retirada. Le cortaron los enemigos la retaguardia del ejército que cayó toda prisionera. Mas de doscientos españoles tuvo de pérdida Cortés aquella noche, y los que ya saben que pasaba muy poco de mil el número de los combatientes podrán graduar á donde llegaba este desastre.

Al amanecer del dia siguiente se hallaba Cortés en tierra firme. Los enemigos, satisfechos por entonces de su presa, le dieron un respiro y algun tiempo para rehacerse. Se retiraba, pues, nuestro general muy lentamente tomando el camino de Tlascala; mas en el valle de Otumba se vió acometido de todo el ejército de los mejicanos.

Era preciso combatir, y que los españoles vendiesen cara su vida en tan peligrosas aventuras empeñada. Igualmente esperaba á los tlascaltecas y demas amigos de nuestros españoles, El choque fué horrible y espantoso. Por ambas partes se combatian como tigres; mas en el calor de la refriega se le ocurrió á Cortés un expediente digno de un hombre que medita en el tumulto de las lides. Habiendo observado el interes que en las batallas tenian sus enemigos en la conservacion del estandarte real, que desplegaban con gran pompa, fué su conato principal el arrancársele. Al punto donde se hallaba dicha insignia dirigió él mismo con furia los ataques. Atónitos los que le guardaban lo defendieron por algun tiempo con denuedo; mas cedieron al prestigio de los españoles, y

perdieron aquel talisman de la victoria. Se llamaba Juan de Salamanca el que cogió el primero el estandarte mejicano despues de haber muerto al porta-insignia, y escribimos este nombre como digno de pasar á las naciones venideras por lo importante del servicio. Tomado el estandarte real huyeron despavoridos los mejicanos, abandonando el campo á Cortés y á los suyos, que hicieron una matanza horrible, y cogieron un botin inmenso. Era para nuestro héroe un resarcimiento feliz de la pérdida sufrida en las lagunas. No tardó en aprovecharse hábilmente de esta circunstancia.

Inmediatamente despues de la batalla se dirigió á Tlascala, en cuyo seno repuso sus pérdidas, reorganizó de nuevo su pequeño ejército, y renovó sus vínculos de alianza y amistad con aquellos habitantes, animados cada vez mas de sentimientos de venganza contra los comunes enemigos.

Ardia siempre Hernan Cortés en deseos de volver á Méjico; mas era ya preciso hacerlo con medios y fuerzas superiores para dominar un pais feroz, cuyo espíritu belicoso habia llegado al último estado de una saña encarnizada. El cetro mejicano habia recaido en un jóven animoso y alentado, lleno de entusiasmo, resuelto á sacrificarse por el pueblo guerrero que le confiaba sus destinos. La capital entera se preparaba á la defensa de sus muros, resuelta á perecer en caso de quedar vencida. Los sacerdotes de su religion ofrecian sangre y víctimas humanas á sus dioses de la guerra.

La empresa de rendir á Méjico era sumamente expuesta, séria y arriesgada. No omitió Cortés medio alguno de cuantos sugeria la prudencia á un diestro capitan para coronarla felizmente. Al frente de sus españoles, y de cuantos pueblos aliados pudo atraer á sus banderas, se puso en camino para Méjico. Decidido á acometer la ciudad por tierra y agua al mismo tiempo, mandó construir trece bergantines sobre las lagunas, y para armarlos hizo venir de Veracruz las jarcias, el velámen y demas enseres que habian pertenecido á las naves incendiadas.

Asi se vió Cortés á la cabeza de mas de treinta mil hombres, y una flotilla al frente de la grande capital, cuya

captura codiciaba, y se presentaba por entonces como el objeto final de su ambicion y sus deseos.

Seguir los progresos de este sitio seria largo, y hasta inútil para el objeto que nos proponemos. Las calzadas como las lagunas fueron teatro de mucho valor y mucho arrojo. Por ambos lados se peleaba con furor, con sed de sangre. Era en los unos tan violento el deseo de apoderarse de la presa, como en otros la decision y el furor por disputarla. Los españoles sacaban lo mejor de las peleas; mas tambien fueron en algunas desgraciados. Cayeron en una ocasion treinta de ellos vivos, que fueron sacrificados en las aras de los dioses mejicanos.

Los sitiados se vieron poco á poco reducidos á las extremidades mas terribles: sufrieron el hambre, la sed; cuantas calamidades van en pos de los sitios prolongados. Ningunas apariencias daban de rendirse. Se obstinaban mas y mas los de Cortés en domeñar tanta soberbia. A un asalto general dado por tierra y las lagunas no pudo resistir por fin aquella muchedumbre, á fuerza de tantos sufrimientos quebrantada. Fué cogido el nuevo emperador en las lagunas, y sobre los muros de Méjico tremolaron victoriosos los pendones de Castilla.

Asi cayó el famoso imperio mejicano. Sobre sus instituciones, su organizacion, su índole y grado de cultura en aquella época, no nos dan grandes luces los historiadores. Bernal Diaz del Castillo, el único testigo ocular que nos refiere la conquista, era demasiado jóven para poder hacer las observaciones que nos eran necesarias. Los que vinieron despues dejaron llevar las plumas de las ideas, del espíritu de partido ó pasiones entonces dominantes. Que era un pais hasta cierto punto civilizado, aunque no á la manera de Europa, es una cosa que nadie debe poner en duda. Vivian en sociedad, con leyes, con instituciones, con diferencia de clases, de rangos y de gerarquías; cultivaban las artes de necesidad y lujo, y se dedicaban á todo género de industria. Su capital encerraba mil monumentos de riqueza y de magnificencia. Ignoraban el arte de escribir, es decir, el nuestro, el alfabético; mas apelaban á la pintura para expresar, aunque

del modo imperfecto que se debe suponer, sus pensamientos. Era su carácter duro y feroz, como el de un pueblo acostumbrado á oprimir á sus vecinos; y su religion, si nos atenemos á la pintura que nos han dejado de ella, atroz y sanguinaria, adaptada en un todo á sus costumbres. ¿Ganó Méjico, perdió con la conquista? Es una cuestion en que no nos empeñamos por ahora.

Hay en la conducta ó carrera de los hombres, famosos en cualquier concepto, un punto dominante que representa el apogeo de su fama ó de su gloria. Es este punto en el escritor, en el artista, un libro, una produccion entre las muchas á que han dedicado sus tareas. En un hombre de accion, es un grande hecho. Es la conquista de Méjico el de nuestro Hernan Cortés. Era demasiada la altura á que le habia elevado para que despues no descendiese. Asi le seguiremos en el resto de su vida, con mas rapidez aun que hasta el presente. Despues de este hecho de armas tan glorioso, regresó á España, donde fué bien recibido de la corte, é investido en seguida con el mando civil y militar de la region que habia sido su conquista. Vuelto á ella, se dedicó á organizarla, á pacificarla, habiendo tenido muchas veces que sacar su espada para satisfacer ambos objetos. Lo seguian su gran nombre, el prestigio de su gloria, á todas partes; mas los envidiosos, que habia hecho su fortuna, le hicieron experimentar la suerte que cabe á los hombres que se elevan sobre la comun esfera de sus semejantes. La corte de España dió oidos á sus acusadores, y envió á Nueva-España comisarios que inspeccionasen su conducta, habiendo secuestrado los bienes que habia adquirido con su espada. Tal vez no estaba ajustada á los principios de justicia y moral la conducta de Cortés; mas cuando recorremos la historia de todos los que han adquirido cierto grado de superioridad y de esplendor, se explica todo fácilmente, diciendo que la ingratitud es la prenda de los hombres, de los pocos como de los muchos, de los reyes como de los pueblos.

Cortés regresó á España por segunda vez, y habiéndose justificado, volvió á Nueva-España; mas investido solamente del mando militar, separado del político, medida que le

expuso á mil disgustos, á mil conflictos con una autoridad rival, tal vez deseosa de contrariar las providencias de un grande hombre.

Durante esta mansion en Nueva-España descubrió y conquistó la California.

A su regreso á España por tercera vez, quedó separado de todos sus cargos en América. Terminó su carrera militar sirviendo de voluntario en la desgraciada expedicion de Argel, que en aquel siglo contrastó tan singularmente con la brillante sobre Tunez. Desde entonces pasó una vida oscura y retirada, habiéndose terminado á la edad de sesenta y tres años sobre poco mas ó menos.

Era Cortés un hombre de gran valor, de gran capacidad, dotado del genio de la guerra. Era asimismo de un corazon magnánimo, esforzado y generoso, superior á toda clase de riesgos y de obstáculos, y esto lo confiesan hasta sus mismos enemigos. La conquista de Nueva-España es un hecho de armas grande, singular y extraordinario, que le da un lugar muy distinguido entre nuestros mas famosos capitanes. Es un cuadro único, un drama que habla singularmente á la imaginacion, y le presenta como un campo de ficciones. Si la realidad es á veces mas pintoresca, mas poética que la misma fábula, la conquista de la Nueva-España nos lo confirma de un modo positivo. No podemos negar que esta conquista es un objeto de nuestra admiracion, y el nombre de Hernan Cortés de nuestras simpatías. Nacido en una familia distinguida, aunque no rica, habia recibido una regular educacion, en lo que se distinguia mucho de los demas conquistadores del nuevo continente, hombres por lo regular sin ninguna clase de cultura. Era afable, galan, de modales finos, bien hablado, y tenia hasta sus asomos de poeta. Conocia los hombres y las cosas; sabia ser amable y severo en la ocasion, y distribuir con tino y oportunidad los premios y castigos. En cuanto á su moralidad, nos abstenemos de tomar en ningun sentido un tono afirmativo. Bernal Diaz del Castillo no le pinta en esta parte con colores favorables; mas pudo dejarse llevar del espíritu de parcialidad tan comun en los que obedecen como en los que mandan. Que no fué muy

humano, que vió en sus conquistas un campo abierto á la codicia, se puede creer muy fácilmente; mas tales eran las opiniones, los sentimientos dominantes, y nadie podia extrañar que se enriqueciesen los hombres en los paises remotos donde tantos peligros arrostraban. Los primeros conquistadores del Nuevo Mundo no fueron Licurgos ni Solones. Buscar en ellos mas cualidades que las relativas á soldados intrépidos y audaces, seria sacar las cosas de su quicio. Los extranjeros, que tanto han declamado contra su rapacidad, no han dejado de seguir su ejemplo. Testigos los robos, las exacciones, las violencias que hemos visto; las fortunas colosales que se han hecho con la guerra en este siglo de civilizacion y luces que alcanzamos.

CRÓNICA MILITAR

desde el 18 de mayo hasta el dia de la publicacion de este periódico.

Hemos prometido en el prospecto de esta obra dar en cada número un extracto de los partes insertos en la Gaceta, relativos á los movimientos de nuestras tropas y demas operaciones militares. Hemos cumplido con este deber en el primero con alguna extension: de un modo algo mas compendioso en el segundo, tanto por falta de espacio, como porque era demasiado importante lo ocurrido para que nos contentásemos con simples narraciones. En este tercer número se nos presenta muy penosa esta tarea por la escasez de materiales con que nos encontramos. No es nuestra culpa si nuestros ejércitos ofrecen un campo tan estéril en estas últimas tres semanas al historiador ó publicista que se ocupa de sus movimientos. Lo que fué vida y animacion desde el 15 de abril al 18 de mayo, se ha convertido en inercia desde dicha fecha hasta este momento en que escribimos. Pregunta-

mos á todos sobre las operaciones de nuestras tropas, y nada nos responden. Hojeamos las Gacetas, y no encontramos en ellas partes dirigidos al ministerio de la Guerra. Nada nos ofrece de nuevo el ejército del norte, á excepcion de las correrías de Zurbano y sus ventajas conseguidas en la sierra. En el ejército del centro nada se mueve al parecer, ni se tiene aun noticia alguna del resultado que ha tenido el refuerzo que acaban de recibir aquellas tropas. Despues de la derrota de Basilio en Béjar nada se sabe del paradero de este gefe, ni se oye hablar nada de operaciones en la Mancha, exceptuando las desgracias que acaban de ocurrir en Ciudad-Real, y que han añadido nuevos lutos á los que nos cubren. Todo parece que está muerto en el teatro de la guerra. Nosotros y nuestros enemigos nos hemos dado al parecer la mano para tomar un poco de reposo, aunque por parte de estos últimos no dejan de oirse noticias de los robos, exacciones y devastaciones que acostumbran.

No se tenga esto por una censura de la conducta de nuestras tropas, y sobre todo de la de nuestros generales. No desconocemos las dificultades, los embarazos en que se halla á cada paso un gefe que trata de moverse, y que la inaccion á que se hallan muchas veces condenados es cien veces mas dolorosa para ellos mismos que para el público impaciente, que quiere todos los dias movimientos y victorias. Al hablar, pues, de esta falta de vida y movimiento, exponemos simplemente un hecho, manifestamos un deseo; mas no criticamos ni vituperamos, pues muy bien sabemos que para ello se necesitan muchos datos, y sobre todo un tino en estas materias que esperamos no nos falte nunca. Tal vez, para cuando haya de salir á luz aqueste número, vendrán noticias importantes, tendremos partes de ventajas conseguidas por nuestras tropas nacionales, que nos haremos un deber de anunciar tributándoles todos los elogios á que se hagan dignos. Nuestros compañeros de armas saben lo prontos que estamos á hacerles justicia, aunque no podemos menos de confesarles que sentimos mucho vernos defraudados de las esperanzas que habíamos concebido de hablar de ellas mucho en este número.

A falta, pues, de lo presente, nos ocuparemos de lo venidero. No teniendo hechos de que hablar, exploraremos el campo de las conjeturas. La materia es tan vasta bajo cuantos aspectos se la considere, que el lector no nos acusará de salir de nuestro objeto si apelamos al cálculo de las probabilidades, cuando lo positivo de hoy deja ociosa nuestra pluma.

Si alguna vez la actividad y energía han sido necesarias en la guerra actual, lo son ahora mas que nunca. Todo nos convida; la estacion, los triunfos recientemente conseguidos, el aliento y nuevas esperanzas que animan á todos los patriotas; el desórden y falta de concierto que reina en las operaciones de nuestros enemigos. Nuestra falta de energía en estas circunstancias les dará un reposo que necesitan para rehacerse, para que los trozos que andan hoy dispersos se reunan, y resulten de ninguna utilidad las ventajas que tan sinceramente han sido por todos aplaudidas. La experiencia de todos tiempos y la nuestra propia nos hace ver del modo mas palmario que, si en la guerra no se aprovecha oportunamente el tiempo y la ocasion, si no se bate el hierro cuando está caliente, por demas es trabajar, y hasta una imprudencia y falta imperdonable la efusion de una sangre que tan poco se aprovecha.

Ni el gobierno ni nuestros generales necesitan de nuestras indicaciones ni advertencias; mas disimulen un poco la impaciencia del público que tiene fijos sus ojos noche y dia sobre las operaciones de la guerra. No hagan convertir sus esperanzas en nuevo abatimiento: no volvamos á las acusaciones de que nada se hace ó quiere hacerse: no volvamos en nombre del honor nacional y del buen nombre de la patria á la idea melancólica de que no podemos concluir la guerra por nosotros mismos.

El problema del resultado que puede tener esta contienda, ya está resuelto á favor nuestro desde el año pasado. Es preciso no olvidarlo: ¿qué es del cetro soñado de D. Cárlos desde su expedicion por el interior de las provincias? Se lo quebró el silencio de los pueblos que le vieron en su territorio como una nube pasajera y desastrosa. Se lo redujo á polvo la poblacion en masa de esta capital cuando se presentó á

sus puertas, devorando con sus ojos el palacio de los reyes. Confundieron y anonadaron este orgullo todos los sucesos militares ocurridos desde aquel dia, que se puede considerar como el principio de una época.

Pues bien: cuando todo se nos sonrie, ¿en qué nos detenemos? ¿Qué nuevas combinaciones esperamos? El público está animado, entusiasmadas nuestras tropas mas que nunca. Ningun sacrificio será costoso cuando los pueblos lo miren dirigido al desenlace final de este lamentable drama.

Acabado de escribir aqueste párrafo, llega á nuestras manos un periódico, donde, con gran satisfaccion por nuestra parte, vemos que el general D. Diego Leon, comandante general de la ribera, acaba de batir los cinco batallones enemigos y dos escuadrones que se hallaban en el valle de Izarbe, despues de una marcha de siete leguas y un combate sobre Biurun, en que ni las posiciones ni el valor con que se han conducido los enemigos hayan bastado á contener la bizarría y arrojo de nuestros soldados. Parece que la caballería se ha conducido con mucha brillantez, y que los enemigos han tenido multitud de muertos y de heridos, y que hemos tenido una compañía prisionera.

Posteriormente se recibió un parte del comandante general de la sierra de Búrgos, coronel D. Gaspar Rodriguez, en que dice que el 7 del corriente, habiéndose colocado en un paraje por donde se debian retirar los facciosos perseguidos por el coronel Zurbano, tenia ya á las seis de la tarde en su poder 2 gefes, 28 oficiales, 2 capellanes y 265 de la clase de tropa, con una porcion de fusiles, rescatando igualmente algunos prisioneros pertenecientes á la columna sorprendida en Ontoria del Pinar, y á los nacionales y patriotas de Cameros, y á la justicia de este puebln que acababan de llevarse.

Igualmente y con la misma fecha otro del general segundo cabo de Aragon D. Santos San Miguel, quien con fecha del 5, desde Lécera, dice que en el mismo dia Llangostera, con 4000 infantes y 400 caballos pernoctó en Oliete, y nuestra columna, compuesta de 3 batallones y 300 caballos, en Muniesa: que el 6, al emprender dicho general su salida

del referido punto, supo por las avanzadas que en los contornos se divisaban algunos grupos de caballería enemiga; visto lo cual, y con el objeto de llamar á los rebeldes á terreno mas á propósito, figuró una marcha en retirada; y creida esta por los facciosos, avanzaron con todas sus fuerzas para atacar á las nuestras, las que colocadas en posiciones convenientes, se trabó una accion que duró algunas horas; siendo el resultado dar varias cargas á los enemigos que se pronunciaron en retirada, habiéndoles causado 150 hombres muertos vistos en el campo, multitud de heridos, de los que se hicieron prisioneros 20, sin contar algunos individuos pasados á nuestras filas: añade que nuestra pérdida ha consistido en 100 hombres fuera de combate: hace elogios del valor de las tropas, tanto infantería como caballería; y concluye manifestando que el enunciado hecho de armas patentiza á los pueblos la impotencia de sus opresores, pues cualquiera que sea su número son siempre batidos.

Sentimos no poder insertar el parte íntegro de este general, pues hace ver que la accion fué importante, y que han recibido los facciosos una leccion dura. Llagostera venia lanzado sobre la brigada pequeña de Aragon, como sobre una presa que se tiene por segura. Para acabar con ella le habia dado Cabrera sus mejores batallones. Mas han huido; y si todo el ejército del centro se mueve en un sentido, saldrán poco de las asperezas de los montes los que se han atrevido á talar los campos mas ricos y mas fértiles.

Tambien el comandante general de Búrgos con fecha 7 del actual, comunica que el comandante de la columna del alto Ebro y de Pisuerga dice desde Reinosa: que habiendo salido de dicho punto al encuentro de dos compañías enemigas, logró darles alcance al anochecer del referido dia, siendo el resultado hacer prisionero á un teniente y cinco facciosos mas, cogiéndoles cinco caballos y varios efectos.

Todas estas son noticias, con algunas por el mismo estilo, muy satisfactorias, y los acontecimientos á que aluden se deben considerar como anuncios de otros mas interesantes.

La ocasion ha llegado, volvemos á decirlo, de hacer la guerra con mas vigor que nunca. Todavía nos restan cuatro

meses y medio de buen tiempo, y en este espacio se puede trabajar mucho, y con grandísimas ventajas si se quiere con voluntad firme, si simultáneamente se aplica el hombro á una empresa que ya es mas vital que nunca, pues la continuacion de la guerra nos consume y nos destruye.

La guerra actual se halla en nuestro territorio de dos modos, ó permanente, ó pasajera. Damos este nombre á las excursiones de los facciosos que no tienen arraigo en el pais, ni poseen plazas ó puntos de depósito que sirva de base á sus operaciones. Tal es lo que se hace en la Mancha, Extremadura, en la provincia de Cuenca, en algunas de Aragon y Cataluña.

Llamamos guerra permanente la que se hace desde el principio en Navarra, provincias Vascongadas, parte de Aragon, de Cataluña y de Valencia, donde cuentan con las simpatías del pais, con plazas fuertes, puertos de comercio, depósitos de toda especie, fábricas de armas, municiones; en fin, un establecimiento militar mas ó menos incompleto. Se puede asi decir que los paises donde se hace la guerra de un modo pasajero son esencialmente nuestros, y los que son teatro de la guerra permanente son enteramente suyos.

Pretender que nos hallamos con fuerzas suficientes para acabar de una vez con esta guerra, tanto en las provincias donde se hace, de cualquiera de ambos modos, seria un delirio en nuestra opinion, que está bien pronunciada en esta parte. Diferentes veces hemos indicado que, por mucho que se exagere el número de nuestros combatientes, se hagan ver los estados de fuerza, de las raciones que consumen, no teníamos las que se necesitan para el objeto que nos proponemos. Hay una enorme diferencia entre sostener una guerra y terminarla, entre hacer frente á nuestros enemigos y acabar con ellos, sobre todo con gente que no empeña mas acciones que las que les ofrecen probabilidades de ventaja, que tienen segura su retirada en todas ocasiones, que jamás se ven embarazados con líneas ni bases de operacion de clase alguna; en fin, que se hallan con todos los medios de dañar que se han indicado en tantas ocasiones.

Situada la division de reserva en la Mancha y provincia

de Toledo (y es la mejor colocacion que puede dársele), quedará limpio todo este pais de facciosos, ó podrá arrinconárseles de modo que dejen desembarazados los caminos, y no obstruyan ninguna clase de comunicaciones. Libertada esta parte tan interesante del pais, quedará tambien desembarazada Extremadura; de modo, que todo el mediodia de España quedará al abrigo de las incursiones de tan molestos enemigos.

El ejército del centro necesita de refuerzos muy considerables. Cuantos sacrificios se puedan hacer en esta parte jamás serán sobrados. La guerra en aquel pais es casi permanente por lo habituados que estan á la dominacion de los facciosos, por los pueblos que les son adictos, y sobre todo porque tienen dos puntos fuertes que les sirven de hospitales, de almacenes, de fábrica de armas y municiones; en fin, de todos los usos á que se pueden destinar las fortalezas. Son estos dos puntos fuertes el verdadero cáncer del pais, el grande obstáculo que encuentran las operaciones de la guerra. Es tan indispensable la pronta ocupacion de estas dos plazas, que no nos cansarémos de indicarlo á todos los momentos. Nos consta que el gobierno se halla penetrado de lo mismo, que en igual disposicion de ánimo se halla el general en gefe y demas que mandan en aquel vasto territorio. Tal vez á la hora en que escribimos se estan haciendo los preparativos necesarios para acometer una empresa cuyos resultados van á sernos tan interesantes. La noticia de la ocupacion de estas dos plazas será recibida con satisfaccion y con aplauso por cuantos conocen su importancia.

Desembarazadas las provincias de Ciudad-Real y de Toledo, cubierta Extremadura, ocupadas las plazas de Cantavieja y de Morella, acosados y reducidos á sus asperezas los facciosos que infestan el bajo Aragon y la provincia de Castellon de la Plana, se podrá aun aumentar con algunas fuerzas el ejército del norte y ocuparse sériamente de la conquista de aquel pais, tanto en lo moral como en lo físico. El teatro de esta guerra es mas difícil de explorar por las razones que de todos pueden ser fácilmente comprendidas. Aquí estan el trono, la corte, el pais donde reina, aun-

que imperfectamente, el Pretendiente. Y decimos imperfectamente, porque de todos es sabido la gran division que agita actualmente aquellas provincias, las discordias que dividen á los mismos partidarios de D. Cárlos, el destierro y desgracia en que se hallan muchos de sus gefes, el espíritu de insubordinacion y hasta de rebeldía á que se abandonaron sus soldados.

Por último, no es nuestra intencion ni tan altas son nuestras pretensiones, que nos atrevamos á presentar planes de campaña á los que saben mas, á los que se hallan con muchos mas datos que nosotros. Expresamos deseos, y en esto no hacemos mas que ser órganos de la opinion pública. Concluiremos, pues, este número repitiendo lo que hemos indicado antes. Ahora ó nunca; ó se aprovechan con muchísimas ventajas estos cuatro meses y medio que nos restan, ó nos exponemos á prolongar la guerra hasta el infinito. Es preciso insistir en ello y repetirlo con frecuencia. Podemos tener en cuanto á gente los medios de concluir la guerra por nosotros mismos. Empleémoslos con eficacia, salgamos de una vez de este mal que nos aniquila y nos consume. Pónganse en ejecucion los medios que tenemos, y háganse á un tiempo los sacrificios que, empleados lentamente, resultan tan ineficaces.

ÍNDICE

de los artículos contenidos en este número.

Siguen las maniobras de la infantería.

FORMACION DE COLUMNAS.

La marcha mas sencilla que puede ejecutar un batallon formado en órden de batalla es la que se llama *de flanco ó por hileras*, que se practica por el simple mecanismo de jirar cada soldado un cuarto de círculo sobre su derecha ó izquierda y ponerse en movimiento. Cualquiera terreno, cualquier paso, cualquier desfiladero, se transita facilmente por una tropa de infantería con dos ó tres hombres de frente. Tiene esta marcha ademas la grandísima ventaja de presentar una formacion muy próxima á la de batalla, lo que se consigue volviendo á jirar los soldados en sentido inverso. Sin embargo, es tan difícil que los hombres que marchan mucho tiempo de este modo vayan perfectamente encajonados sin perder terreno; la posicion de los de segunda fila es tan violenta, y las undulaciones que forma la línea tan indispensables, que solo se debe adoptar esta marcha cuando el terreno no ofrece paso mas que á un frente de tres hombres.

La marcha que reune todas las ventajas de la movilidad con la facilidad de volver al frente de batalla, es la que se llama *de columna.* No nos detendremos en definir lo que es una columna.



Las columnas se forman en sentido natural, es decir, cuando la primera seccion que va en cabeza es la que ocupaba la derecha en línea de batalla, ó en el inverso, cuando ocupa este frente de columna la que se hallaba á la izquierda. He aquí por qué insistimos en que la composicion y organizacion de todas las compañías de nuestro batallon sea la misma con corta diferencia.

Cuando la distancia entre seccion y seccion de una columna es exactamente igual á la de su frente respectivo,

se dice que está formada la columna con *distancia entera.* Estará á *media distancia* cuando sea esta igual á la mitad del frente de las secciones respectivas. Cuando es la distancia aun menor que esta mitad, toma la columna el nombre de *cerrada*, ó simplemente el de *masa.*

Sentados estos preliminares, pasemos el mecanismo de la formacion de las columnas.

La columna se forma sobre los costados para marchar en la direccion de la misma línea de batalla, ó al frente para verificarlo perpendicularmente á dicha línea. En el primer caso, cada seccion da un cuarto de conversion por la derecha ó la izquierda, segun se quiera formar la columna en el órden natural ó en el inverso.

Las columnas al frente se forman sobre la primera seccion de la derecha, sobre la primera de la izquierda, ó sobre una de las del centro.

El mecanismo de todos ellos es el mismo sobre poco mas ó menos. Le explicaremos con ejemplos prácticos.

Supongamos que se quiere formar esta columna sobre la primera compañía ó mitad de la derecha, de modo que resulte ser esta la primera de la columna; permanece la primera firme: las demas jiran por el flanco derecho, descabezan á retaguardia, y por movimientos paralelos van á formar succesivamente detras de la que ha permanecido firme. Inmediatamente que se han colocado en el paraje oportuno, jiran á la izquierda, y queda formada la columna.

Supongamos que se quiere formar esta columna con la izquierda en cabeza. Las secciones de la izquierda descabezan á vanguardia, y por los mismos movimientos paralelos van á colocarse delante de la seccion de la derecha, lo mismo que lo han verificado á retaguardia anteriormente.

La formacion es la misma exactamente cuando la base de la columna es la primera seccion de la izquierda. Todas las demas jiran á la izquierda, y van á colocarse á vanguardia ó á retaguardia de la que permanece firme.

Supongamos que la columna se quiera formar sobre una de las secciones centrales con la derecha en cabeza. Esta base permanece firme mientras las secciones de la derecha

giran á la izquierda descabezando á vanguardia, y las de la izquierda á la derecha descabezando á retaguardia; unas y otras se ponen al mismo tiempo en movimiento, para colocarse, como hemos explicado, los primeros delante, los segundos detras de la seccion que ha permanecido firme.

Si debiese quedar en cabeza la izquierda, las secciones de la derecha descabezarán á retaguardia, y á vanguardia las de la izquierda.

La formacion de estas columnas nos hace ver que las centrales son preferibles á las que se ejecutan sobre los extremos, por la simple razon de la economía del tiempo, pues en el mismo en que se mueven las de la derecha lo ejecutan tambien las de la izquierda.

Estas columnas se pueden formar sobre la marcha con distancia entera, con medio distancia, ó en masa. No hay cosa mas fácil que acostumbrar á los gefes de las secciones, que son siempre oficiales, á que gradúen sobre la marcha y en el mismo momento de situarse, la distancia á que debe quedar cada una de la que le precede ó que la sigue. Con la práctica se hace todo fácil, y los oficiales adquieren de este modo un buen ojo militar, sin el cual la teórica no es nada. En los campos se forman los buenos militares, y cuando faltan estos campos de instruccion, se debe formar muy pobre idea de un ejército.

El reglamento de la infantería española no prescribe la formacion de estas columnas al frente, sino para las cerradas ó en masa; mas ¿qué embarazo puede haber para formarlas con distancia entera ó media distancia? Lo que hay que tener presente es que la formacion de la columna al frente es en la guerra de uso mas frecuente que la de la columna sobre los costados.

Repetimos que no entra en nuestro objeto escribir un tratado elemental de la táctica de infantería. Es preciso que en cuanto tengamos que decir en esta parte nos contentemos con observaciones generales.

Sabido es que cada seccion de las que forman una columna va encajonada entre dos guias, uno á la derecha y otro á la izquierda. Que cuando la derecha está en cabeza se

cubren los guias de este costado, y los del derecho cuando lo está la izquierda.

El establecimiento de los guias en las columnas de marcha es de las invenciones mas felices en la táctica. Si estos guias tienen la instruccion correspondiente; si se acostumbran á cubrir con perfeccion, á guardar siempre la distancia de sus secciones de columna respectivas; si los gefes de seccion vigilan constantemente sobre la observancia de esta regla, volviéndose frecuentemente sobre la misma marcha para rectificar á la voz cualquiera error que observen, la columna estará en disposicion, en cualquier punto en que haga alto, de volver al órden de batalla sin rectificaciones de los guias, que consumen siempre tiempo.

La observancia de estos principios y este mecanismo es tan útil y absolutamente indispensable, que nunca será demasiado prolija la instruccion para hacerlos practicar como conviene. El hábito contraido de arreglarse con exactitud á estos elementos de una buena marcha, hace en breve fácil la evolucion mas complicada. Nada hay mas comun que ver columnas en desórden y en continua fluctuacion, porque ni los guias ni los gefes de seccion cuidan de la exacta observancia de esta regla.

El gefe de instruccion hará que se acostumbre esta columna á marchar al paso regular y redoblado hasta que contraiga el hábito de observar la distancia que deben guardar las secciones entre sí, con arreglo á sus guias respectivos.

Es sabido que cuando sobre la marcha cambia de direccion una columna, si es por el costado del guia, jira este y continúa, sin detenerse, su marcha en la nueva direccion; mientras los demas van casi á paso acelerado á colocarse á su lado, hasta que vuelven todos á marchar de frente. Que cuando este cambio es por el lado opuesto al guia, hace este pasos circulares de dos pies, arreglándose á él todos los demas, hasta que la conversion se haya terminado. El reglamento de la infantería prescribe al individuo que sirve de eje el dar pasos de seis pulgadas, cuando la columna está formada con distancia entera, y de un pie en el caso de es-

tarlo solo á la mitad; mas esta regla tomada en su generalidad dista muchísimo de ser exacta.

Los pasos circulares que debe dar el costado opuesto al guia mientras este los hace de dos pies hasta que entra en la nueva direccion deben ser proporcionados 1.° á las distancias que llevan las secciones entre sí, 2.° al frente de las mismas, 3.° al ángulo que forma la nueva direccion con la que lleva la columna.

Supongamos que sea este ángulo de 90 grados, y que el espacio que separa cada guia de direccion del de la seccion que sigue sea igual al del frente de esta. Si el costado opuesto al guia jirase á pie firme mientras el saliente da pasos circulares de dos pies, la seccion que sigue y marcha con el mismo paso tropezaría con el costado fijo antes que el otro llegase al término de la conversion, por la razon de que el radio de un círculo es menor que la cuarta parte de la circunferencia. Dicho eje de la conversion debe, pues, dar pequeños pasos, para dejar desembarazado el puesto á la próxima seccion que viene marchando á retaguardia. Si el ángulo de la nueva direccion fuese menor, los pasos del eje deberian ser mas cortos, porque el arco de la conversion no llegaria entonces á la cuarta parte de la circunferencia: de lo que se deduce que podria este ángulo ser tal, qué fuese el arco de la conversion igual al radio ó frente de seccion, en cuyo caso el eje jiraría á pie firme.

Y como la desigualdad entre el radio y la cuarta parte de la circunferencia resulta mayor á proporcion que el círculo es mas grande, los pasos que dan los ejes de la conversion deberán asimismo ser mayores, á proporcion que se extienda el frente de sus secciones respectivas.

Cuando la distancia entre las secciones de la columna es menor que la que hemos indicado, no será entonces igual el del radio de la conversion: en cuyo caso tendrá el eje que alargar sus pasos para dejar mas prontamente sitio á la seccion que le sigue de mas cerca.

Estas observaciones parecerán acaso nimias; pero si se atiende á lo importante de la exactitud en toda marcha, á que un pequeño error descuidado en un principio degenera

en un desórden verdadero, y á que los dos guias de cada seccion son cabos ó sargentos, capaces de penetrarse de esta teoría, nada hay mas fácil en nuestro entender que acostumbrarlos en escuelas prácticas á que calculen por la distancia, por el ángulo de la nueva direccion y frente de las secciones respectivas, la longitud del paso del costado opuesto al guia, cuando se verifica por él la nueva direccion de la columna.

Todos estos cambios de direccion suponen que la columna está marchando. Tambien se pueden practicar en el caso de estar firme. El instructor establece por medio de dos peones la primera seccion de la columna en la nueva direccion. Las demas secciones desfilarán á derecha ó izquierda, y serán conducidas por sus respectivos gefes para ser colocadas cada una á la altura y distancia conveniente de la que está fija. Es casi la misma operacion que la de formar una columna al frente.

La observancia de los principios que hemos establecido para el cambio de la direccion de las columnas es solo necesaria en las evoluciones. Cuando las columnas son puramente de camino, conversan las secciones naturalmente, segun las undulaciones de la línea de la direccion, teniendo cada una el cuidado de quedar siempre á distancia conveniente de la que le precede. Todo el cuidado de los instructores se reducirá, pues, á que la seccion de la cabeza no marche á largos pasos, y haga algunos altos para corregir los atrasos que son inevitables en las vueltas y en el mal camino.

El reglamento español prescribe una porcion de prácticas cuando la columna de viaje ó de camino encuentra pasos difíciles ó desfiladeros. Nuestra instruccion sobre el particular se reducirá á tres puntos solos. Si la estrechez del paso es tal que permite á una columna entrar por mitades de peloton, se formará asi sobre la marcha; si no puede pasar de frente una mitad se formará de flanco; si tampoco hay salida para una sola hilera, los tres soldados de cada una pasarán separadamente comenzando por el de la primera fila. Pasado el desfiladero, vuelve la columna á su estado anterior sobre la marcha. Este método es muy sencillo y preferible

al de pasar hileras á retaguardia, que es siempre embarazoso y orígen de irregularidades y desórdenes.

La formacion de las columnas al frente, cualquiera que sea la distancia que debe quedar entre las secciones, está sujeta, como se ha visto, al mismo mecanismo. Sin embargo, como las columnas cerradas ó en masa hacen papel, tanto en los campos de instruccion como en las operaciones de la guerra, no estará de mas que digamos sobre ellas dos palabras.

Las columnas cerradas se pueden formar con tres objetos: primero, para atacar al enemigo; segundo, para ofrecer menos bulto á sus tiros, cuando se maniobra á vista suya: tercero, para ahorrar terreno y dar mas seguridad á ciertas evoluciones á que sirven de elementos, como veremos luego.

Las columnas cerradas son muy útiles para marchar al enemigo: primero, cuando se halla este en un puesto tan bien flanqueado y defendido por los lados, que obliga á su adversario á formar un ataque sobre uno de los ángulos salientes: segundo cuando no se puede llegar al sitio del ataque sino sobre un camino: tercero, cuando se quiere hacer de cualquiera puesto atrincherado una salida contra un enemigo que acaba de atacar, y se ve desordenado por el mal éxito de su proyecto.

Se ha dicho por algunos, y nosotros hemos participado de esta opinion, que la columna de ataque no se forma en masa para que la accion de su choque resulte de esta suerte igual á la de un cuerpo sólido. Cualquiera que sea el grado de estrechez entre las diferentes secciones, este choque es solo igual al de la primera, como si esta obrase en un absoluto aislamiento. Hasta cierto punto no deja de ser exacta esta observacion, suponiendo que la distancia entre las secciones de una columna sea de dos ó tres pasos, como lo prescribe el reglamento. Pero ¿quién quita á estas secciones de acercarse mas y formar un todo sólido ó compacto? En ocasiones, se estrechaban de tal modo las filas de la falange macedonia que los hombres se tocaban mútuamente pecho con espalda, y ¿por qué no puede parecerse una columna cerrada á la falange? El impulso de una columna estrecha-

da de esta suerte seria irresistible y en todos casos formidable. Sin embargo, debemos confesar que no tiene dicha formacion precisamente por objeto aumentar la fuerza del impulso, sino imponer al enemigo, presentar menor flanco á los tiros laterales, y dar á los que caen ó se inutilizan de las primeras secciones un pronto reemplazo con los de las succesivas.

Hemos hablado del cambio de direccion de las columnas bien se hallen en marcha ó permanezcan firmes. Tratemos ahora de las columnas que toman una direccion enteramente opuesta, es decir, en retirada.

Para poner una columna en retirada, el método mas sencillo que ocurre es, el que cada hombre dé media vuelta á la izquierda. Es el que prefeririamos siempre; mas como en este caso la tercera fila quedaria en lugar de la primera, se puede obviar á este inconveniente por medio de la contramarcha.

Cuando la columna está formada con distancia entera, es la contramarcha muy sencilla. Cada seccion jira á la derecha ó la izquierda, y dando dos cuartos de conversion de hileras en cualquiera de los dos sentidos, viene á colocarse en el sitio en que se hallaba antes con el frente á retaguardia.

Cuando la columna está formada en masa, la operacion tambien es facilísima. Las secciones jiran alternativamente á derecha y á izquierda. Las primeras conversarán por hileras á la izquierda, y las segundas lo harán por hileras á la derecha. De este modo cada seccion seguirá las huellas que le dejó la que le antecede, y, sin conjuncion ni embarazo de ninguna clase, llegará á ponerse en direccion paralela á la primera.

Hemos presentado sobre la formacion marcha y cambio de direccion de las columnas cuantas consideraciones son compatibles con la naturaleza de esta obra. Mas pormenores pertenecen á un tratado elemental de táctica, trabajo que no puede entrar en nuestro plan, como el lector conocerá muy fácilmente. Los principales casos que pueden ocurrir en la formacion de la columna están indicados suficientemente, y

es muy fácil aplicarlos á otros que no pueden serles semejantes.

Hablemos ahora del paso del órden de columna al de batalla, pues ya hemos indicado que la formacion de las columnas tienen por objeto principal el trasladar de un punto á otro la línea de batalla.

Tres casos pueden ocurrir en esta formacion de la batalla: primero, sobre uno de los dos costados de la columna: segundo, al frente: tercero, con el frente á retaguardia. Este último caso es muy raro; mas como no es imposible, no dejarémos de tomarle en cuenta.

Antes de entrar en el mecanismo de estos despliegues, observaremos el principio de formar indistintamente la línea de batalla en el órden natural de las compañías ó bien en el inverso, de manera que nos es del todo indiferente que esté á la derecha la primera ó la última de las compañías. Cuando están organizadas estas con uniformidad no ofrece ni ofrecer debe el menor inconveniente.

El reglamento de la infantería no admite aquesta hipótesis. Todas las líneas de batalla se establecen segun él en el sentido natural y jamás en el inverso: no podemos alcanzar el fundamento. Puesto que se forma una columna con la derecha ó izquierda en cabeza, ¿qué inconveniente hay en que en la línea de batalla estén las últimas compañías á la derecha y las primeras á la izquierda? Mil lances de la guerra, mil circunstancias del terreno, la misma brevedad del tiempo pueden exigir este órden invertido. Es esta una consideracion tan simple que salta á los ojos de cualquiera.

La formacion de la batalla sobre uno de los costados de la columna es muy sencilla. Las secciones hacen alto, y despues de rectificada la direccion de los guias del costado que se elige, conversan las secciones por la derecha ó la izquierda. La batalla quedará formada en sentido natural ó en el inverso segun ocurra.

Si la columna fuere á media distancia, es muy fácil hacerle tomar sobre la marcha y antes de hacer alto, la distancia entera.

En la formacion de la batalla al frente pueden ocurrir

tres casos: primero, que se establezca la línea de batalla sobre la primera seccion de la columna: segundo, que lo sea la última: tercero, que se tome para este objeto indistintamente cualquiera de las que se hallan intermedias.

Supongamos el primero de los casos indicados, que la columna se halla con la derecha en cabeza y que se quiere formar la batalla en órden natural sobre la primera seccion ó compañía. La columna formará en masa, y jirarán á la izquierda todas las secciones á excepcion de la primera. Los gefes de ellas las dirigirán en líneas paralelas, y cuando cada una haya descubierto el claro que la corresponde, hará alto, dará frente, y pasará á colocarse á la izquierda de la que está ó habrá llegado á la línea de batalla.

Si esta debiese quedar en órden invertido, jirarian las secciones á la derecha en vez de á la izquierda, y cada una iria á colocarse á la derecha de la que haya acabado de llegar á la línea de batalla.

Indicamos el mecanismo de las evoluciones: no entramos en ninguno de sus pormenores, pues no es por ningun estilo nuestro objeto. Supongamos que, hallándose la columna con la derecha en cabeza, se quiere formar la batalla en órden natural sobre la última de las secciones. Menos ésta todas se hacen á la derecha. Se ponen en movimiento segun hemos indicado: luego que dejen terreno desembarazado á la seccion que ha permanecido fija, marcha esta de frente y va á colocarse entre los dos peones que se establecerán para marcar la direccion que se va á dar á dicha línea. Las otras siguen desfilando, y cuando haya llegado cada una á la altura del hueco que le corresponde, hace alto, da frente, y va á colocarse segun tenemos indicado.

Cuando se quiera formar esta línea de batalla en el órden invertido, las secciones se harán á la izquierda.

No es necesario indicar los movimientos que hay que hacer cuando la columna se halle con la izquierda en cabeza.

Supongamos que se quiera desplegar la batalla sobre una seccion de las centrales, sobre la cuarta, por ejemplo, suponiendo que sean ocho las de la columna: si estando la derecha en cabeza se quiere formar la batalla en sentido na-

tural, la primera, segunda y tercera secciones jiran á la derecha: la quinta, sexta, sétima y octava lo verificarán á izquierda; la cuarta permanecerá firme sin moverse. Desfilarán las secciones que han jirado, y cuando la cuarta se halle desembarazada marchará de frente para situarse en la línea de batalla, y las secciones que están en movimiento entrarán por derecha ó izquierda en la línea de batalla, como queda ya insinuado.

Aplicamos como se ve á toda formacion de la batalla al frente lo que el reglamento de infantería española prescribe para el despliegue de las masas. Adoptamos este método por ser el mas seguro.

A cualquiera ocurre que el de estrechar en masa una columna que marcha con distancia entera ó medias distancias, es muy fácil y sencillo. El despliege desfilando por los flancos es tambien muy sencillo y sobre todo muy seguro. La poca distancia que llevan las secciones entre sí, da lugar á pocas fluctuaciones, y á que se corrijan muy facilmente los defectos. Comparando el tiempo que se gasta en esta operacion con el que prescribe el reglamento para formar la batalla al frente, marchando las secciones por la diagonal, resultará ventaja á favor nuestro, sobre todo si se adopta el método de desplegar las batallas centralmente.

Otra ventaja tiene nuestro método, y es la de necesitar el menor terreno que es posible, y de presentar el menor bulto posible al enemigo.

La formacion de las columnas al frente y su despliegue segun hemos indicado debe constituir la primera enseñanza de la infantería, por ser las evoluciones de mas constante aplicacion á todos los lances de la guerra. Todo el cuidado y celo de los instructores no será demasiado en esta parte. Marchar de flanco, hacer alto, dar frente, marchar en seguida á la línea de batalla son movimientos sumamente fáciles y no hay soldado rudo que no pueda comprenderlos. La práctica le puede familiarizar con ellos á tal punto que lleguen á ejecutarlos con una asombrosa rapidez, que es el alma de las operaciones de la guerra. Todo esto exíge mucha repeticion, mucha paciencia; mas solo de este modo se forma

la buena infantería. Elíjanse entre las evoluciones aquellas de un uso muy constante: enséñense con predileccion, ahorrandose los adornos que solo agradan á la vista. En maniobras es precioso atender á lo sólido y á lo positivo. El lujo no es de ningun modo necesario.

El mismo reglamento de la infantería ya citado supone siempre que el despliegue de las columnas cerradas se hace sobre una línea que es sobre poco mas ó menos prolongacion de la seccion de la cabeza. Mas pueden ocurrir casos en que sea preciso traer esta línea mas atrás, es decir, que la batalla sea una prolongacion de una de las secciones centrales, acaso de la última. Supongamos que, hallándose formada una columna con la cabeza en derecha, se quiere desplegar la batalla en órden natural sobre la cuarta seccion, permaneciendo esta firme. En este caso, la primera, segunda y tercera seccion desfilan por la derecha: las que están á retaguardia de la misma cuarta lo harán por la izquierda. Las primeras, luego que hayan llegado á la altura que les corresponde en la línea de batalla, hacen frente á retaguardia, marchan en retirada, y luego que hayan atravesado dicha línea, dan media vuelta á la izquierda y entran en dicha línea, como lo hemos indicado. En cuanto á las secciones de retaguardia que han desfilado á la izquierda nada tenemos que advertir, pues ya se ha indicado anteriormente.

Si la línea de batalla debiese ser la prolongacion de la seccion de retaguardia, la evolucion seria la misma sobre poco mas ó menos. Todas las secciones que están á vanguardia desfilarán por la derecha ó la izquierda segun el órden que se piensa dar á la batalla, y luego que llegasen á la altura del hueco que les corresponde en dicha línea, marcharian en retirada con el fin de rebasarla, verificado lo cual, darian media vuelta á la izquierda, y vendrian á ocuparla como queda dicho.

Supongamos que se quiera formar la batalla con el frente á retaguardia. Adictos siempre á nuestros principios, harémos contramarchar á pié firme la columna, y cerrándola en seguida en masa, la desplegaremos en cualquier sentido del modo que hemos enseñado.

Recomendámos de nuevo la instruccion esmerada y prolija de esta formacion y despliegue de columnas con la derecha en cabeza, y á la inversa, desplegando la línea de batalla tambien en los dos sentidos encontrados, sobre la primera seccion, sobre la última, é igualmente sobre las centrales, dando la preferencia á este último método por la razon del tiempo que se aborra, pues mientras ejecutan la operacion las secciones de vanguardia, la practican asimismo las que estan á retaguardia. Una infantería que no está del todo familiarizada con el mecanismo de estas evoluciones tan esenciales en la guerra, no es digna del nombre de infantería de línea. Es preciso que lleguen á practicarlas ya maquinalmente, y no solo á paso acelerado sino medio corriendo. La celeridad en las maniobras es un requisito indispensable, pues como dice un célebre capitan, el mayor mérito del soldado está en las piernas. Celeridad y órden; todo se encierra en estas dos palabras.

Hemos visto que la formacion de las columnas tiene por objeto trasladar de un punto á otro la línea de batalla. Mas hay casos en que se puede cumplir con este objeto moviéndose todo el batallon, es decir, ejecutando lo que se llama la marcha en batalla.

El reglamento de la infantería española da sobre este punto una instruccion mas especiosa que sólida, mas aparatosa en los campos de instruccion que útil en los de la guerra. Todas cuantas precauciones prescribe para asegurar el acierto de esta marcha en batalla no son ni pueden ser bastantes. Los sargentos que salen con la bandera por el centro, los guias generales que lo verifican por los costados, los peones que van marcando la direccion colocados y cambiados succesivamente á retaguardia del centro no pueden por ningun estilo conseguir lo que las mismas cosas hacen casi impracticable.

Estas dificultades que son grandes en la marcha á su frente, aun lo son mayores en la oblícua, donde las vacilaciones deben ser mas naturales y las alineaciones mas difíciles, sin contar con la desventaja de los pasos cortos, que son siempre una nulidad en toda buena marcha.

Y si á todos estos defectos, que son inevitables, añadimos el inconveniente de que un batallon que marcha así al alcance de los tiros enemigos, presenta un objeto demasiado visible, para que esta circunstancia no perturbe aun mas la maniobra, deduciremos que las teorías de la marcha en batalla tanto de frente como en retirada deben ser poco aplicables á los lances de la guerra.

Dejando pues estas teorías sobre la marcha en batalla para los campos de instruccion, y que de ningun modo aconsejamos, nos atendremos para los fines indicados á un método mas breve, mas sencillo, mas en armonía con lo que ya llevamos dicho.

Si en el calor de una refriega tiene que adelantarse un corto trecho el batallon para estar mas al alcance del contrario ó atacarle á la bayoneta, podrá dar estos cortos pasos que le son indispensables sin alterar su formacion por no embarazarse con otra inútilmente; mas si tiene que moverse de este modo durante algun periódo, el que ahorre en conservar su formacion no subsanará el que gaste indispensablemente en vencer dificultades que son insuperables.

Cuando un batallon en línea de batalla tenga que adelantarse á su frente un trecho de alguna consideracion, formará en columna cerrada sobre el centro, marchará con paso redoblado al punto de la nueva línea de batalla, que desplegará igualmente por el centro, operacion mas sencilla, menos expuesta, y por lo menos tan breve con la primera.

La marcha á retaguardia ó en retirada se verificará del mismo modo formando en columna por el centro, dando media vuelta á la izquierda, marchando en este sentido cuanto sea necesario, haciendo alto dando otra vez frente, y desplegando en seguida sobre el centro.

Suponiendo que nuestra infantería haya adquirido en la formacion y despliegue de estas masas toda la práctica que recomendamos, nada habrá mas breve y mas sencillo que estos movimientos.

Se enseña tambien á los batallones á conversar sobre uno de sus dos costados en línea de batalla, operacion mas viciosa y excusada aun que la anterior, á no ser que el ángulo de

la conversion sea muy pequeño; mas, si este se acerca á los noventa grados ó á un cuarto de círculo, el sistema de la columna cerrada remedia asimismo este nuevo iuconveniente. Formada sobre el costado que debe ser eje de la conversion, y recibiendo allí mismo la nueva direccion que se piensa dar á la línea de batalla, se consigue el mismo fin por medio de un despliegue, sin tanto aparato y la confusion inseparable de estas conversiones.

Sentimos que se vaya alargando este artículo en términos que no nos sea ya posible apurar esta materia como corresponde á la naturaleza de esta obra; mas concluiremos en el número siguiente, haciendo ver que cuanto prescribe el reglamento de la infantería española sobre marchas y evoluciones en batalla tiene en vigor poquísimas aplicaciones. ¿Y á qué enseñar lo que no es útil, ó se puede conseguir por medios mas sencillos? Con estas indicaciones y las que haremos sobre la formacion de los cuadros que hacen tanto papel en toda guerra, concluiremos cuanto se nos ocurre que decir sobre las maniobras de nuestro batallon, que aplicaremos fácilmente á tropas mayores, como brigadas, divisiones, etc.

HISTORIA DEL ARTE DE LA GUERRA.

CUARTO ARTÍCULO.

Sigue la Milicia romana.

Al hablar en el número anterior de las armas que usaban los romanos, hemos omitido una circunstancia que no deja de ser interesante, á saber, que los ginetes no usaban estribos, y montaban por lo mismo de un salto á caballo, cosa que no debia de ser muy cómoda para los que eran de cier-

ta edad y algun tanto obesos. Tampoco conocian las sillas parecidas á las nuestras. La generalidad montaba casi en pelo. Los demas usaban mantas ó cojines muy sencillos, con mas ó menos lujo, segun los medios ó rango del ginete. Mas no estaba su hechura sujeta á reglamento alguno.

Con dos legiones tales como las hemos descrito se formaba lo que se llamaba un *ejército consular*; pero entraba ademas en su composicion un número igual de tropas auxiliares ó sociales. Los romanos daban este nombre á los que se alistaban en las ciudades de Italia cuando eran ya señores de su territorio. Tambien se alistaba el contingente de dichos pueblos á la órden convocatoria de los cónsules. Se inscribia á los reclutas bajo el mismo pie, y prestaban en todo el mismo juramento que los legionarios.

La infantería de la legion social era de fuerza igual á la romana; mas era doble la de la caballería. Con el quinto de la primera y el tercio de la segunda se formaba un cuerpo escogido que servia y tenia el nombre de *reserva extraordinaria*. El resto se formaba á los dos costados de las legiones romanas, con el nombre de *ala*; y el todo estaba mandado por seis prefectos elegidos por el cónsul, y que ejercian las mismas funciones que las de los tribunos.

Las tropas de los aliados formaban las mismas tres clases de infantería que las romanas, y las colocaban en el mismo órden: á saber, en el primero los hastados: en el segundo los príncipes; y en el tercero los triarios.

Ademas del cuerpo de reserva de que hemos hablado anteriormente y que estaba á las órdenes inmediatas del cónsul, se escogía una turma de caballería que le servía de escolta: tenia el nombre de *ablecti* que indica bien su clase y el cuidado que se tenia en elegir sus individuos.

Tenemos ya organizado lo que se llamaba un ejército consular en la época de la historia de Roma á que aludimos. Dos legiones romanas en el centro, las sociales á los dos costados cubriendo los flancos del todo la caballería. Los vélites por vanguardia y por retaguardia, donde eran mas precisos; cada una de las tres clases de infantería sobre diez filas, y formando una de las líneas de que se componia su

órden de batalla. Cualquier lector le podrá comprender muy fácilmente.

Cuando llegaba el momento decisivo, daba la señal la bandera, *vexillum*, que se tremolaba en la tienda del cónsul: sin mas llamamientos ni preparativos, al mirar los soldados este signo del combate, abandónaban las tiendas inmediatamente, dejando en ellas sus efectos; tomaban las armas, y se formaban en su lugar correspondiente. Concluido esto, seguia la arenga del cónsul; y aunque tengamos que repetirnos muchas veces, volveremos á decir que era esta arenga un requisito indispensable, de que nada podia dispensar al general, á menos de ocurrir un lance extraordinario en que fuese necesario un combate de repente.

Los modernos escriben ó no escriben en estos lances críticos una proclama que se lee á las tropas muy mal y aprisa, y es casi siempre de muy pequeño efecto. Todos los soldados romanos oian la arenga del cónsul, y respondian á sus palabras con los golpes que daban con el pilo en sus escudos, ó con voces de entusiasmo precursoras del combate.

Nos parece que no se nos tachará de sobrado adictos á las cosas de los antiguos por decir que conocian mucho mejor que los modernos el lenguaje que corresponde al corazon humano.

El modo con que combatian los romanos no es muy fácil de explicar sino recurriendo al cálculo de las conjeturas. Es probable que los vélites comenzasen las acciones por medio de escaramuzas, como sucede á nuestros tiradores. Empeñada la accion, se retiraban por los claros y al abrigo de la infantería de línea.

Componiéndose el órden de batalla de esta de tres líneas, es claro que comenzaban la batalla los de la primera, es decir, los hastados. El órden abierto en que casi siempre combatian proporcionaba á los hombres de las últimas filas reemplazar las faltas de los de las primeras que caian. Asi cada fila era una especie de reserva de la que estaba delantera.

A veces no entraba en la refriega mas que la primera fila. Empeñada ya la lid, venian los de la tercera, etc.: las

filas se mezclaban, cada hombre atacaba á su contrario. Si al fin estos hastados tenian que ceder al ímpetu de los enemigos; se retiraban por los claros de los príncipes, que se adelantaban para reemplazarlos. Asi se renovaba el combate con tropas de refresco, que entraban ágiles y descansadas. Si estos príncipes no podian restaurar la lid, si tenian tambien que ceder á los contrarios, se retiraban á donde estaban los triarios, que los recibian en sus filas, marchando juntos de nuevo al enemigo. Y si se considera que se componia este cuerpo de triarios de los soldados mas fuertes, mas veteranos y aguerridos, se verá que era poco menos que imposible el que con este refuerzo ó auxilio formidable dejase de ser arrollado un enemigo que debia ya estar muy quebrantado con los ataques anteriores.

En lances ordinarios no entraban, pues, en batalla mas que los hastados. Si se mezclaban los príncipes, ya se puede decir que era muy reñida la pelea. El avance de los triarios suponia un combate obstinadísimo. Asi, para expresar lo sangriento de una batalla, ó lo cara que habia costado la victoria, se contentaban con decir los romanos que habian venido á las manos los triarios.

Con este admirable juego de filas y de líneas era imposible que los romanos no tuviesen superioridad sobre sus contrarios. La misma falange macedonia, formidable hasta cierto punto, tuvo que ceder al ascendiente de una organizacion tan superior de un pueblo nacido para la guerra, que vivia de la guerra, y estaba destinado á domeñar las naciones de la tierra entonces conocida. Los pueblos del norte y centro de Europa, en medio de su fuerza y su ferocidad, cedian fácilmente á los esfuerzos de una táctica tan felizmente combinada, y, como ya hemos dicho, se asombraban al verse vencidos por hombres de pequeña talla, comparada con su prócer estatura. Mas estos hombres chicos probaban del modo mas grande y expresivo que el valor siempre es poca cosa cuando no va acompañado del tino, del saber y el genio.

El órden abierto en que peleaban los romanos facilitaba muchísimo los movimientos de soldados que se batian al ar-

ma blanca; y como podian estrecharse en la ocasion, tenian en sus manos imitar á la misma falange macedonia, como sucede á las columnas cerradas de nuestra infantería. Estaba ademas perfectamente colocado el órden abierto para permitir paso franco á los vélites que entre las filas discurrian, distribuyendo armas, prestando todo género de auxilios, y ademas para no embarazar la retirada de los de las primeras líneas que abandonaban el combate y se hacian reemplazar por las segundas. Escipion se sirvió con mucho genio de este órden en la batalla de Zama para inutilizar el ímpetu de los elefantes, que hubiese sido muy terrible á chocar con masas sólidas. En fin, á la organizacion de la legion romana han hecho justicia los militares mas entendidos de todas las naciones. Muchas veces se ha tratado de imitarla, y aunque esto no es posible por la diferencia de las armas, no hay duda de que ha contribuido su estudio á muchos adelantos de la edad moderna.

Hemos dicho que las armas ofensivas de los romanos se reducian al pilo y á la espada. Manejaban el primero como una lanza: pero mas frecuentemente como dardo: llevaban dos, como se ha dicho, y arrojaban el primero á quince pasos del enemigo, dejando el otro de reserva para los lances apurados. Era muy terrible el impulso del pilo por aquellos robustos y diestros hombres arrojado. Dado ya este golpe, echaban mano á las espadas, y aquí era donde el soldado romano lucia su valor y la fuerza incontrastable de su brazo. Con el pie izquierdo un poco adelantado, cubierto con su escudo, unido á sus compañeros en cuanto lo permitia el órden abierto en que lidiaba, era verdaderamente de un impulso irresistible.

Los que combaten al arma blanca y cuerpo á cuerpo maniobran precisamente muy poco durante una batalla. Venidas una vez á las manos dos tropas enemigas, son el valor, la fuerza del empuje, la superioridad de esfuerzos y constancia los que deciden la victoria. Precisado uno de los rivales á dejar el campo, se sigue en esta retirada una mortandad consecuencia inevitable de la proximidad en que se hallan unos de otros. Asi las batallas de los antiguos eran

mucho mas sangrientas que las nuestras, y las armas defensivas de un uso mas necesario que en el dia.

Nosotros, que combatimos desde lejos, que venimos muy rara vez á tocarnos mútuamente, apelamos á las maniobras como un medio mas seguro de hacer todo el daño y recibir el menor que sea posible. Como preferimos el ataque por los flancos al de frente, y se tiene tan gran cuidado de embestir al enemigo en la parte mas floja ó vulnerable, decide muchas veces una hábil maniobra el éxito feliz de una batalla. La sábia colocacion de la artillería, este auxilio tan terrible en las acciones, contribuye singularmente á la decision de una victoria. Muchas veces se obtiene esta sin que haya verdaderamente lo que se llama una pelea. He aquí por qué la ciencia del general es hoy mas dificil y complicada que la de aquellos tiempos. Se necesitan hoy sin duda mas ojo militar, mas fuerza de combinacion, mas sangre fria para cambiar un plan de batalla en el calor de una refriega que en aquellos tiempos. Es una verdad que puede ser fácilmente comprendida, y redunda en elogio de los generales de la edad moderna.

Los romanos maniobraban, pues, muy poco. Tenian los generales demasiada confianza en los pilos y las espadas de sus legionarios, para que se cansasen mucho buscando posiciones, terrenos dominantes, y otros recursos tan necesarios en el dia. Les bastaba venir á las manos con el enemigo para contar con la victoria, que rara vez abandonaba sus insignias. No es esto decir que dejasen de recurrir á las artes de la estrategia, tratándose de marchas, de pasos de rios, y los demas lances tan comunes en la guerra. Mas sus batallas eran mas sencillas que las nuestras, y una vez concebido el plan de ataque, habia que dejar su ejecucion al esfuerzo y valor de sus soldados.

La caballería afecta á un ejército consular era poco numerosa, como ya se ha visto. Bastaba para sus guerras de Italia, donde sus enemigos no eran muy fuertes en esta arma. Cuando les fué preciso combatir fuera de su territorio, y aun dentro del mismo, en la guerra con Annibal, conocieron lo faltos que estaban de caballería para hacer frente á

quien la tenia tan numerosa, y trataron de remediar este grave inconveniente. Comenzaron desde entonces á tener cuerpos auxiliares de caballería, práctica que se observaba constantemente en las guerras succesivas. En los últimos tiempos de la república tenian una caballería numerosa, tal cual sus necesidades lo exigian; mas fué siempre en la infantería donde lució su genio militar, donde se hizo mas sentir la superioridad nunca disputada de su táctica.

En las guerras á que aludimos se levantaban dos ejércitos consulares, tales como los hemos ya descrito. Se alistaba á veces para cada uno de ellos un número doble de legiones, y en la misma razon se reforzaban las tropas auxiliares. En la batalla de Cannas presentaron cerca de ochenta mil combatientes en el campo. Era inevitable el que se alterase el órden y la organizacion de los ejércitos de un pais en tan frecuentes y diversas guerras empeñado.

La legion romana, tal cual la hemos descrito, sufrió varias alteraciones; fué una de las importantes la de la diferente colocacion de las tres clases de infantería de línea, á saber: los hastados, los príncipes, y los triarios. Creyendo sin duda que era demasiado complicado el órden de legion, y que la colocacion de sus treinta manípulos exigia una superabundancia de terreno, idearon formar cuerpos mas pequeños, tomando un manípulo de cada una de las tres infanterías indicadas. Se dió á estos cuerpos pequeños el nombre de *cohortes*. Asi se componia cada una de tres filas; la primera de hastados, la segunda de príncipes, la tercera de triarios. El centurion de este último manípulo mandaba la cohorte entera.

Divididas las legiones de este modo en diez cohortes, fueron mas manejables y susceptibles de mas combinaciones. Muchas veces se formaban con cada legion dos líneas de batalla compuesta de cinco cohortes cada una. Otras se aumentaban, y hasta se doblaba el frente, componiéndose el fondo de cinco cohortes ó de quince filas. Los generales variaban esta colocacion segun acomodaba á sus ideas: entonces comenzaron á ponerse mas en juego todos los recursos de la táctica. César, que fué el mas hábil general en esta parte,

que tuvieron los romanos, varió al infinito el número de estas combinaciones. Pocos gefes hallaron mas recursos en su genio, nacido para lides y conquistas. Por una sábia maniobra venció en España á los tenientes de Pompeyo; por otra igualmente feliz y atrevida le humilló en persona en los campos de Farsalia.

Los romanos, tanto en paz como en guerra, acampaban casi siempre, y se atrincheraban de un modo mas ó menos sólido según el tiempo que debian permanecer en unas mismas posiciones. Mas, aunque el alto no fuese mas que de una sola noche, jamás dejaron de fortificar su campo; precaucion admirable que los libertaba de sorpresas en todas ocasiones.

Antes de llegar al campo las legiones, se adelantaban los tribunos á reconocer el terreno, dando preferencia á los que podian suministrar agua y leña, tan necesarias en todo campamento. Inmediatamente trazaban el terreno que debian ocupar las diferentes tropas, que al llegar se dirigian cada una al suyo respectivo. En seguida se armaban las tiendas, colocándose diez hombres en cada una, formando todas ellas calles, y arregladas en todo lo posible á su formacion en órden de batalla. Formaba el campo consular un cuadrado de doscientas sesenta toesas, comprendiendo este el terreno de las tiendas; y dejando el espacio que era necesario entre estos y el atrincheramiento, resultaba un recinto cuadrado de trescientas treinta toesas.

El campo de los romanos era un cuadrado casi siempre. No se explica bien por qué no les ocurrió nunca hacerle con ángulos entrantes y salientes para atender mejor á su defensa; mas es preciso tener siempre presente que entre tropa que se batia cuerpo á cuerpo no eran necesarias las precauciones que lo son hoy dia.

Ya hemos dicho que los atrincheramientos eran proporcionados al tiempo de su permanencia en el campo. Los pasajeros se reducian á un foso de nueve pies de ancho, cuya tierra se echaba hácia el campamento para hacer con ella una especie de parapeto que se consolidaba con cesped, y se coronaba con una empalizada. Pero en ocasiones de mas riesgo se

hacia el foso mucho mas profundo; se daba al parapeto mas altura, y en lugar de una empalizada se construían dos, lo que daba doble consistencia á esta especie de muralla.

Las tropas de los aliados construían dos de los cuatro lados del recinto, y los legionarios romanos estaban encargados de los otros dos restantes. Estaba el trabajo dirigido por los centuriones, que animaban á los soldados de su manípulo ó compañía. Como en dicho trabajo iba la seguridad comun, trabajaban en esta obra con ardor y con ahinco; de modo que, á las cuatro horas de llegar al campo un ejército romano, tenia construido un atrincheramiento que le ponia al abrigo de una sorpresa, haciéndole entregarse con confianza en brazos del reposo.

Los pormenores de un campo romano son curiosos en extremo. En nada se conoce mas á qué punto llevaban su atencion en las cosas de la guerra. Todo estaba marcado en ellos con una precision extrema: los puestos asignados á las diferentes tropas: el pretorio del general, el tribunal desde donde hacia justicia y arengaba. Hasta las puertas por donde se entraba y se salia estaban designadas con distintos nombres.

Cuando se trataba de levantar el campo, al primer toque de la trompeta se quitaban y doblaban las tiendas, recogiéndose al mismo tiempo los demas efectos. Al segundo toque de trompeta se cargaban los bagajes, y al tercero se ponian en movimiento las legiones.

Las legiones romanas marchaban casi siempre por el flanco. Cada una de las tres clases de infantería lo verificaba sobre sus diez filas, cuya distancia se estrechaba segun lo indicaban los caminos. Como es de suponer, iban á la cabeza los hastados, seguian los príncipes, y cerraban la retaguardia los triarios.

El órden de marcha de un ejército consular era sobre poco mas ó menos el siguiente:

Llevaban la cabeza los extraordinarios, que, como hemos dicho, era un cuerpo escogido á las inmediatas órdenes del cónsul. Seguia el ala derecha de las tropas aliadas. Tras de ellas iban sus bagajes y los de los extraordinarios: despues

la primera legion, seguida de sus bagajes. Despues marchaba la segunda legion, seguida de los suyos y de los del ala izquierda de los auxiliares que cubria la retaguardia.

Los vélites no guardaban puesto fijo. Iban á vanguardia, á retaguardia, por los flancos, mezclados con las legiones en los intérvalos que dejaban estas; en fin, en los puestos que requerian las necesidades del servicio, como sucede á nuestros tiradores.

La caballería marchaba por los flancos ó detras de sus legiones respectivas.

Tal era el órden invariable de la marcha de este ejército consular, que, como vemos, formaba tan solo una columna. Los extraordinarios pasaban muchas veces de vanguardia á retaguardia segun el caso lo exigia. Tambien cambiaban de puesto mútuamente las dos alas de los auxiliares que iban á vanguardia ó á retaguardia. Lo mismo sucedia con las dos legiones romanas, marchando muchas veces la primera detras de la segunda: de este modo se equilibraban las fatigas de camino; pues sabido es que los delanteros le hacen con mas comodidad que los que van á retaguardia. Muchas cosas nos quedan que decir sobre esta materia interesante; mas se reservarán para otro número.

DE LA GUERRA ACTUAL.

TERCERA ÉPOCA.

Si la guerra que se hacia en Navarra y las provincias Vascongadas representase solamente, como querian suponer algunos, un choque entre los fueros de un pais y el trono que, segun la opinion vulgar, intentaba destruirlos, se hubiese circunscrito á los límites de aquel estrecho y montuoso terri-

torio. Una prueba de que la lid partia de mas alto orígen, que comprometia intereses mas vitales, de mas grave trascendencia, es que pasó del pais de fueros al que ningunos reclamaba y repetia: que extendiéndose y cundiendo poco á poco, llegó á infestar mas ó menos todas las provincias de esta vasta monarquía.

Fué esta difusion el mayor mal, la mayor calamidad que podia sobrevenir á esta nacion y á nuestra causa. Era una prueba irrefragable de lo mal que se habia comprendido aquesta guerra, ó de la lamentable insuficiencia en que nos hallábamos de medios para concluirla. El ruido de las armas de Navarra y las provincias Vascongadas no podia menos de tener eco en otras partes. Aquel campo de combates y de gloria provocaba naturalmente mas combates, y era un aliciente para el sin número de hombres sin arraigo, viciosos, sin destino, sin industria, deseosos de cambiar de suerte, que abriga nuestra España. Se entretenia, se prolongaba la guerra entre la reina y su competidor. ¿Por qué no se habia de probar fortuna en otras partes? Tantos hnmbres salidos de la nada se encontraban de repente elevados, condecorados, adulados en un todo de la suerte.... con un nombre... ¡Cuántos alicientes para los amantes de aventuras!

La guerra pasó, pues, á Cataluña, estalló en el bajo Aragon y provincia de Castellon de la Plana, se difundió por el resto del territorio de Valencia, llegó á la provincia de Cuenca, se estableció posteriormente en las provincias de Toledo y Ciudad-Real, y cundió poco á poco á todas las de España.

En Cataluña no podia obrar el espíritu de fueros; mas habia otras causas, que, ademas de la del carlismo en general, son allí como tópicas y de un carácter permanente. Se sabe que aquel pais quebrado abriga en su seno un pueblo esforzado y belicoso, en cuyo carácter entra por una de las bases principales un espíritu de independencia que le hace mirar con desvío todo lo que es extraño á su provincia. Gobernar este pueblo ha sido muy dificultoso en todas épocas, y desde su incorporacion en la corona de Castilla dió siempre muestras de la impaciencia con que sufria las leyes de

los que le administraban de tan lejos. Era mucha la animosidad que mostró en todos tiempos contra los forasteros que venian á gobernarla, y sobre todo los militares que ejercian vejaciones y violencias. Se sabe con qué sentimientos de venganza contra los que consideraba como sus opresores, se entregó á mediados del siglo XVII á la casa de Borbon de Francia, y con qué constancia, con qué tesón, con qué ferocidad se resistió á recibir el yugo de esta misma casa de Borbon cuando vino á ocupar el trono de la España. Desde entonces, y pasa ya de un siglo, estan vivos en sus corazones los sentimientos de animosidad que excita en ellos el recuerdo de aquel vencimiento, y de las humillaciones y gravámenes que señalan el triunfo de sus vencedores. Todo cuanto procede de Castilla tiene para ellos el carácter de desagradable y sospechoso. Las innovaciones en política deben por la misma razon serles mas odiosas que para otros, animados de los mismos sentimientos de supersticion y fanatismo. ¿Qué efecto no deben hacer sobre esta muchedumbre feroz y belicosa las seducciones empleadas con tanto ahinco, con tal perseverancia, con tal tenacidad por los enemigos de la reina? ¡Cuántos títulos de odiosidad en el gobierno de Madrid para esta gente ilusa! Se sabe á qué punto en lo importante y lo numérico llegó la faccion de este pais en la época pasada. La flor de nuestro ejército se empleó en la sujecion de los rebeldes, y una porcion de buenos oficiales que tiene hoy dia hicieron en dicho pais y en dicha guerra su primer aprendizaje.

Asi, la guerra en Cataluña puede tener hasta cierto punto un carácter provincial, y recibir su alimento de antiguos odios, de rancias preocupaciones, de recuerdos dolorosos. Que es una lid tradicional, una especie de filiacion de otras luchas de la misma clase, no se puede poner en duda.

Mas en el bajo Aragon, en la provincia de Castellon de la Plana y otros mas puntos, donde estalló tambien la insurreccion, no habia ni fueros aun que defender, ni memorias de agravios recibidos, ni clase alguna de preocupaciones locales que diesen á la guerra el carácter que podia tener en las provincias indicadas. En aquellos paises no tuvo, pues, el

pronunciamiento el mismo aparato de solemnidad: fueron sus principios mas humildes, porque eran distintas las ideas de los primeros promotores. Era una mera empresa de aventuras y de bandidaje; eran hombres obscuros, devorados de ambicion y de codicia, que viendo un campo abierto de desórdenes, sintiéndose activos y audaces, supieron asociarse hombres perdidos, sin arraigo, sin medios de subsistencia, dispuestos á coger un fusil, y á marchar con él donde quiera que hay que ganar una peseta. Poco á poco se fué formando esta faccion, y aumentándose el número de los gefes y de sus gavillas. Los nombres de Cabrera, de Quilez, de El Serrador, y otros varios, comenzaron á figurar sucesivamente en el teatro de esta guerra asoladora. Los facciosos del bajo Aragon se hicieron al fin célebres, y llamaron la atencion del gobierno, que armó tropas en su persecucion, y trató de organizar contra ellos un ejército.

Mas las tropas se enviaron con suma lentitud; y el ejército, que despues se denominó *del centro*, apenas fué digno de aquel nombre. Preocupado el gobierno, al parecer, exclusivamente con la guerra de Navarra, ó no dió á esta del bajo Aragon toda la importancia de que era digna, ó tal vez no se halló con las fuerzas necesarias para sofocarla en sus principios. Al contrario, recibió cada dia nuevas creces. El bajo Aragon, los corregimientos nuevo y viejo de Tortosa, la provincia de Castellon de la Plana, parte de la de Valencia, la de Cuenca, y sobre todo el marquesado de Moya, fueron el teatro acostumbrado de sus correrías, es decir, que abrazaban un territorio mas vasto que Navarra y provincias Vascongadas. El terreno se prestaba tanto ó mas que el de estos últimos paises á la naturaleza de la guerra que emprendian; y aunque no podian contar tanto con las simpatías del pais, no les faltaban pueblos amigos que los abrigasen.

Que estos facciosos no pudiesen ser destruidos con las fuerzas enviadas en su persecucion se concibe fácilmente. Sobre la poca eficacia, sobre lo inútil muchas veces de estos movimientos, mas de una vez hemos emitido nuestras opiniones. Los facciosos tenian medios de eludir las pesquisas de las armas nacionales, de no aceptar mas batallas que las

que podian serles ventajosas; mas no se puede concebir cómo se les dió tiempo y oportunidad de hacerse en el pais con puntos fuertes. Era imposible que, acosados como debian serlo por las armas de la reina, tuviesen el tiempo, los medios y la comodidad necesarios para esta clase de trabajos. Fué una grande imprevision en los que mandaban allí desde un principio, fué un descuido verdaderamente condenable el dejarles fortificar el punto de Cantavieja, el primer establecimiento de esta clase que formaron en aquel pais, donde pusieron sus hospitales, sus almacenes, su fábrica de fundicion, su imprenta, punto que consideraron como la capital de sus dominios, y al abrigo del cual cometieron todo género de exacciones, de violencias y de tropelías, no solo en el bajo Aragon, sino en pais limítrofe de Valencia.

Como estos facciosos operaban en los distritos de dos capitanías generales, no estaba al cargo de un gefe solo el de su persecucion; el comandante general de la provincia de Teruel y el de la de Castellon de la Plana tenian esta mision por lo que hace á su territorio respectivo; mas era preciso que estos gefes viviesen en la mejor inteligencia y armonía, y que se auxiliasen con la mejor fe, cuando echados los facciosos de un distrito pasaban á hacer correrías en el otro. Era preciso hasta que hiciesen sacrificios de amor propio; por lo menos que diesen á cada instante pruebas de un desprendimiento generoso. Mas, sea que no fuese asi, ó porque el gobierno viese la necesidad de reconcentrar el mando, se puso el de las dos provincias referidas á cargo de un solo general que obraba en cierto modo independiente de las capitanías generales respectivas, y no podia menos de estarlo siendo responsable de las operaciones; pero era crear un embarazo mas, cual no podia menos de resultar del conflicto de autoridades celosas de sus atribuciones.

Estas tropas, destinadas á la persecucion de los facciosos, recibieron poco despues el nombre de *ejército del centro*, ejército en el nombre, mal compuesto, mal organizado, escasísimo de fuerzas, y estas muy desprovistas de lo necesario: ejército el mas desatendido, y donde se han sufrido mas trabajos, mas fatigas, mas privaciones, mas necesidades. Ni

cuando su formacion, ni despues, ni en el momento de escribir estos renglones, cuenta dicho ejército con las fuerzas necesarias para cubrir sus vastas atenciones. No hay mas que echar los ojos sobre cualquier mapa para penetrarse del inmenso territorio sujeto habitualmente á las correrías de los facciosos; y si se considera despues la naturaleza del pais, y lo propensos que los pueblos se hallan en algunas partes á servir su causa, nadie estrañará que el ejército del centro no haya ofrecido mas hechos de armas distinguidos, mas importantes resultados. Antes de tener este nombre, se dió la accion importante de Molina, que hubiese tenido muchos mas felices resultados si se hubiesen podido seguir con mas actividad y energía los alcances: se socorrió é hizo levantar varias veces el sitio de Gandesa, se trabaron algunos combates en el pais fragoso que sirve de linde á Cataluña, Valencia y Aragon; se expulsaron los facciosos de Chiva, en cuyas inmediaciones fueron derrotados, y se les tomó el punto fuerte de Cantavieja al fin de octubre del año 36, cuando llevaba ya el título indicado. En todos tiempos se hizo la guerra en aquellos parajes, sufriéndose mas fatigas, mas privaciones, marchando por paises aun mas ásperos, con menos brillo, con menos ascensos, con menos alicientes en todo género que en el ejército del norte, objeto habitual de una casi exclusiva deferencia.

La guerra en Cataluña tampoco ofrecia resultados mas definitivos. Se derramaba mas sangre allí que en el bajo Aragon, y la contienda tomaba un carácter mas provincial, mas decidido. Tambien operaban mas tropas del ejército nacional, y los generales podian contar en todos sentidos con mas recursos que los del ejército del centro. Los acontecimientos se presentaron prósperos; mas de una vez se quiso dar á entender que se habia concluido en aquel pais la guerra; pero á lo mejor se renovaba con nuevo encarnecimiento. En ninguna parte se entiende la guerra de montaña mejor que en Cataluña. Es ya una tradicion viva que parece la ley fundamental de aquel pais, donde todos están familiarizados con las armas, donde es tan universal el genio de la irregularidad y del desórden.

Tablera, sobre poco mas ó menos, el estado de la guerra á mediados del año 1836, casi al fin de tres años de contienda. El ejército del norte, reducido á la simple defensiva, y sin salir de los límites que le hemos ya trazado: el del centro luchando con mil apuros y dificultades de todo género, sin tener medios por ningun estilo para acabar con Cabrera y sus satélites. En Cataluña batiéndose unos con otros con pocos resultados. Por todas partes se presentaba la lid á los ojos de un mediano observador poco menos que como interminable. Ni podíamos acabar con nuestros enemigos, ni ellos tener fundada esperanza de vencernos. Donde la lucha se presenta igual por ambas partes, ¿cuál de los dos puede tener la ilusion de terminarla? Se hallaba el juego (para valerme de una expresion vulgar) reducido casi á tablas. Era para nosotros la duracion de la contienda un mal incalculable: para ellos, hasta cierto punto, un bien; mas encerrados por otra parte en sus provincias, circunscritos á los límites naturales que se habian trazado, necesitaban extender la guerra, probar fortuna en el interior de la península, alentar á sus numerosos partidarios, promover insurrecciones, embarazar y hacer imposible el gobierno establecido, y sobre todo, proporcionarse recursos de que comenzaban á escasear en sus montañas. Sus amigos políticos en el extranjero no podian menos de incitarlos á que tomasen un aspecto mas imponente que hasta entonces; á que se presentasen en todas partes con el carácter de agresores, á conquistar en fin con la espada una corona que se hallaba muy lejos de Navarra y las provincias Vascongadas. Quizá solo con estas condiciones se les prometia la continuacion de amistad y de socorros que les eran de una utilidad tan conocida.

Ya en agosto de 1835 salieron de Navarra cuatro batallones á las órdenes de Guergué, que, despues de haber atravesado rápidamente el alto Aragon, pasaron á Cataluña, donde, si bien aumentaron las filas de los que allí combatian en favor de Cárlos V, ni aumentaron su partido, ni le hicieron mas interesante. Aquellos soldados venidos de Navarra se acomodaron mal á los usos y carácter de los habitantes de un pais que mira á todo forastero con ojos de tanta

desconfianza. La fatiga era mayor, las privaciones mucho mas considerables. Poco á poco se aburrieron completamente de una vida sin ningun aliciente para ellos, y rotos, destrozados, en guisa de fugitivos se volvieron á últimos de noviembre á su pais, bien decididos á no dejarle nunca.

Otra expedicion habia intentado pasar, al principio de este mismo año, para reforzar á la primera; mas retrocedió desde lo que llaman canal de Verdun, viéndose seguida de una de nuestras divisiones.

A mediados de 1836 se hicieron otras expediciones en escala mas considerable, con un plan mas vasto y meditado. Comenzó Basilio, á quien no se le puede negar actividad, y que nos ha dado tanto que hacer en la campaña de este año. Atravesó el Ebro por el pais de Calahorra; pasó á tierra de Soria, cuyos principales pueblos saqueó completamente. Volvió despues sobre Aragon, se apoderó de Tarazona y Borja, donde se proporcionó grandísimos recursos. Vuelto á la provincia de Soria, pudo todavía mantenerse en ella á pesar de las vivas persecuciones de Azpíroz y Narvaez; tan difícil es impedir el que penetre y se mantenga en un pais montuoso un enemigo que tiene todos los elementos posibles de movilidad, y ningun impedimento. Por fin repasó el Ebro cargado de botin, que siempre es una cosa positiva; mas sin provocar en el pais que recorria ningun pronunciamiento en favor de la causa que abogaba.

Gomez siguió poco despues, y este nombre no dejará hasta cierto punto de ser famoso en nuestra historia. Ninguno de los caudillos de D. Cárlos acometió una empresa mas osada, recorrió mas pais, excitó mas alarmas y temores, puso en movimiento mas tropas nacionales, y mas en prensa la estrategia del gobierno y nuestros generales. El itinerario de Gomez es curioso, y el diario de sus operaciones, si está medianamente bien escrito, debe ser una cosa divertida. Comenzó sus correrias por el norte de España; penetró sin oposicion por Asturias y Galicia, perseguido por el conde de Luchana; pasó de este pais al de Leon, volvió á Castilla, pasó el Duero y el Tajo, y se estableció en Utiel, provincia de Cuenca, á dos leguas de Requena, habiendo intentado apode-

rárse de este pueblo habitado por una poblacion decidida por la causa de Isabel, que repelió sus ataques y ademas se vió inmediatamente socorrida.

Se hallaba Gomez á la sazon con un número considerable de prisioneros de todas clases que habia cogido en Asturias, en Galicia, en la accion de la Motilla, y varios mas encuentros. Todos los envió desde Utiel á las mazmoras de Cantavieja, custodiados por las tropas de Cabrera. Aumentó este último gefe con algunas tropas de infantería y lo selecto de la caballería las filas del primer caudillo, que, segun se decia, llegaba ya hasta diez mil el número de sus combatientes. Despues de haberse rehecho y reorganizado en Utiel, donde permaneció diez dias, se movió hacia Albacete, torció en seguida hácia la Mancha y fué alcanzado y vencido tres dias despues por el general Alaix en Villarobledo. Esta accion fué muy importante, segun voz y fama general. Testigos oculares nos informaron en aquellos mismos dias de lo inopinadamente que habian caido nuestras tropas sobre las contrarias, del terror que en ellas habian infundido, de los muertos y prisioneros que en ellas habian hecho, pintándola en fin por su parte como un enorme descalabro, por la nuestra como una victoria decisiva. Asi se dijo al gobierno, asi lo creyó el público. Pasaba Gomez en su concepto por perdido, y solo se trataba de acabar del todo con los restos fugitivos, cuando se le vió penetrar en Andalucía, sentar su real en Córdoba, donde recogió contribuciones, alistó soldados y caballos, y se rehizo al parecer de sus pasadas pérdidas. Salido de Córdoba, recorrió otras varias ricas poblaciones del pais, y aquel faccioso, que salido de las montañas de Navarra, habia recorrido el pais litoral del mar cantábrico, se vió ahora en las playas de Algeciras. No contento con tantas correrías, perseguido siempre, y nunca derrotado, torció su camino hácia Extremadura, se volvió á internar en Andalucía, y fué vencido en Majaceite por el general Narvaez. El público concibió otra vez la idea de una completa destruccion de este faccioso, y daba ya sus tropas por completamente destrozadas, cuando casi despues de la derrota se presenta Gomez en la Mancha, y verifica su entrada en

Valdepeñas. Desde entonces, piensa al parecer sériamente en retirarse; se dirige al norte, vuelve á pasar el Tajo, el Duero, y, avanzando siempre, se recoge al pais de donde habia verificado su salida. ¿Llegó con mas ó menos tropa que la que habia sacado? Es imposible, especialmente para nosotros, el emitir sobre este asunto una asercion; mas, no hay duda de que aumentó el número de sus caballos, y que volvió con un botin inmenso á sus guaridas.

La expedicion de Gomez probó dos cosas: 1.ª La facilidad que un pais quebrado como España ofrece á toda tropa que intente recorrerle, sobre todo si marcha esta tropa á la ligera, si no tiene plan fijo, ni órdenes á que atenerse, si no está ligada á base alguna, si es dueña del tiempo, de la ocasion de hacer alto, de moverse, de tomar la direccion que mas acomode á sus designios. Y estas ventajas se aumentan grandemente cuando dichas tropas no respetan leyes ni propiedad de clase alguna; cuando apoyan sus derechos en la punta de su espada; cuando todo se lo llevan por delante; cuando, por medio de violencias, se ven con todos los de movilidad que le son indispensables. Si la expedicion de Gomez le hizo en cierto modo célebre, no arguye gran cosa en favor de su capacidad y talentos militares. Cualquiera gefe activo, dotado de un poco de sagacidad, hubiese hecho lo mismo en lugar suyo. Contando en todas las provincias con muchos partidarios de su causa, no podia carecer de gentes que le diesen noticias, que fuesen á espiar los movimientos de sus enemigos, que le guiasen por todos los terrenos. Manejando con algun tino tan buenos elementos, era imposible que fuese sorprendido, y que él no comprendiese fácilmente á qué punto debia dirigirse. No queremos decir que Gomez no hubiese sabido aprovecharse hábilmente de estas circunstancias; y siempre es un gran mérito.

Otra cosa puso de patente esta expedicion, y que nos era sumamente interesante, á saber, que aunque la causa del Pretendiente cuenta en la península con muchos partidarios, en ninguna provincia tienen ni los medios ni el valor de pronunciarse abiertamente en favor suyo. Era el pendon de Gomez bastante respetable para que á su sombra se acogie-

sen esos campeones del absolutismo que por todas partes se nos pintan tan resueltos y atrevidos. Las ciudades donde reina, segun pública voz, mas adhesion al príncipe rebelde, permanecieron mudas, y si se apresuraron á dar auxilios al aventurero, ninguna alzó á vista de la suya mas bandera. ¿Qué esperaban? No podia ser la ocasion mas favorable. No estaba Gomez solo en la palestra. Con él habian salido mas gefes en busca de aventuras. Nuevas expediciones estaban prontas en Navarra y las provincias Vascongadas. El mismo Pretendiente se aprestaba á dirigir sus guerreros en persona. Sin ninguno de estos elementos se habia levantado en masa en 1808 la nacion: con muchos menos se habia verificado el movimiento de 1820, y otros que hemos visto en nuestros dias. ¿Cómo calló todo entonces, y calló despues? Por la razon sencilla de que la causa de D. Cárlos no es popular segun se quiere insinuar, ni aun entre las clases mas bajas de la sociedad: de que solo los fanáticos, los egoistas, los muy comprometidos pueden fundar sus esperanzas sobre un príncipe ignorante, supersticioso, cruel, sin capacidad y sin virtudes. Ya veremos esta verdad de un modo irrefragable demostrada.

La expedicion de Sanz, verificada algunos meses despues de la de Gomez, fué en escala mucho mas pequeña. Ni por sus correrías, ni por la clase de pais que atravesó pudo llamar tanto como la primera la atencion del público. Y ya que mentamos el nombre de Sanz, nos aprovecharemos de esta ocasion para rectificar un error en que incurrimos y pudimos tal vez inducir á los lectores al hablar de él en la *Crónica militar* del número 2.° de nuestra obra. Dijimos entonces que Sanz se habia vuelto á las provincias sin haber experimentado descalabro alguno. No es esto exacto. Fué este faccioso vivamente perseguido en sus correrías sobre Asturias por el que era entonces Capitan general de Castilla la Vieja, quien le batió varias veces, sobre todo completamente en Peñaflor y Salas, donde fué derrotado, y sufrió una pérdida muy considerable.

Tambien lo fué al retirarse á las provincias, á donde no llegó, segun los partes que se enviaron al Gobierno, ni con un

tercio de la gente que al emprender la expedicion le acompañaba. Y nos apréstamos á dar esta explicacion con tanto mas placer, cuanto cuadra con nuestra idea dominante, á saber, que si los facciosos en su expedicion fuera de las provincias causaron desórdenes, y se hicieron con un gran botin, recibieron sobre las simpatías con que contaban por su causa los mas grandes desengaños.

GLORIAS MILITARES DE ESPAÑA.

SEGUNDO NÚMERO.

El advenimiento de la casa de Borbon al trono de España fué marcado por una guerra reñidísima que ocupa un lugar muy distinguido en nuestra historia. Mas, por una fatalidad, á consecuencia del estado de abatimiento en que nos vimos en el reinado antecedente, hicieron muy poco papel las armas, y sobre todo los generales españoles, en una contienda que decidia la suerte de su patria. Jamas nacion habia sido tratada con mas desprecio y vilipendio que la nuestra en los últimos años del reinado del último príncipe de la casa de Austria. Sin contar con nosotros para nada, disponian los extranjeros de la succesion de aquestos reinos. En diferentes tratados se los dividieron á placer segun mas les convenia. La casa de Borbon aspiró despues á la succesion entera; y como estaba en este sentido concebido el testamento de Cárlos II que llamaba á un príncipe de esta última por heredero, se puede considerar la guerra de succesion de España como un campo de batalla, en que peleaban de un lado la casa de Borbon, y del otro los príncipes aliados que profesaban una rivalidad mortal á Luis XIV. Asi, en esta lucha,

que duró cerca de doce años, apenas suenan mas que nombres extranjeros. Fué España un teatro de gloria, ó al menos nombradía para los Berwicks, los Staremberg, los Vendomas, los Schomberg, los Peterboroughs, los príncipes de Darmstad, y otros ilustres personajes. ¿Qué grandes nombres españoles figuran en este gran teatro militar, que tenia en espectacion á todo el orbe culto? Prestábamos nuestro suelo, derramábamos nuestra sangre, veíamos talados nuestros campos, incendiados nuestros pueblos, y éramos víctimas en fin de todas las calamidades de la guerra porque reinase un príncipe que se llamaba D. Cárlos, ú otro que tenia por nombre D. Felipe. Los dos eran extranjeros. Bajo ninguno de ambos habíamos de conservar nuestra posicion independiente. Los males que podia hacernos una dominacion extraña ya los habíamos experimentado dos siglos antes cuando la venida del primer Felipe. Sufria, pues, la nacion, sin fruto positivo, sin perspectiva de ninguna ventaja venidera. Si se admite, pues, que hay signos de fatalidad, es uno sin duda muy funesto el que persigue á nuestra España.

La victoria se decidió al fin por la casa extranjera que nos podia hacer mas daño, pues al fin teníamos el Austria algo mas lejos. Si nos hubiese sido muy difícil el desprendernos de esta última, era imposible evitar una alianza con aquella que nos era superior en todo, y á la promocion de cuyos intereses íbamos á sacrificar los nuestros propios. De enemigos mortales de los franceses nos convertíamos en sus aliados, es decir, que fuimos sus humildes servidores; que marchamos siempre á su cola, y tomamos parte activa en sus guerras, en que verdaderamente nada nos iba ni venia. Nos empeñamos en la que estalló cuando la succesion al reino de Polonia, en que se presentó como candidato el suegro de Luis XV. Tomamos parte activa en la inmediata, que tambien se llamó de succesion, porque se trataba en ella de la del imperio de Alemania, guerra provocada por la ambicion inquieta de algunos personajes de la corte del rey de Francia, y la política hábil y sagaz de Federico. Tambien nos declaramos, aunque á lo último, en la famosa guerra de siete años, á que debimos la toma de la Habana por los in-

gleses. Y para consumar todos estos errores en política, para hacer ver hasta qué punto nos cegaba esta propension á sacrificarnos por los intereses de nuestros vecinos, nos unimos con ellos cuando auxiliaban á los americanos en la famosa guerra de su independencia. ¡Auxiliar el gabinete español de entonces á colonias americanas que pugnaban por separarse de la madre patria! Era en política una falta demasiado grave para que no se la pueda apellidar demencia consumada.

La primera de las guerras que indicamos nos produjo el fruto de colocar á uno de nuestros príncipes en el trono de Nápoles. En la segunda, ó sea la de la succesion del imperio, vimos establecido un hermano suyo en el de Parma. Pero esto complicaba mas nuestra política, y nos hacia tomar parte en intereses que no eran nuestros propios. Y si es cierto que muy frecuentemente los de las naciones no están en armonía con los de los que las gobiernan, presenta nuestra historia de estos últimos tres siglos ejemplos muy notables.

Hicimos en estas guerras un papel demasiado secundario, para que hubiesen lucido mucho nuestros militares. En las campañas de Italia nó dejaron las armas españolas de sostener la fama que habian adquirido en otros tiempos. Las batallas de Campo-Santo y de Veletri les hace mucho honor, y contribuyeron con eficácia á la consolidacion en el trono de Nápoles del que fué despues rey á la muerte de Fernando VI. Las guerras de siete años y de la emancipacion de las colonias inglesas fueron para nosotros esencialmente marítimas, y en ellas no adquirimos seguramente ni crédito ni gloria.

Siguió despues la que sostuvimos contra la república francesa, contra ese gigante cuya fuerza crecia á proporcion que contra él se lanzaban tantos enemigos en su ruina conjurados. ¿Qué podia hacer España, entónces decaida, contra aquellas tropas de la libertad, de tanto entusiasmo arrebatadas? Son sabidas nuestras pérdidas, que nos produjeron la humilladora paz de Basilea, y poco despues el vernos empeñados en una guerra marítima que arruinó nuestras armadas, y causó á nuestro comercio tan enormes pérdidas. Poco á po-

co nos convertimos en aliados, y aliados por el mismo estilo, de nuestros vecinos; y la dependencia en que la segunda rama de Borbon se hallaba con respecto de la primogénita, fué mas humilladora aun con el hombre grande y extraordinario que dominaba en Francia, y avasallaba una gran parte de la Europa. Por él nos vimos empeñados por segunda vez en la guerra marítima que tal nos desolaba. Y á sus legiones, en lides lejanas ocupadas, unimos asimismo la flor de nuestro ejército de tierra, no precisamente como un auxilio de victoria para nuestro aliado, sino como rehenes de nuestra dependencia.

Asi acabó el siglo XVIII para nuestras armas. El XIX se abrió para nosotros con una revolucion, que, entre las que han tenido por objeto sacudir un yugo extraño, ocupa sin duda alguna el lugar mas distinguido. Ora se la considere en las causas que la produjeron, ora en sus principios, en su marcha, en su desenlace, en los resultados que produjo, se presenta como uno de los acontecimientos mas extraordinarios de la historia moderna; como el mas importante del siglo XIX; como el mas singular en los anales de nuestra nacion, que ofrecen cuadros tan extraordinarios. Nada en Europa anunciaba este fenómeno: ni á la nacion que fué su teatro, ni al hombre extraordinario, promotor del alzamiento, podia ocurrírseles que se realizaria algunos cortos dias antes de estallar con tanta admiracion del mundo. Halló la primera en sí misma una energía, un fuego, una vida civil, unos sentimientos de independencia y de orva, que parecian amortiguados ó del todo extintos, á fuer de la nulidad y degradacion en que yacian. Halló el segundo la primera resistencia á su voluntad de hierro, en un pueblo que creyó sin vida, sin aliento, de quien sin duda esperaba gratitud porque se dignaba regenerarle con sus armas invencibles. A los ojos de la Europa entera aparecia como nuevamente salida á la existencia una nacion que comenzaba á desaparecer poco á poco del mapa político del mundo. Fué desde entonces España el primer objeto que atraía la atencion del hombre pensador é inteligente, la arena en que combatieron los mas famosos capitanes de la Europa, el teatro en que se disputa-

ban los intereses mas vitales de casi todas sus potencias; y donde una gran nacion, á quien se queria desterrar del continente, veía renacer sus esperanzas de someterle de nuevo al yugo de su industria.

Palideció la estrella del grande emperador, del hombre extraordinario que tenia tantos reyes poco menos que á sus plantas. Por primera vez se manifestó su política insidiosa, ruin y fementida, sin que ningun rasgo de audacia y de grandeza compensase la mayor injusticia, la infraccion mas violenta y escandalosa de las leyes del honor, que fué cometida por monarca alguno de nuestra edad moderna. Habian sido hasta entonces sus guerras ó justas ó especiosas; y si en todas ellas brillaba su ambicion y la sed de ensanchar los límites de su poderío, se podian considerar sus nuevas adquisiciones como fruto natural de la conquista, como premios adjudicados al mas fuerte. Desapareció en la cuestion de España este brillo, que tan naturalmente seducia á los amantes de la gloria militar, de las grandezas adquiridas en los campos de batalla. La invasion de la Península se presentó tanto mas odiosa, cuanto este pais habia, como ya hemos dicho, enviado las tropas mas escogidas á lidiar á la sombra de las águilas del que se aprovechaba precisamente de esta circunstancia para hacer la invasion mas á mansalva. Fué ruin y hasta infame el modo con que se apoderaron sus famosos capitanes de nuestras fortalezas, y sobrado inmoral el uso que un grande hombre quiso hacer de una gran discordia de familia. No es aventurarse demasiado el suponer que la encendió y atizó él mismo, que dictaron sus intrigas las quejas de un padre contra lo que llamaba violenta usurpacion de un hijo. Tal vez sin este juego de engaño y de perfidia se hubiese aquel anciano resignado á su destino, y separado para siempre su corazon de un trono que tan pocos placeres le ofrecia. Halagando al hijo con la esperanza de ver sancionada con una poderosa proteccion su advenimiento inesperado al trono, prometiendo al padre su apoyo, sus consuelos, y sobre todo un completo desagravio, mostró bien que, si conocia perfectamente el corazon humano, no desdeñaba medio alguno, con tal que le llevase á sus fines, no mas

nobles que sus medios. Asi corrieron estos dos príncipes mal aconsejados á beber el cáliz de su oprobio. Asi se vieron los descendientes de Cárlos V y de Felipe II acudir fuera de España al tribunal de un príncipe extranjero, acusarse mútuamente de sus faltas, y pedir como de rodillas la justicia, con cuya ilusion las habian atraido. No pasaremos adelante con la pintura de este cuadro vergonzoso, en que se ve á un hombre verdaderamente grande descender á medios ruines, que repugnan á todo corazon un poco noble y elevado. Lo que hay mas que admirar en todo este negocio es, que la violenta invasion, que las intrigas para enagenar del hijo el ánimo del padre, que tanto engaño para sacarlos de nuestro territorio, que tanta injusticia y violencia despues que los tuvo en su poder, procedian de una sola causa, á saber: la profunda ignorancia en que se hallaba Napoleon sobre la índole, los sentimientos, el carácter, los deseos y las necesidades de los españoles. A no haber mediado esta falta de datos tan indispensables, hubiera buscado medios mas nobles que asegurasen la posesion de un pais que tanto codiciaba, ó renunciado á un proyecto que debia preparar su ruina.

Asi, la invasion de España no fué precisamente un borron moral para el emperador de los franceses, sino que empañó la reputacion á que podia aspirar de hombre de exquisito entendimiento. Si erró tan torpemente en los medios de plantear la empresa, no anduvo mas acertado en los de continuarla, siempre con la obstinacion ciega de llevarla al cabo. En este gran movimiento nacional, en esta concurrencia de todas las opiniones, de todas las clases, al fin de defender la independencia nacional, no vió aquel grande hombre que á reformarnos aspiraba mas que el fanatismo inspirado por los frailes y las intrigas de la Gran-Bretaña, deseosa de entrar á la parte del despojo. De tan graves errores adolecieron mucha parte de las operaciones militares. Con la idea de extirpar lo que llamaban *fanatismo religioso*, se hicieron injusticias, se cometieron bárbaras violencias, se llevó el pais á sangre y fuego, se arruinaron ciudades florecientes. Y sobre estas ruinas y esta sangre se quiso erigir el edificio de nuestra regeneracion política; sistema absurdo, y que la ex-

periencia contradecia á cada paso de un modo irrefragable.

Napoleon dijo que la batalla de Bailen habia desencantado su ejército. Debió haber añadido que la invasion y guerra de España le habian desencantado á él mismo. Desencantaron en efecto su genio, su esplendor, su inmensa nombradía. Desencantaron la gloria de sus armas, hasta entonces invencibles, el lustre de sus generales, el brillo de aquellas batallas cuya fama habia llenado el mundo. Hicieron ver á las claras lo que puede un pueblo decidido á ser independiente; lo efímero de las glorias militares, la vanidad de las conquistas que no provoca la necesidad ó el desagravio de injurias y daños recibidos. Cuando las violencias, las devastaciones, van desnudas de todo brillo; cuando las guerras no ofrecen mas que horrores no compensados con ventaja alguna, no son los guerreros mas que tigres sedientos de rapiña.

Parecerán nuestras reflexiones extrañas á la naturaleza de esta obra. Los hechos á que aluden son tan sabidos, se hallan tan manoseados por toda suerte de escritores, que apenas valia la pena el recordarlos. Mas nos ha movido á ello una consideracion, aun mas agena de nuestro primitivo objeto, que cuantas se hallan en estos números consignadas hasta ahora. El lector nos disimulará si nos distraemos un poco de nuestro propósito, combatiendo un error, una preocupacion, una idea, si se quiere, recibida entre nosotros, y que puede sernos tal vez, y ya nos ha sido muy funesta.

Es muy comun en los hombres pasar de un extremo á otro, y no examinar nunca las cuestiones bajo su aspecto verdadero. Durante algunos años despues de terminada esta guerra de la independencia, nos encontrábamos entusiasmados con la gloria nacional, con el nombre grande que con tantos sacrificios y sangre derramada nos habíamos adquirido á los ojos de todas las naciones cultas. Nada habia mas natural que este sentimiento, aunque se le pudiera designar con el título de orgullo. Ninguna nacion se muestra avara cuando se trata de celebrar sus propias glorias. Testigos nuestros vecinos los franceses, siempre prontos á embocar la trompeta heróica al recordar sus batallas, sus conquistas, el grandioso ascendiente que en otro tiempo adquirieron sus ar-

mas en la Europa. Los ingleses, mas sobrios de palabras, no son tampoco muy modestos cuando se tocan estos puntos de grandezas nacionales. Ningun pueblo podia tener mayor disculpa que nosotros si á veces, no contentos con la simple expresion de la verdad, la engalanábamos con los colores de la poesía.

Este sentimiento se va debilitando singularmente entre nosotros, sea que se sienta la mano del tiempo, que con todo acaba al fin, sea que hayamos cedido á insinuaciones, á sofismas, á teorías ingeniosas que se han querido establecer para empañar esta gloria nacional, haciendo ver lo inútil de tanto sacrificio. No hay duda que entre muchísimos es hasta de moda el dolerse de que la nacion española haya corrido á tantos peligros, y derramado tanta sangre, solo por un mero punto de honra, quizá por un sentimiento de puro fanatismo. Ha sido asimismo de buen tono el ser eco de las acusaciones que en esta parte nos han hecho nuestros enemigos, tratándonos de nacion estúpida, que preferia el yugo de sus antiguos reyes y de las clases privilegiadas á una regeneracion acomodada á la ilustracion del siglo. Y como el vulgo no juzga mas que por los resultados, la comparacion entre el reinado desastroso del monarca redimido y el que supone la imaginacion con respecto al monarca desechado, es otro argumento con que combate el movimiento nacional que produjo tan funestos resultados.

Este error, esta preocupacion pueden sernos con el tiempo muy funestos. Si contribuyen entre nosotros á disminuir ó poner quizá en ridículo los sentimientos de independencia nacional, ya producen un efecto bastante lamentable. Los hombres racionales que conocen las cosas cuando abrazan un partido que les parece justo, deben aceptar sus consecuencias. Ninguno en el año 1808, cuando se verificó el grande movimiento nacional, podia contar ni prever sus verdaderos resultados. Nada tiene que ver el desenlace de este drama con sus primeras escenas tan grandiosas, ni su nudo con lo mezquino y atroz de su desenlace. Si el monarca redimido se mostró ingrato con la nacion á quien debia tan inmensos beneficios; si esta nacion, que desde el año 1814 debia haber

caminado por nueva senda de prosperidad y gloria, se vió pobre, mal regida, á los antiguos errores y abusos condenada; si desapareció de nuevo del mapa político de Europa, ó continuó en él para servir de escarnio ó de ludibrio; si partidos la agitaron, si convulsiones políticas despedazaron su seno tantas veces; si hoy se ve teatro de una guerra civil que la consume y aniquila, ¿se achacarán estos males á los que dieron un grito de libertad, y corrieron á las armas por defender la independencia de su patria? Seria emplear una lógica, no solo vulgar, sino injuriosa: seria allanar la vía para cualquiera otra humillacion á que quisieran condenarnos las naciones extranjeras: seria establecer la máxima de que en *todas ocasiones se deben calcular friamente los medios materiales de ataque y de defensa* para saber en qué ocasiones *la deshonra es permitida*; *la humillacion patriótica una proeza*; *y doblegarse al yugo extranjero un acto de heroismo.* Harto tiempo se ha querido difundir entre nosotros una doctrina tan funesta: hartos sofismas se han escrito para justificar el egoismo, el espíritu de cálculo, la pusilanimidad, y (si se quiere mas claro aun) la cobardía. Bien recordamos lo que en este sentido se trabajaba durante la última época constitucional, y con cuantos artificios se hizo ver á los incautos que no habia mas remedio que el recibir en cuanto á política la ley omnipotente de la Santa Alianza. ¿Se halla muerto este partido, cuando la voz de *intervencion* ha estado tan en boga entre nosotros, cuando la mayor ó menor facilidad verosímil de obtenerla ha constituido entre ciertas gentes la mayor ó menor masa de mérito para manejar los negocios del estado? Si esta intervencion no se obtuvo, no fué porque no se la haya pedido repetidas veces. Entonces no convenia, ó no era posible para nuestros vecinos otorgarla. Para cuando se hallen en otras circunstancias, ya saben que se dice entre nosotros por muchísimos que la paz es lo primero; que se debe obtener la paz á toda costa; que el verdadero honor nacional consiste en librarnos á cualquier precio de las calamidades de la guerra.



En cuanto á nosotros, militares que hemos hecho la guerra de la independencia; que estamos convencidos de la

imposibilidad de imponer un yugo extranjero á una nacion que sériamente le rechaza; que no tenemos ningun odio á los extranjeros, mas que deseamos ver que el nombre español sea siempre digno de sí mismo, rechazamos con todas nuestras fuerzas una doctrina cuya tendencia puede ser la de empañarle en infinitas ocasiones. No; no condenamos la guerra de la independencia por amargos que sean los frutos que, bajo varios aspectos, haya producido. No nos compadecemos de la *estupidez bárbara* de un pueblo que corre en masa contra las legiones extranjeras que de esclavizarle tratan. No nos pesa, y celebramos al contrario que figure en los anales españoles un cuadro tan grandioso, que pasará á los siglos venideros con todo su esplendor, sin los lunares que puedan afearle. Queremos que figure en ellos este grito unánime, esta expresion de un sentimiento general que no puede ser mas que sublime. Queremos que resuene siempre en sus oidos el estruendo del cañon del DOS DE MAYO, y vivan eternamente en su corazon dos nombres preciosos con aquel dia de horrores enlazados. ¡De qué entusiasmo no se penetrará el lector al recorrer las hazañas, las proezas, el entusiasmo heróico que hicieron inmortal á Zaragoza, que dieron tanto lustre á los muros de Gerona, que brillaron en los campos de Bailen y la Albuera, que terminan una carrera de laureles junto á las mismas murallas de Tolosa! ¿Qué dirá de esta nacion que arrostra inerme las legiones invencibles del grande, del omnipotente capitan del siglo, de esta lucha á cuya sombra se trastorna la política de Europa, y prepara la caida de un coloso de grandeza?. ¿Y habrá quien todavía se lamente de que no hayamos corrido á recibir un yugo de humillacion y vilipendio? La hipótesis de lo que hubiésemos sido á recibirle humildes, es un ente de razon que cada uno puede revestir de los colores que le agraden: la gloria de la resistencia es un hecho real y positivo. Los frutos de la guerra no han sido todos dulces; poco importa: los esfuerzos no serán perdidos. En guerras, en revoluciones, sabido es que no se coge todo el fruto de lo que se siembra: cada generacion trabaja en beneficio de la que le sigue: los hijos viven del sudor y trabajo de sus padres. Si los hombres fuesen todos egoistas

y quisiesen disfrutar en vida, pocas cosas grandes saldrian de sus manos. Probablemente no se hubiesen echado nunca los cimientos de la iglesia de San Pedro, ni ningun rey de Egipto hubiera pensado en la ereccion de las pirámides.

UN TRIUNFO EN ROMA.

La aurora se presenta risueña, con magníficas galas adornada. Saluda en toda la pompa de la reproduccion la naturaleza bulliciosa al nuevo dia. Ya doran los rayos del sol la cima del Capitolio, los chapiteles de los templos magnificos, monumentos grandiosos cuyas cabezas van al cielo, ya bañan poco á poco la ciudad inmensa, señora de las gentes. Se escucha un sordo ruido, precursor de un bullicio estrepitoso. El pueblo sale, é inunda las calles, las plazas, el campo de Marte, el foro inmenso, mar de tantas tempestades. Se abren las puertas de los templos; ya humea la sangre de las víctimas delante de las aras de los dioses inmortales.

¿Qué fiesta, qué espectáculo grande se prepara? ¿A dónde marcha apresurada la muchedumbre toda? ¿A qué esos arcos decorados de laureles, que se erigen con tal pompa? ¿Por qué el Senado se está reuniendo con ese aparato desusado? ¿Por qué ensordecen el aire esas trompetas que anuncian dias de victoria? ¿Por qué tantas flores, tantos sacrificios, tantos himnos por las plazas y las calles? ¿Qué solennidad aguarda al pueblo rey?

Le aguarda un triunfo.

¡Roma, Roma! ¡Qué grande, qué magnifica, qué gigantesca, qué sublime has sido! ¿Quién te comprende? ¿Qué imaginacion te abraza? ¿Qué pensamiento te sigue en tu alto vuelo? ¿Qué pluma, qué lira ó trompa de poeta pueden cantarte dignamente?

¡Roma! ¡mi corazon no ama el nombre que ha dejado! No son mis simpatías para la memoria de un pueblo conquistador que ató á su carro todas las naciones de la tierra, que se enriqueció con sus despojos, se gozó en sus lágrimas y servidumbre, se bañó en su sangre, y se hizo tan célebre por sus furores y carácter sanguinario, como por sus valentías y proezas.

Mas cuando se trata de admirarte ¡oh pueblo grande!; cuando se ocupa mi ardiente fantasía de un coloso; cuando contemplo tus hazañas, tus conquistas; cuando recuerdo tus artes, tu legislacion y tu política; cuando en el mas pequeño monumento que nos has dejado contemplo el sello de tu sabiduría y de tu genio, no puedo menos de rendir un homenaje á tu grandeza.

Europa con sus artes, con su civilizacion y con su industria, no es en muchos sentidos mas que un pigméo comparada contigo, excelsa Roma. Por mucho que sea nuestro orgullo, por mucho que blasonemos de nuestros adelantos, necesitamos humillar la frente al aspecto solo de los restos venerandos que nos quedan de tí, nacion célebre destinada á vencer, á sujetar la tierra.

Serán en efecto objetos eternos de curiosidad y admiracion los restos de tus templos, de tus arcos triunfales, de tus puentes, de tus circos, de tus admirables caminos militares; y no es extraño que tú, que disponias de los despojos de todas las naciones, excedieses en magnificencia á una moderna, punto imperceptible en tanta extension de poder y de grandeza.

Muchas fiestas, muchas solemnidades te hermoseaban y daban singular realce á tu existencia pública. El *triunfo* era la mayor, la mas espléndida, la mas popular y apetecida para tí, que vivias por la guerra: para tí, que mirabas la conquista como una necesidad de tu existencia misma.

Era el triunfo el sello del vencer, el monumento vivo de conquista, el complemento de la gloria. Desde que tomaba el cónsul el mando de un ejército, era el triunfo el blanco de sus pensamientos, el resorte de toda su conducta, la fantasma que le asediaba noche y dia. Por obtener este triunfo sudaba, se exponia á los mayores riesgos, y corria cien ve-

ces á la muerte si era necesario. Por hacerle espléndido se afanaba en proporcionarse los cautivos mas ilustres. Por enriquecer el tesoro nacional, despojaba sin misericordia á los pueblos conquistados. Asi el amor propio, la ambicion, la sed de gloria que aquejaba al general, estaban admirablemente enlazados con el amor propio, la sed de victorias, y la gloria de la misma patria. ¿Cómo no se habia de vencer con estímulos tan poderosos, con un conocimiento tan profundo de lo que arrastra al corazon humano?

Avanza el sol en su carrera: á cada instante crecen las olas de la muchedumbre ciega, ansiosa del espectáculo anunciado. Es el que va á triunfar un general querido del pueblo, tan generoso como audaz, tan sediento de despojos como de prodigarlos á la muchedumbre. El pueblo romano celebra y canta sus hazañas. Los veteranos las confirman, y enseñan orgullosos las cicatrices de las heridas que han recibido en su servicio.

Y se acerca el momento deseado. Ya cien mil clarines y trompetas anuncian la llegada de los que acaban de añadir una provincia mas al dominio del imperio, y humillar á un rey que arrostró el inmenso poder de la república. Prorumpe el pueblo en nuevos gritos de arrebato y de entusiasmo. Se precipita ciego á presenciar la augusta pompa, el espectáculo mas solemne, mas grandioso que se pudo ofrecer á pueblo alguno.

Abren la marcha los sacerdotes de los dioses inmortales, cubiertos de sus vestiduras, en que resplandecen el oro y las piedras mas preciosas. Sigue el senado romano, esta asamblea de reyes, ante cuyo trono se humillan todos los monarcas de la tierra; este senado donde figuran tantos hombres grandes, que han encanecido administrando los negocios del estado, dando los decretos que deciden la suerte de las naciones conquistadas. Muchos de ellos han vencido tambien pueblos, y sido los héroes de aquel espectáculo solemne. Tambien han palpitado sus corazones al entrar triunfantes y recibir los aplausos á que excitan ahora con su ejemplo.

Siguen los despojos de la nacion cuyo vencimiento se celebra. El oro, la plata, las piedras preciosas, cuanto enri-

quecer puede el tesoro nacional; cuantos objetos preciosos y raros pueden atraer la curiosidad del pueblo, y dar un testimonio de lo importante que ha sido la conquista. Y no escasea el vencedor estos testimonios de su victoria y de su gloria. Con ardor los ha buscado y recogido. Por mostrarlos á sus conciudadanos ha trabajado y afanado noche y dia. Los monumentos de artes que han sido trasportables, tambien figuran en esta coleccion magnífica. ¿Quién cuenta su riqueza? ¿quién describe sus primores? Nuestros generales no presentan cuando vuelven victoriosos tan ricos monumentos de su saber y su osadía.

Se aflije el corazon sensible: sufre la humanidad en presencia del espectáculo que sigue: lágrimas y desventura horrible le señalan, mas no entristecen al pueblo que ve en ellos un nuevo estímulo de orgullo, un monumento mas que acredita su inmenso poderío. Encadenado mira delante del carro vencedor al rey que insultó á la majestad de la república romana. Le acompaña su esposa, trémula, convulsiva, con rostro demudado, bañadas en llanto sus mejillas. Le acompañan sus hijos, de diferente edad y sexo, sus amigos, sus parientes, cuantos magnates suyos ha podido haber á las manos el crudo vencedor, que no se ha curado nada de sus lágrimas. Todos van encadenados, con los ojos bajos, devorando su dolor y el cruel sentimiento de su oprobio. Todos tienen á la vista la suerte mas cruel aun que les espera. ¡Qué vicisitudes horribles de la suerte! ¡Oh guerra! ¿quién te aplaude? Los modernos la hacen con menos ferocidad que los antiguos. Los vencidos no sirven de ludibrio á los orgullosos vencedores. No llevan sus manos las cadenas de su servidumbre. No van á ser asesinados en la cárcel pública, despues de adornar el carro de triunfo del cónsul que acaba de humillarlos.

Se acerca este carro de victoria. Cuatro caballos blancos como la nieve tiran, cubiertos de oro y piedras, de este trono de esplendor y gloria. El vencedor va en pie vestido de púrpura, ceñida de laureles su cabeza, con el cetro en la mano, con un semblante que respira el placer que le arrebata. ¿A qué mas puede aspirar un corazon de elevados senti-

mientos? La muchedumbre inmensa fija en él sus ojos de entusiasmo, y prorumpe en gritos de alegría. Las tropas que siguen su carro, y han sido partícipes de sus trabajos y fatigas cantan las victorias que han sido su glorioso resultado. Toda la ciudad inmensa, señora del orbe conocido, se ocupa y está absorvida en el que triunfa. Las trompas, los clarines, los aplausos, los vivas, el ruido general, el brillo de los arcos triunfales, el humo de las víctimas que se inmolan en las calles, la pompa, el esplendor de tantos trajes, todo causa una embriaguez universal; y ¿quién puede pintar tanto arrebato?

La pompa camina lentamente. Al Capitolio encamina su marcha la inmensa muchedumbre á presenciar la llegada del cónsul que se apea de su carro de triunfo, y dirige, precedido de la solemne comitiva, sus plantas hácia el templo del gefe del olimpo. Al Dios Optimo Máximo, al padre de los dioses inmortales, va á dar gracias por el triunfo que le dispensa el pueblo: ante sus aras va á deponer la corona de laurel que ciñe sus sienes, que representa sus victorias. A Júpiter Optimo Máximo! Los romanos no conciben que se pueda hacer nada grande sobre la tierra sin el auxilio de su brazo poderoso. El favor de los dioses inmortales imploran en todo lance crítico, sobre todo en el momento solemne del combate. Sin algun signo visible de su buena voluntad, ni empeñan este conflicto, ni se mueven apenas de su campamento. Ser querido de los dioses es el mas esplendente título de gloria. Descender de ellos es un blason á cuyo mérito no llega pluma ni trompeta alguna.

Se arrodilla el vencedor ante las aras de este Dios supremo. Humea el incienso, y llena el templo inmenso. Se levanta luego, y con su mano inmola cien toros blancos ornados de flores, cuyos mujidos se confunden en el aplauso universal, en los himnos, en los cánticos sagrados, en elogio todos de los dioses, del triunfador, del pueblo mismo que le tributa tanta honra.

Despues de haber apurado la copa de la gloria y del aplauso, torna el triunfador, seguido siempre de la misma comitiva, al seno de sus lares, donde le espera una familia

sedienta ya de saludar y abrazar al que ya la cubre de esplendor y gloria. ¡Qué descanso delicioso! El corazon del que ya nada puede desear como hombre público, halla en las caricias de una matrona respetable y en las de sus tiernos hijos un dulce desahogo á tan fuertes y sublimes emociones.

Las fiestas siguen. Los bueyes inmolados van á adornar los banquetes celebrados en obsequio de los dioses inmortales. Para todo el pueblo romano ha traido presentes el cónsul victorioso. No contento con darles un espectáculo sublime, ha cuidado de sus placeres, de cuanto contribuye á la festividad de aquel solemne dia. Manjares con profusion se distribuyen á la inmensa muchedumbre. Mesas á miles se erigen en las calles, en las plazas, en el foro, en las orillas del Tiber, que repite los ecos de júbilo con que los aires se ensordecen. Músicas, danzas marciales son pequeña expresion de tanto regocijo. Para consumar la embriaguez y encender hasta el extremo el entusiasmo, se precipita el pueblo inmenso al circo; al circo, donde estan los goces que mas le encienden y arrebatan.

Para este momento, para dar realce á un espectáculo, favorita diversion del pueblo romano, ha reservado el triunfador el mayor lujo, la magnificencia mas pomposa. Aquí es donde mas brilla su prodigalidad y su anhelo de atraerse las voluntades de sus conciudadanos. Ya resuenan en los aires los rugidos de los tigres, de los leones, de otras fieras, á costa de tesoros adquiridos. A trescientos llega el número de estos feroces animales, que, con sus garras, levantan nubes de polvo en la anchurosa arena, y con ensangrentados ojos devoran el acero de los gladiadores. ¡Qué espectáculo para el pueblo feroz y sanguinario á tales escenas enseñado! ¡Con qué gritos de entusiasmo y de furor provoca aquella lid apetecida! ¡Cómo aplaude la sangre que corre, y al gladiador que cae bañado en la suya despues de ejecutar un grande acto de osadía! Las fieras y los hombres todos ensangrientan aquella arena tremebunda; se mezclan los rugidos con los gritos frenéticos de la muchedumbre. Se confunde el último aliento del leon que cae con el del hombre que en sus últimos momentos convulsivos destrozó en sus garras. Si los gla-

diadores sobreviven á las fieras, irán á ejercer su furor unos con otros. Asi lo manda el pueblo, que de sangre se ve saciado pocas veces. A torrentes corre ya la de la arena. Sembrada está ya toda de cadáveres.

Las sombras de la noche comienzan á envolver en luto tan bárbaro espectáculo, y el pueblo se retira á sus hogares satisfecho. Asi termina el dia. ¿No ha sido bastante agitado para que el hombre busque los brazos del reposo? La noche ofrecia pocos placeres á los pueblos de la antigüedad; el sol alumbraba sus goces, sus diversiones, sus solemnidades. Solo la intemperancia se acogia en ocasiones á su seno tenebroso; mas la vida pública terminaba con el dia. No habia ya pueblo romano en las sombras de la noche.

Tal es un pequeño bosquejo del gran cuadro que representa un triunfo en Roma. No amamos este nombre, no. Respetámos demasiado los derechos de la humanidad para que nos complazcamos en verlos violados muchas veces de un modo tan solemne. Mas ¿qué espectáculo parecido han presentado las naciones de la Europa? ¿Qué guerrero de la edad moderna recibió nunca tan noble recompensa? La nacion que daba tal esplendor á la victoria debia vencer siempre. Asi venció Roma hasta que las pasiones y los vicios, consecuencias de su riqueza, de su inmenso poderío, la vencieron á ella misma.

CRÓNICA MILITAR

desde el 20 de junio hasta el dia de la publicacion de este periódico.

Varios sucesos, prósperos para nuestras armas, señalan los dias trascurridos desde el 20 de junio hasta este momento en que escribimos, á saber, la toma de la plaza y castillo

de Peñacerrada: la destruccion de la faccion de Orejita por las tropas del cuerpo de reserva: una ventaja conseguida por la division del general Ulibarri en la provincia de Cuenca: la derrota de tres batallones y dos escuadrones facciosos por el virey en cargos de Navarra el 23 del pasado cerca de Monreal: una accion en Bercedo provincia de Santander, mandada por el comandante general del cuerpo de ejército de la izquierda, con otras varias en mucho mas pequeña escala. El mes no ha sido muy fecundo en cosas importantes; y aunque no es nuestro ánimo el indicar que dejen de serlo los sucesos insinuados, está siempre suspensa la atencion del público y excitada su ansiedad, porque las cosas no van con toda la velocidad que se desea. El principio de la campaña actual prometia en efecto mas definitivos resultados. La derrota de Basilio y Negri, la tentativa infructuosa de las tropas de Cabrera de aposesionarse del pais fértil de Aragon, esta conviccion en que ya se halla todo el mundo de que las simpatías del interior del pais no son en favor del Pretendiente, daban motivo para pensar que se redoblarian los esfuerzos, á fin de utilizar tan ventajosa coyuntura. La ocasion no podia ser mas oportuna: todo convidaba y convida á aprovecharla. La prolongacion de la guerra nos consume y aniquila: para nuestros enemigos, mientras dura, no puede morir nunca la esperanza. El mes de julio está á la mitad; los meses de verano se pasan como un soplo. ¿Llegará el invierno cogiéndonos en la misma incertidumbre? ¿Será precisa todavía otra ó mas campañas para dar el golpe de gracia á nuestros enemigos? Es una horrible perspectiva que queremos alejar de nuestros ojos, y que deseamos no hiera nunca los del público.

Dejemos el campo de las probabilidades de un porvenir tan incierto y mal seguro; pasemos al presente que nos ofrece lo que es real y positivo.

Cualquiera que conozca la situacion de Peñacerrada se penetrará de la importancia de su toma. En ella ha lucido como siempre el valor de nuestras tropas, y el arrojo que distingue á su digno general en gefe. En la relacion circunstanciada que de este hecho da el general gefe de estado

mayor de aquel ejército, hemos visto particularidides y pormenores que no quisiéramos se hubiesen dado al público. Los lectores sensatos las han notado lo mismo que nosotros, y no pueden menos de desear ardientemente que se use siempre de la mayor circunspeccion en cuanto sobre pormenores de operaciones y de movimientos se pone de presente. No basta que una cosa sea cierta para que merezca ser escrita; y si es un deber en el historiador no decir nunca la mentira, no siempre es prudencia decir toda clase de verdades. Y no llevamos mas lejos estas consideraciones, pues el asunto es de suyo bastante delicado. Nuestro deseo, nuestras inclinaciones, son siempre de alabar, mas tambien, hasta cierto punto, es un deber tomar el tono de censura; pues de otro modo ¿de qué utilidad seria la historia?

Repetimos que la toma de Peñacerrada es en nuestra opinion muy importante, y que nos alegramos de que semejante punto haya quedado en nuestras manos. Que esta ventaja sea seguida de otras de mas cuenta, es nuestro gran deseo y el del público. El general en gefe de aquel ejército tiene demasiada opinion de activo y eficaz, para que en esta parte inspire la mas pequeña desconfianza. Todas cuantas noticias nos llegan de aquellas tropas, nos las pintan en un brillante estado de subordinacion, de disciplina, animadas del mejor espíritu, deseosas á cada paso de batirse. ¿Qué puede faltar, pues, al ejército del norte? Medios pecuniarios, recursos de toda especie, que siempre van escasos. ¿No saldrémos nunca de penurias y miserias? ¿Estaremos haciendo siempre sacrificios que, á fuer de lentos, son inútiles, cuando empleados con mas energía, con mas velocidad de accion, pudieran producir tan felices resultados? Esfuerzos grandes, impulsos vigorosos, actos imponentes de hostilidad, exige la guerra, hoy mas que nunca. ¡Cuidado con no perder por sobra de inaccion las ventajas conseguidas en estos últimos diez meses!

Los facciosos del norte no pueden estar mas que divididos, agitados por la discordia, desmoralizados. Una parte de los principales gefes estan presos; los que han desplegado

mas valor y mas saber, acaso desgraciados por esta sola circunstancia. Si la córte de Estella es pobre en recursos y genio militar, es riquísima en intrigas: todo el mundo sabe hasta qué punto se hallan divididos los que quieren el restablecimiento del poder absoluto con cierta lenidad ó ilustracion, y los que aspiran á que vuelva á aparecer con todos los síntomas de la reaccion y la venganza. ¿Y cómo ha de suceder otra cosa, con un príncipe á la cabeza como el Pretendiente? ¿Qué estabilidad de sistema y de principios se debe esperar de semejante córte? ¿Qué impulso fuerte de accion, qué concierto en las operaciones, qué bandera de hombres y de cosas se puede esperar de un príncipe sin luces, sin saber, sin mundo, sin conocimiento de los hombres, sin mas guia que sus preocupaciones, robustecidas por sus viles cortesanos?

Y si á todo esto añadimos la entidad de Muñagorri y de sus partidarios, que no dejará de ser muy numerosa, debemos contar, sin pasar por temerarios, con que el ejército de los carlistas en las provincias Vascongadas y en Navarra se halla bajo mil aspectos en la situacion física y moral, en el estado que debe desearle un hábil enemigo dispuesto siempre á sacar todo el partido posible de sus faltas.

Mucho deseamos, pues, que este ejército del norte entre en operaciones de importancia, y tome el carácter imponente á que todo le convida. La guerra comenzó en aquel pais, allí tomó incremento, se desarrolló del todo, y adquirió su grandísima importancia. Allí debe terminar, y quedar destruida. En las montañas de aquellos paises se deben exhalar los últimos suspiros de la rebelion y la discordia que nos despedaza.

La ventaja conseguida por el comandante general del cuerpo de ejército de la izquierda es de consideracion, y puede influir mucho en tranquilizar toda la provincia de Santander sobre la posibilidad de la vuelta y ocupacion de su territorio por los enemigos que han tratado de devastarle tantas veces.

De iguales temores acaba de libertar al alto Aragon el virey en cargos de Navarra, haciendo retroceder los batallo-

nes que venian á invadirle, y que retrocedieron hácia Aoiz. No sabemos si volverán á la misma tentativa, repetida unas veces sin efecto, y otras con resultados tan desagradables para ellos.

A no ser por las devastaciones de que son víctimas los pueblos, por los desórdenes de toda clase que originan, por las interceptaciones de la correspondencia, por lo que paralizan las operaciones de comercio, y toda industria que del movimiento vive, desearíamos que se repitiesen estas expediciones de facciosos en el interior de las provincias, á causa de los desengaños que les producen, y las pérdidas que en realidad les acarrean. Mas son pruebas para nosotros tan costosas, tan temibles, que no deseamos ni desear debe nadie á las tropas de las provincias Vascongadas otro fin que en el interior de sus montañas, como ya hemos insinuado. Allí deben rendir las armas; allí quedar por lo menos para siempre neutralizada su potencia.

La derrota de la faccion de Orejita por las tropas del general Narvaez, es siempre de importancia, y confirma nuestras ideas y esperanza de que las provincias de Ciudad-Real y de Toledo queden desembarazadas de las facciones que desde tanto tiempo las infestan. La seguridad del camino Real de Andalucía es una de las cosas mas importantes que se deben esperar de la permanencia en aquel pais del cuerpo de reserva. ¿Y dónde puede estar mejor situado? Extremadura pronto comenzará á sentir los efectos de esta medida saludable.

Ya es tiempo de que las provincias de Ciudad Real y de Toledo comiencen á respirar despues de tantas desgracias, devataciones y miserias. Solo con el bajo Aragon se puede comparar en lo asolado y devastado aquel pais, que por su situacion entre Madrid y las Andalucías, por su despoblacion, por sus llanuras dilatadas, convida á tantas incursiones, sobre todo á la caballería irregular, tan susceptible de toda fatiga en cualquier sentido imaginable. Con numerosa caballería se pueden solamente neutralizar por nuestra parte sus efectos siempre desastrosos. Con columnas de caballería que no descansen nunca; con otras de infantería en paises donde

las primeras no tengan terreno conveniente; con un movimiento continuo en fin que sirva de abrigo y de seguridad á los puestos que se establezcan en los caminos militares; solo así se podrá conseguir ver aliviado aquel pais, para el cual es ya el reposo de una necesidad indispensable.

El ejército del centro no ofrece ninguna accion de guerra á nuestra crónica. Desde la de Muniesa, de que hemos dado cuenta en nuestro número anterior, no se ha visto nada de esta clase. Mas ya que lo real y positivo ofrece tan poco que decir, se presenta en perspectiva lo que resarcirá tal vez con usura aquesta falta. El general Oraá se ha movido hácia Aragon: el general D. Santos San Miguel ha salido de Zaragoza en busca suya, llevándose consigo batería y media con todo el material correspondiente. A la hora esta ya se han visto los dos gefes. Los ojos de todo Aragon estan fijos sobre sus operaciones; tambien lo estan los de casi todo el público español, pues nadie desconoce la importancia de lo que hay que hacer en el terreno del ejército del centro. La posicion de dos puntos fuertes, he aqui el objeto á que se encaminan todos los deseos. Estos puntos son como un cáncer que roe el corazon de todo el pais que los circonda. A su sombra se cometen mil violencias, se hacen amenazas, se saquea y devasta el pais, se le dan leyes, se le imponen contribuciones, y se abren los calabozos que van á ser sepulcro en vida de los que se atreven á resistir á sus supremas voluntades. Antros de bandidos, sitios de miseria y lágrimas son hoy Morella y Cantavieja. Considerados son por los facciosos como inexpugnables baluartes, como depósito de armas, de pertrechos militares, como fábricas de fundicion, como arsenales, en fin como capitales de todos sus dominios en aquellas partes. ¿Lo serán por mucho tiempo? He aqui el problema que vá á resolver muy pronto el ejército del centro. Con él está ya unida la division del general Pardiñas.

Esta guerra en que nos vemos desde cinco años empeñados, absorve á tal punto la atencion, que todos los demas acontecimientos, por grandes que parezcan, quedan obscurecidos delante de su importancia. A todos ocurre, con todos los

partidos está enlazada, á todos los afecta en sus vitales intereses; y por frívolo y ligero que sea el escritor, apenas hay pluma que directa ó indirectamente no se ocupe en ella. Para todos es un asunto de grandísimo interés, para ninguno puede ser indiferente. Todos los partidos en que se halla subdividido el que reconoce la Constitucion de 1837 por bandera, convergen á este punto de la Guerra civil como foco de todos sus pensamientos políticos, como el asunto mas vital de cuantos existen en la sociedad entera; para todos es un espantajo que los arredra, al querer llevar demasiado adelante sus proyectos exclusivos, marcados con el sello de la intolerancia. Todos están perfectamente convencidos de que, si se abandonan demasiado al espíritu de desconfianza y de discordia, no trabajan mas que en beneficio de D. Cárlos. Todos se espantan á la idea de que se aproveche un dia demasiado este enemigo comun de nuestras disensiones para reinar en seguida sobre las ruinas de unos y otros. Ya que tocamos este punto de los males futuros que pudieran producirnos nuestras disensiones llevadas á un exceso, una cuestion nos ocurre en el momento. ¿Contribuyeron los movimientos de 1835 y 1886 á mejorar la causa de D. Cárlos? ¿Empeoraron la suerte del ejército? ¿Dieron á nuestro ejército algun triunfo verdadero? Si antes de terminar este número hubiésemos visto decidida esta cuestion en tono afirmativo por periódicos que la explotan en beneficio de un partido, la hubiésemos tratado nosotros en los artículos relativos á la guerra actual; mas ya haremos ver en el número siguiente, no por raciocinios vagos en falsos datos apoyados, sino por hechos positivos, que ni el movimiento de 1835, ni el de 1836 redundaron en ventaja alguna para nuestros irreconciliables enemigos. Y no porque neguemos que estos movimientos han sido sin efectos para ellos, desconocemos que otros ulteriores puedan producirlos.

Terminaremos este número, á falta de datos positivos con que llenar un artículo de crónica, manifestando nuestros deseos de que ofrezca materia mas abundante para el perteneciente al mes de agosto. Para entonces ya suponemos que el ejército del Norte haya tomado una actitud aun mas im-

ponente, y que se hable de la toma de Peña-Cerrada como una ventaja que ha sido preludio de otras mas interesantes. Tambien esperamos que el cuerpo de reserva, bien situado en todas sus partes, esté empeñado en movimientos que satisfágan completamente las miras del Gobierno y las del público; presentando al fin toda la España que se halla al sur del Tajo en un completo estado de tranquilidad y de órden. Asimismo nos alienta la consoladora idea de que para el mismo número tengamos que decir mucho bueno del interesante ejército del centro, hoy ocupado, al parecer, en proyectos de tanta utilidad y trascendencia.

Esperamos sobre todo que recursos abundantes y muy prontos vayan á dar á las operaciones militares toda aquella actividad y energía que hoy necesitan mas que nunca. La guerra es muy costosa: ninguna necesidad social exige tan dolorosos sacrificios. Cuando consideramos las infinitas atenciones que rodean á un general que se halla al frente de un cuerpo numeroso, los apuros que le aquejan dia y noche, y el tiempo que el vencer obstáculos tal vez insuperables, roba á las mismas atenciones del mando militar, no hacemos coro con los que se quejan de su falta de actividad y de energía. ¡No! Cuando un general tiene que cabilar sobre el modo con que dará á sus tropas su racion de pan, y unas miserables sobras; cuando todos le piden y le asaltan pidiéndole lo que no tiene, cuando se ve en precision de apelar al recurso de las exacciones, y en la alternativa ó de mostrarse duro con los pueblos, ó dejar en sus necesidades al soldado; es su situacion la mas dura y mas intolerable que pueda imaginarse. En otras naciones y ejércitos se ocupa un general tan solo en planes de campaña, en arreglar operaciones militares. Los demas pormenores no le atañen mas que para fiscalizar, y para abrumar con todo el rigor de su suprema autoridad, á los que faltan á sus obligaciones. Entre nosotros tiene un general que hacer muchas veces las de intendente, de comisario, de factor, de contralor de hospitales. Y despues de devanarse los sesos dia y noche con miserables pequeñeces, se ve acusado ó de que no se mueve, ó de que oprime los pueblos con contribuciones ar-

Siguen las maniobras de la infantería.

Volvamos á nuestras evoluciones en órden de batalla. Tratemos de los cambios de frente de un batallon formado en esta línea. El objeto del movimiento es adelantar ó retirar una ala de la línea, ó adelantar la una y retirar la otra al mismo tiempo. Las dos primeras se hacen por uno de los dos costados: la tercera se verifica por el centro.

Cuando se quiere cambiar el frente de un batallon formado en batalla adelantando una de las alas, se reducirá la evolucion á lo que hemos dicho sobre las conversiones en batalla. Si el ala se quiere adelantar muy poco, conversará efectivamente el batallon sobre el costado fijo: si la nueva direccion forma con la antigua un ángulo que se acerque al recto, se formará la columna cerrada sobre el costado fijo, se cambiará su direccion en el sentido de lo que debe adelantar la que sale, y se desplegará en seguida.

Si en lugar de adelantar una ala hubiese que retirarla, se formará en masa sobre el ala fija; se cambiará su direccion á retaguardia en el sentido de lo en que se debe retirar la otra, y se desplegará.

Si se quiere cambiar el frente de batalla adelantando una ala y retirando la otra, la operacion es mucho mas sencilla y mas breve todavía. Para esto se formará la columna cerrada sobre el centro, se dará á esta la nueva direccion de la línea de batalla, y se desplegará en seguida sobre el mismo peloton en que se ha formado la columna.

Siempre que se quiera cambiar el frente de la línea de batalla se ejecutará por el centro, por ser operacion mas breve y menos complicada; y solo en caso de ser absolutamente indispensable avanzar ó retirar una ala sola de la línea, se usarán los dos primeros métodos.

Las tres evoluciones que acabamos de describir parecerán quizá mas largas que las que se prescriben en el reglamento de la infantería española; pero no lo son en realidad si se examinan unas y otras. Segun el reglamento, se coloca para la primera operacion el peloton del costado fijo en el sentido de la nueva línea; los pelotones conversan en seguida á pie firme, y marchan aisladamente por la diagonal hasta la altura de la nueva línea de batalla, cambiando en seguida de direccion para encajonarse en el hueco que les corresponde: si el ala en vez de avanzarse se retira, se coloca asimismo en la nueva direccion el peloton del costado fijo: los demas dan media vuelta á la izquierda, conversan en seguida, se dirigen por la diagonal á la nueva línea de batalla, la cortan, dan otra media vuelta á la izquierda, y concluyen entrando succesivamente en el claro respectivo.

El cambio central adelantando una ala y retirando la otra es mas complicado todavía, porque se compone de las dos evoluciones cada una en su costado respectivo.

Todas estas evoluciones tienen el inconveniente que hemos indicado en los pases del órden de columna al de batalla, marchando los pelotones por la diagonal para llegar al hueco que les corresponde de la línea. Este método abre demasiado campo al desórden y á las fluctuaciones; inconveniente que es mucho mas inevitable cuando estos pelotones, despues de haber dado media vuelta á la izquierda, marchan por esta diagonal en retirada; y si, ademas de todas estas desventajas, contamos con las que resultan de ejecutar los cambios á paso redoblado, concluiremos que el método de las columnas cerradas desempeña el mismo objeto en casi el mismo tiempo con mayor exactitud, mayor precision y menos riesgo.

Volvemos á repetir que la formacion de estas columnas cerradas en la guerra son de una utilidad que no se puede recomendar bastante á toda suerte de lectores. Su mecanismo es muy sencillo, su movimiento el menos sujeto á oscilaciones y errores, su despliegue cómodo y aplicable á todas direcciones; y como reduce el batallon al menor volúmen posible (si nos es permitido usar de esta expresion) le deja mas á cubierto de los tiros enemigos; circunstancia inapre-

ciable en todo movimiento donde la accion de dañar queda suspendida necesariamente.

El reglamento de la infantería española prescribe una evolucion llamada *columna de ataque*, por la que todas las mitades de compañía desfilan á derecha é izquierda, y descabezan á retaguardia, para formar una columna en masa detrás de las dos mitades del centro de la línea que permanecen fijas. Esta evolucion no produce en nuestro concepto ninguna sólida ventaja. La formacion de la columna cerrada por el método comun desempeña el mismo objeto, y ofrece ademas la grandísima ventaja de que se puede colocar á la cabeza de ella la compañía del costado que se quiera, lo que no sucede en esta columna de ataque, en que se hallan siempre al frente unas mismas mitades centrales. Y ¿qué ventajas puede producir el formar cada seccion de dos mitades que pertenecen á dos diferentes compañías?

El lector comprenderá muy bien que, cuando nombramos *reglamento de la infantería*, nos dirigimos particularmente á los oficiales de esta arma que tienen obligacion de conocerle. Ni estos ni otro alguno podrán achacar á presuncion que indiquemos algunos de sus defectos. Y ¿qué sale sin defectos de la mano de los hombres? Los principales del reglamento son, á nuestro parecer, el suponer casos que muy rara vez pueden existir, y el no adoptar para ellos las operaciones mas sencillas que posibles sean. El no suponer nunca que la línea de batalla se pueda formar en el órden invertido de las compañías, es una falta grave, en nuestra opinion: la formacion de las columnas por mitades á retaguardia no tiene aplicacion: el despliegue de la batalla al frente es muy vicioso; el despliege con el frente á retaguardia adolece de este mismo defecto. La mayor parte de lo que se prescribe para las evoluciones en batalla supone casos inventados expresamente para idear una maniobra tan complicada, como gratuita la necesidad de practicarla. Y estos defectos sobresalen mucho mas en las evoluciones de línea, como lo haremos ver en breve. Sentimos ser tan explícitos; mas no podemos menos de decir que el reglamento de la infantería es susceptible de muchísimas mejoras; que muchos de los movimientos que

prescribe ó no son aplicables, ó no satisfacen las condiciones de la buena táctica, que tiende á obtener prontos resultados por los medios mas sencillos. Volvemos á repetirlo, cuanto menos sean las evoluciones que se enseñen al soldado, mas práctica adquirirá, y será completa su instruccion en esta parte.

Las evoluciones que hemos insinuado á nuestro batallon suponen que combate con otra infantería. Cuando tenga que medirse con caballería, son necesarias otras precauciones relativas tan solo á dicha circunstancia.

Cuando esta caballería no puede atacar mas que de frente y en poco numero por un breve espacio de tiempo, bastará que el batallon formado como se halla en línea de batalla haga fuego todo al mismo tiempo para neutralizar ó hacer retroceder la caballería atacadora. Si esta se muestra un poco pertinaz, será mucho mas útil que el batallon haga fuego por filas separadas, pues de este modo se prolongan sus medios de dañar y de cansar la constancia del ataque.

Al gefe de este batallon compete el elegir de los dos métodos el que le parezca mas útil para el caso. En la guerra se prescriben reglas generales. Su buena aplicacion pende del tino del que manda, y sin este tino no es posible gefe alguno. El arte de la guerra es conjetural, enteramente práctico como ya lo hemos indicado. No se halla siempre en los libros, y sí en la cabeza del caudillo, que en muchas ocasiones tiene que obrar contra las reglas que le han enseñado en los campos de instruccion y en los colegios.

Si el ataque de la caballería es mas considerable, se podrá doblar el fondo del batallon formándole sobre seis filas. La primera pondrá la rodilla en tierra y presentará la bayoneta al frente. Las tres filas siguientes harán fuego graneado: las dos últimas permanecerán de reserva prontas á llenar los claros que dejen los que caen á vanguardia. Con semejante actitud, hay los medios de detener á cualquiera caballería que no sea muy numerosa y pueda repetir con frecuencia estos ataques. Mas no tenemos que olvidarlo: la infantería de quien se exige este servicio debe estar muy ejercitada y dotada de mucha sangre fria. No hay para ella

mas críticos momentos que estos ataques repetidos. El menor desórden, la menor perturbacion pueden ser seguidos de su completa ruina; una vez que el caballo penetre por sus filas todo lo arrolla sin remedio, si el terreno es llano, ó se presta de otro modo á su velocísima eficacia.

Mas si la caballería puede atacar nuestro batallon por todas partes, las precauciones indicadas hasta ahora son inútiles; es necesario que en el mismo sentido se le ofrezca resistencia. El lector concibe muy bien que se trata aquí de la formacion de lo que se llama vulgarmente *un cuadro*.

El cuadro de nuestro batallon será *sencillo* ó *doble*, es decir que constará cada lado de tres filas ó de seis, segun ocurra el caso.

Supongamos el primero. Está formado nuestro batallon en columnas por compañías. Se duplica el frente de cada seccion de modo que cada una se componga de dos compañías. Las dos de la cabeza permanecen fijas: la tercera y la quinta conversarán por la derecha: la cuarta y la sexta por la izquierda, mientras que la última seccion se adelanta hasta que toquen sus dos costados los de la quinta y sexta compañías: inmediatamente darán media vuelta á la izquierda, y resultará de este modo un cuadro perfecto con dos compañías en cada uno de sus lados.

La evolucion de pasar este cuadro al órden de columna es tan sencilla, que apenas vale la pena de explicarla; la tercera y quinta compañías harán á la izquierda; la cuarta y la sexta á la derecha. Mientras la primera y la segunda marchan de frente la distancia de una compañía, descabezan las demas á retaguardia, de modo que se vienen á encontrar la tercera con la cuarta y la quinta con la sexta. La sétima y la octava darán media vuelta á la izquierda, y quedará la columna en la misma posicion de antes.

La evolucion anterior nos ha producido un cuadro ó cuadrado perfecto. Tambien si fuese necesario tendríamos un rectángulo ó cuadrilongo sin necesidad de doblar el frente de las secciones como arriba. Supongamos nuestro batallon formado en columna por compañías; pongamos las secciones á media distancia; las mitades de la derecha de la segunda,

tercera, cuarta, quinta, sexta y sétima compañías conversarán por la derecha; las mitades izquierdas de los mismos lo ejecutarán por la izquierda. La última ú octava pasará á llenar el hueco que le ha dejado la séptima, y dando media vuelta á la izquierda nos resultará un rectángulo con una compañía en dos de sus lados y tres en los otros dos opuestos. El mecanismo de la conversion de este cuadro en la columna primitiva queda ya explicado.

Pasemos ahora al *cuadro doble.* El batallon formará en columna por compañías y se pondrá á media distancia.

La segunda compañía estrechará sobre la primera. Las primeras mitades de la tercera, cuarta, quinta y sexta conversarán por cuartas sobre la derecha; las segundas mitades de las mismas lo ejecutarán igualmente por la izquierda; y las segundas cuartas estrecharán cada una sobre la primera respectiva. Las sétima y octava compañías avanzarán hasta llenar el claro que les han dejado las que están delante, y darán en seguida media vuelta á la izquierda para tener completo nuestro cuadro doble.

Si formado un cuadro sencillo se le quiere convertir en uno doble, el segundo peloton que forma con el primero la seccion de la cabeza girará á la derecha, y descabezará para desfilar y colocarse á retaguardia de este; las segundas mitades de las compañías laterales desfilarán para ponerse á retaguardia de sus primeras, y unas y otras marcharan por el flanco hasta cubrir los claros que resulten de este doblamiento de filas: la octava compañía desfilará sobre la sétima lo mismo que la segunda dobló sobre la primera.

No indicaremos el modo de llenar los claros que resulten de este movimiento. Son pormenores en que no podemos ni debemos entrar, como el lector conocerá muy fácilmente.

Si formado el cuadro doble queremos tener uno sencillo, la segunda y octava compañías desfilarán por la izquierda para ponerse al lado y formar en línea con la primera; y la sétima, la cuarta y sexta marcharán de frente emparejadas con las dos que desfilan, y cuando estas hagan alto girarán á la derecha. La tercera y la quinta girarán á la izquierda; para que las segundas mitades de estas compañías laterales

que han doblado sobre la primera puedan desembarazarse, marcharán de frente la primera y segunda compañías y las otras desfilarán, marcando el paso las segundas mitades hasta que tengan claro para seguir á las primeras, verificándose asi succesivamente por las demas para que el cuadrilongo resulte de tres filas sin ningun intérvalo.

El reglamento de la infantería española no prescribe estos cuadros para un batallon suelto, sin duda porque no lo juzga necesario. Sin embargo pueden ocurrir varios lances en que un batallon se encuentre aislado, y tenga que sufrir un choque de caballería que le puede asaltar por todos lados. Son tambien posibles otros en que, reunidos varios batallones, sea utilísimo formar con cada uno un cuadro separado para flanquearse mutuamente, como lo haremos ver dentro de muy breve.

Ya hemos dicho anteriormente que solo al tino del que manda el batallon que se ve atacado por caballería corresponde el juzgar si debe esperar formado en batalla, si doblar el fondo conservando la misma línea, ó tal vez formar el cuadro.

Tales son los movimientos y evoluciones principales que puede practicar un batallon de infantería, que es la unidad primitiva en línea de batalla. No puede ocurrir en la guerra ningun caso á que no sean aplicables. Por su sencilla indicacion se ve que todas ellas no son mas que preparativos de combate y una suspension de accion cuando esta ya no es útil en un punto y puede serlo en otro. Las evoluciones pues que llenen este objeto en menos tiempo, con mas precision, con menos exposicion y mas economía de terreno, son sin duda las mejores, como ya está dicho.

Por esto preferimos la marcha por columnas á la desfilada ó por los flancos, las columnas cerradas á las abiertas, y las formaciones en batalla desplegando masas á las que resultan por medio de conversiones, de compañías, marcha de estas por la línea diagonal, &c.

Los despliegues de las masas son sencillos y cómodos para el instructor, para los gefes de secciones, para los guias y la tropa. Los primeros tienen menos voces que dar, y me-

nos rectificaciones que hacer por sí mismos ó por medio de sus segundos ó ayudantes: los gefes de seccion que desfilan á la cabeza de los suyos pueden graduar mejor el punto donde deben hacer alto para entrar en la línea de batalla: los guias no tienen que destacarse desde grandes distancias para buscar el punto que los pone á cubierto de las otras en la línea; y las mismas compañías, marchando paralelamente á los que les preceden, no pueden extraviarse mucho de la verdadera línea de camino.

La marcha de flanco, que en grandes trechos y con largas filas forma necesariamente claros y exige mucha rectificacion cuando se vuelve al órden de batalla, es la mas fácil y sencilla si se practica con pequeños trozos y á cortísimas distancias, como sucede en todos los despliegues. Con un giro á la derecha ó á la izquierda se vuelve al frente de batalla. ¿Cuánto mas fácil es este mecanismo que el de nna conversion á pie firme, y particularmente si es sobre la marcha?

Por último, el sistema de las columnas cerradas ofrece la ventaja de que prestándose fácilmente á tantas evoluciones de importancia, aumentará la destreza de todos los individuos de nuestro batallon, á proporcion que los familiarice con unas mismas cosas.

La utilidad de llegar por los mas sencillos movimientos es aun mayor si se atiende á que la mayor fuerza de un estado libre son tropas colecticias, que no estan sobre las armas mas que un corto tiempo, y necesitan aprovecharle para atender á la instruccion que les es indispensable. Si el instructor se empeña en que adquiera igual destreza en todas las evoluciones que están escritas en los reglamentos, porque todas son posibles, tal vez no consagrarán bastante atencion á las que son absolutamente necesarias. Es preciso atender y saber distinguir lo esencial de lo accesorio, lo que conduce mas rápidamente al resultado, de lo que quizá no pasa de ser un mero adorno.

Cargar bien y aprisa, apuntar con acierto, marchar con paso largo sin desórden, llevar union con el costado del guia si se va en columna, cubrir bien al que tiene delante cuando se va de flanco, saber cuando se debe girar á derecha ó iz-

quierda, ó segun al frente que conviene: he aquí todo el mecanismo de la táctica de infantería para el comun de sus individuos, que son el mayor número.

Los movimientos son sencillos, y la instruccion debe ser muy fácil: mas es preciso que se emprenda con método y con órden, que se descienda á los simples mecanismos, y que se repita cien veces la ejecucion de cualquiera cosa por trillada que parezca. La infantería instruida con esta nimia escrupulosidad adquiere toda la destreza de que es susceptible, se penetra poco á poco de la importancia del órden y la precision de sus movimientos, y (lo que es mas importante) se acostumbra á la serenidad y sangre fria que la hacen formidable.

ADMINISTRACION MILITAR.

Entramos en un asunto seco y árido de suyo; mas de un órden demasiado real y positivo para que le pasemos en silencio.

Todo establecimiento militar es costosísimo para la nacion que le sostiene. No hay en efecto cargas mas gravosas, ni que pongan en mayores apuros á un estado. Parece fatalidad que el azote mas terrible de la especie humana sea al mismo tiempo el que origina mas dispendios al erario público; mas estos dispendios, no solo son precisos, sino que muchos de ellos no se pueden sujetar á ninguna clase de rebaja.

El individuo que hallándose sobre las armas se consagra todo á la seguridad comun, necesita que el estado le ofrezca una retribucion proporcionada á la pérdida que sufre y á los sacrificios á que está dispuesto. La patria debe, pues, una subsistencia, si no llena de comodidades y regalos, al

menos pasadera, y por ningun estilo miserable. Seria en efecto extremadamente injusto que la profesion mas expuesta á privaciones y toda clase de peligros y trabajos fuese en todo la peor remunerada. Proceder de este modo seria poner la clase militar sobre el pie mas mezquino y desdichado, y aumentar voluntariamente las durezas de una profesion que tiene ya en sí sobrado de penosa.

El soldado de la patria necesita alimentos sanos, nutritivos y abundantes: necesita vestidos cómodos que le defiendan de la inclemencia de la atmósfera: un alojamiento proporcionado á la conservacion de la salud de individuos que viven reunidos; un hospital que le proporcione cuantos auxilios debe la humanidad á un enfermo que acaso acaba de verter su sangre en obsequio de su patria, una subsistencia cuando los hazares de la guerra le priven de los miembros que se la proporcionaban antes de presentarse en las banderas, y la seguridad de que sus viudas y sus hijos huérfanos no mendiguen el pan de puerta en puerta cuando el hierro enemigo corte el hilo de su vida. El estado que no proporciona con liberalidad todas estas ventajas á sus defensores, no solo es injusto y bárbaro, no solo viola las leyes de la humanidad, sino que se hace á sí mismo el daño de no tener soldados en los momentos que los necesite. Estos guerreros mal sustentados, sin abrigo, durmiendo siempre á la intemperie, sucumbirán en medio de la fatiga á tantos males, y su reemplazo será tanto mas dificultoso en una guerra, cuanto mayor sea el número de las víctimas de la miseria. Nada es en efecto mas funesto que este sistema de avaricia; nada honra mas á un estado libre y á su gobierno que los cuidados y atenciones que se prodigan á los defensores de la patria.

El ejército y marina ingleses deben en esta parte mas que ninguna otra fuerza armada á su nacion: encuéntranse sus soldados en el servicio militar todo cuanto contribuye á hacerle tolerable: cuando ya no son útiles para el manejo de las armas, acude el erario público á las necesidades de estos inhábiles guerreros de un modo que los honra á ellos y á la patria; y por muchos monumentos que la Gran Bretaña ofrezca

magnificencia y civilizacion, pocos satisfacen mas al hombre filantrópico que los hospitales de Greenwich y de Chelsea.

El estado militar necesita ademas otros dispendios de no pequeño costo; las armas, las municiones, la artillería, los pertrechos de guerra, y un sin número de enseres absolutamente indispensables, son otras tantas cargas para la nacion; y como todos estos efectos son tanto mas útiles cuando son mejores y tal vez mas numerosos, la economía no solo es dañosa, sino hasta funesta en algunas ocasiones.

El suministro de todos estos gastos que ocasiona un establecimiento militar es lo que constituye la contabilidad ó parte administrativa de la guerra, ramo fácil y sencillo cuando se sube al mismo orígen de las cosas, y no se quieren complicar llevándolas por círculos viciosos.

Por lo que acabamos de indicar dividiremos el ramo de la administracion militar en dos partes; una relativa á las personas, y la otra á las cosas. En aquella entran los sueldos, gratificaciones y demas emolumentos que corresponden á los individuos de la fuerza armada; en la segunda los enseres ó materiales que se necesitan en la guerra.

Puesto que el ejército de una nacion se paga á expensas del tesoro público, toca al ramo administrativo de hacienda nacional el saber qué número de plazas de todas clases hay existentes, para distribuirles lo que les pertenece por los reglamentos.

Los individuos de un ejército deben ser revistados en la parte numérica por delegados civiles de la hacienda pública, para que en seguida se entregue á cada cuerpo la parte que le corresponde.

La administracion de un ejército puede ser puramente civil, sin que los diversos agentes empleados en sus diferentes pormenores formen ramo separado. Las cuentas del ejército serán siempre presentadas por la administracion de la hacienda pública, lo mismo que la de los otros gastos del estado.

Ajustado el haber que corresponde á cada cuerpo, ó bien por mes, ó bien por tercio ó cuarto de año, el pago de esta cantidad entra en la misma categoría que cualquiera otro des-

33 :

embolso en favor de los demas funcionarios del estado, como el magistrado, el juez, el diplomático, y las demas clases de empleados que toman sueldo del tesoro.

Una intendencia militar parece por lo mismo tan absurda, como una eclesiástica una judicial, &c., &c. Lo mismo decimos de las demas oficinas de cuenta y razon de dicha clase.

Al importe del sueldo que se entrega á los cuerpos para su manutencion ¿debe añadirse lo que les corresponde por su vestuario, por su equipo segun los reglamentos? Las opiniones se dividen sobre el particular; es la nuestra que todos los efectos concernientes á este objeto de fácil compra y confeccion deben correr por cuenta de los mismos cuerpos, que, como personalmente interesados, emplean en ellos mas esmero y mas economía. Tales son el vestido, el calzado, la recomposicion de armas, los caballos, sus arneses ó monturas.

Este sistema está expuesto á inconvenientes: nos contentaremos con indicar los principales. Primero, abre campo á la arbitrariedad del gefe y se opone á la uniformidad que debe reinar entre los cuerpos de una misma arma: segundo, distrae del servicio de las filas á los oficiales que se emplean en la confeccion, conduccion y custodia de los efectos que se elaboren ó esten elaborando: tercero, produce el embarazo de los almacenes en que los cuerpos depositan todos los efectos ya nuevos, ya sobrantes, de que no tienen que hacer uso en el momento. Mas se puede remediar el primero de estos inconvenientes estableciendo modelos fijos de todas las prendas de vestuario y de equipo, con prohibicion á los gefes, bajo la mas estrecha responsabilidad, de separarse de ellos, y estableciendo épocas fijas en que, en tiempos ordinarios, se deben comenzar á usar las diferentes prendas de vestuario, de equipo en las diferentes armas. Se evitará el segundo, prohibiendo á los cuerpos que empleen oficiales para la confeccion de sus efectos, obligándolos á valerse de agentes y comisionados cuya gratificacion corra de su cuenta: y en cuanto al tercero nada es mas fácil que mandar que en ciertas épocas depositen en los almacenes del estado todos los efectos inútiles que no les sirvan en ciertas circunstancias.

Mas los cuerpos no pueden elaborarse por sí mismos sus armas y sus municiones, ni proporcionarse los víveres y forrajes que consumen en campaña, ni los auxilios que reciben en los hospitales, ni un sin número de objetos que les son indispensables en toda clase de servicios. Es necesario que el estado haga construir todos estos objetos por medio de sus agentes propios, ó que los adjudique por contrata pública á favor del que los ofrezca dar bajo mas favorables condiciones. El sistema de estas contratas es preferible al otro: primero, porque es mas económico: segundo, porque da mas impulso á la industria y comercio nacional: tercero, porque disminuye el número de los empleados del gobierno, quien, necesitando valerse de adjudicaciones públicas en favor del mayor postor, no puede hacer favores ni proporcionarse hechuras.

Determinado por los reglamentos el peso, la cantidad, la calidad, las dimensiones que deben tener estos efectos elaborados ó comprados, habrá poco lugar á fraudes y á malversaciones. Los encargados por el gobierno para su recibo de la mano de los contratistas, serán tan responsables de su debida aplicacion como los mismos elaboradores. La ley debe ser terrible en el particular, y castigar al infractor como á un ladron de la hacienda pública.

Si estos géneros manufacturados son de consumo diario, los reciben los cuerpos de los mismos contratistas: si su uso inmediato no es cosa del momento, los reciben del estado por medio de sus agentes públicos y los depositan en sus arsenales ó almacenes. El gobierno no debe esperar para hacer estos acopios lo apurado de las circunstancias, si no quiere recibir la ley en vez de darla. Si llegamos á tratar del ramo científico ó facultativo del ejército, veremos la parte que debe ejercer en el recibo de cierta parte de estos suministros, y como se compensa la desventaja aparente de que no los construyen ellos mismos con ventajas sólidas que no son dudosas.

Mas, por mucho que se extienda el sistema de las contratas, es muy difícil que se le lleve á un punto que haga inútil toda confeccion ó elaboracion por cuenta del estado. No

es muy fácil en efecto que se reunan bastantes capitales para fundir cañones de á veinte y cuatro, construir plazas de guerra, ni empeñarse en gastos dispendiosos de esta clase. En este caso suple el estado á los capitalistas tan difíciles de hallarse. Mas esto en ningun sentido se opone al sistema de contratas que se debe emplear lo mas que sea posible. La experiencia demuestra que, con públicas adjudicaciones en que se fiscalice rigorosamente el modo con que se cumple la contrata, salen las cosas con mucha mas economía que cuando es el gobierno el mismo proveedor ó fabricante.

Hasta ahora hemos considerado los tiempos de paz, y diseminado el ejército permanente por las diferentes provincias del estado. El sistema de una administracion militar con todo el carácter de civil se concibe fácilmente. Hay en cada provincia un intendente que recauda, que distribuye los caudales públicos segun las diferentes atenciones, que paga los empleados públicos de todas clases, los activos como los pasivos, que sufraga á los gastos de cosas de cualquiera género que sean. ¿Por qué el ramo militar ha de tener una administracion, una intendencia separada? ¿Por qué esta separacion tan absoluta, este aislamiento, esta barrera entre lo militar y lo civil, como para indicar que deben estar en pugna las dos cosas?

Dese á los cuerpos lo que les corresponde en virtud de la revista que pasan, por los reglamentos; establézcase para todo suministro en cuanto sea posible el sistema de contratas, haciéndose las adjudicaciones del modo mas público y solemne; sujétese á la fiscalizacion, al exámen mas severo el cumplimiento exacto de todo compromiso. Quítense las oficinas de descuentos: dese el haber líquido que corresponde al soldado, al oficial, al general, á la viuda, á la huérfana. No haya mas que un fondo, un distribuidor, una fiscalizacion para todos los gastos del estado. Cobre el militar como el togado, como el director del observatorio, como el obispo, cuando los ministros del culto se paguen en tesorería, sujétese todo á un sistema de uniformidad, y se simplificarán muchísimo las cosas.

Si no se mezclase el espíritu exclusivo de corporacion

en tantos negocios de la vida humana; si se atendiese en todo á la naturaleza simple de las cosas; si en lugar de buscar empleos para los hombres se buscasen los hombres necesarios para los empleos, ganaría el estado que tendria que pagar menos empleados; ganarian mucho los negocios con pasar por menos manos; se despacharia todo mas á prisa; y como los entorpecimientos serian menos; en caso de falta de deber se hallarian mas fácil, y se castigarian mas brevemente los culpables.

Mas en campaña las cosas no pueden menos de variar de aspecto. A la suprema autoridad de un general en gefe de un ejército deben estar sujetos, no solo los que combaten con las armas en la mano, sino los que contribuyen por medios directos ó indirectos al buen éxito de todas las operaciones de la guerra. Entre estos ocupan y ocupar deben un lugar muy distinguido los que cuidan de la subsistencia del soldado, del sueldo que le corresponde, del hospital á dóndese va á curar de sus heridas, del acopio de todo el material y demas ênseres que son tan necesarios para muchas operaciones de la guerra. Asi el ramo de la intendencia militar debe adolecer de esta índole en campaña. y sujeto en cierto modo el que está afecto á un ejército á la suprema autoridad del general en gefe.

Para marcar esta dependencia, y ver hasta qué punto se puede modificar la administracion pasando del estado de paz al de guerra; reduciremos á tres los ramos de los suministros que se pueden hacer por cuenta de la hacienda pública. Primero, raciones, tanto para hombres como para caballos: segundo, sueldos y gratificaciones: tercero, enseres y materiales que son necesarios para varias de las operaciones de la guerra. Cuanto mas sencillos métodos se adopten para conseguir estos objetos; cuanto por menos manos pase su distrucion; cuantos mas medios se excogiten para evitar el fraude y la conniveniencia que le deja impune, tanto mejor se planteará esta administracion militar, cuyos abusos y desórdenes se hacen sentir tanto y que todos señalan con el dedo En el número siguiente nos extenderemos algo mas sobre este asunto.

HISTORIA DEL ARTE DE LA GUERRA.

QUINTO ARTÍCULO.

Sigue la Milicia romana.

La marcha de flanco, tal cual la hemos descrito en el número anterior, era muy sencilla para los ejércitos romanos. Las diez filas ó manípulos de que se componia cada una de las tres clases de infantería se convertian en el mismo número de hileras, y el frente de la columna de flanco era de diez hombres solamente. Pocos caminos podrian dejar de atravesar con facilidad estrechandose estas hileras todo lo posible; en casos de mas apuro apelarian naturalmente á los recursos que la prudencia sugiere en tales ocasiones.

Mas esta marcha de flanco prolongaba demasiado la columna, y no la ponia en caso de sostener un ataque inesperado; asi no se la empleaba probablemente mas que en simples marchas de camino. Cuando tenian que prepararse para una accion, se formaba cada legion con todo su frente de batalla, y marchaban unas tras otras en su órden natural ó invertido, segun las circunstancias.

El despliegue de esta columna al frente debia de ser muy sencillo. Probablemente usarian el método de formar la batalla indistintamente en el órden natural ó invertido segun las exigencias del servicio. Serviria una de las legiones de base de la línea de batalla como sucede entre nosotros. Si lo era la legion de la cabeza, desfilarian los otras á derecha ó izquierda. En caso de servir de esta base una de las centrales, desfilarian las de la cabeza y las de retaguardia en sentido inverso, es decir unas á la derecha, otras á la izquierda: se concibe muy fácilmente el mecacismo de todos estos movimientos.

Cuando marchando las legiones por el flanco tenian que prepararse para una batalla por uno de los dos costados, se salian de ella todos los bagajes hácia el lado opuesto. Los príncipes de cada legion marchaban á colocarse detrás de los hastados, y los triarios á retaguardia de los príncipes. Haciendo despues todos un cuarto á la derecha ó á la izquierda, quedaban todas las legiones formadas en línea de batalla.

La legion se prestaba admirablemente á toda clase de maniobras. Le era tan familiar el órden cerrado como el abierto, y la marcha de flanco ó por hileras, como la de frente de batalla. Se aumentaba ó disminuía este segun las circunstancias. La columna tomaba mucho ó poco espacio segun las exijencias del terreno. Mas no debemos olvidarlo. Los que se baten al arma blanca eligen con cuidado los campos de batalla. Los llanos son siempre preferibles para esta clase de combates. Y al fin las desventajas que son para uno de los contendientes se presentan tambien para el contrario.

Ya hemos visto con qué precauciones acampaban los romanos; ni en paz ni en guerra dormian sus ejércitos en marcha bajo mas techado que el de sus tiendas de campaña. Era el campamento su ciudad, su hogar doméstico. A las tres ó á las cuatro de la mañana se ponian en camino; á las diez ó las once tenian concluida su jornada: cuatro ó cinco horas despues estaba establecido ya su campamento, fortificado como queda dicho. Asi el soldado romano, despues de andar siete ú ocho leguas, cogia la pala y el azadon para guarecerse contra toda suerte de sorpresas; concluido el campamento, podia entregarse con toda confianza en brazos del reposo.

Supone ya esta circunstancia una vida dura, militar, acostumbrada á la fatiga. Tal era la que los romanos debian á su educacion, que se consagraba á toda suerte de ejercicios. En todos los lances de su vida se preparaban para ser soldados fuertes, vigorosos, sin cuyos requisitos no hay soldados. Eran el correr, saltar, nadar, arrojar dardos, levantar pesos, luchar, etc., sus diversiones favoritas. Era el campo de Marte su escuela, su colegio, no solo para el simple vulgo, sino para los mas ilustres capitanes que contaba la

república: los Césares, los Pompeyos no se desdeñaban de mezclarse personalmente en estos juegos militares.

El soldado romano marchaba cargado con sus armas, que no eran de un peso muy ligero. Llevaba ademas su equipo, y ordinariamente una estaca, que servia para la formacion de la empalizada de su campamento. Sobre toda esta carga llevaba la de su racion de trigo, que se le distribuía ordinariamente cada quince dias.

Nada habia mas cómodo para el estado que esta clase de distribuciones: ninguna se prestaba mas á las atenciones del servicio. Establecido en su campo el soldado romano, sacaba su trigo, que convertia en harina por medío de molinos de mano, que se llevaban en los bagajes, ó machacándole entre piedras. Hacian con esta harina una especie de puches ó bien tortas, que cocian debajo de la ceniza. Compárese este método sencillo con el largo y dispendioso de la elaboracion del pan que se distribuye á nuestras tropas. Todos saben con qué trabajo y desperdicio de tiempo se proporciona este renglon tan importante; y no lo indicamos porque aspiremos á que se establezca el método romano, sino para hacer sentir con cuantas ventajas hacian la guerra los que en proporcionar lo necesario para el soldado apelaban á medios tan sencillos.

El renglon del pan no inquietaba en lo mas mínimo al general romano. En cualquier pais de trigo se distribuía y hacia medir el que necesitaban los soldados para ocho ó quince dias, segun las exijencias. Se les distribuía ademas vinagre que mezclaban con el agua, uso muy saludable sobre todo en climas cálidos. En cuanto á la carne y al vino se les daba segun el pais lo proporcionaba. Ademas no estaba nunca desprovisto el campo romano de traficantes en comestibles, que á todas partes los seguian como nuestras vivanderas. Los hombres son, poco mas ó menos, en todas épocas los mismos.

Las subsistencias daban poco que hacer á un general romano. Los soldados llevaban su equipo, sus armas, y hasta los útiles para la formacion del campo. No habia, pues, carros de municiones, ramo necesario entre nosotros

á todos los momentos. Era otra ventaja que tenian sobre nosotros aquellos pueblos que al arma blanca combatian. Sus municiones estaban en la punta de sus espadas y sus lanzas.

Se ve el gran cuidado, el gran celo que consagraba Roma á la formacion y gobierno de su ejército. Despues de conocida la organizacion de sus legiones, y que ha sido admirada por los militares instruidos de todas las edades, todo lo que se refiere al órden político y moral merece igual elogio. La atencion de no hacer entrar en las filas mas que ciudadanos libres, la nimiedad que se observaba cuando se alistaban las legiones, los juramentos que les exigian, aquella pompa, aquel aparato de solemnidad que se daba á la instalacion de los ejércitos, todo contribuía á penetrar al soldado romano de la importancia de su profesion, enlazada con el bienestar, con las glorias de su patria.

La disciplina establecida en los ejércitos romanos era una gran parte de su nervio. Como los empleos superiores suponian asimismo superioridad de luces, de experiencia, de saber y de valor, estaba esta subordinacion tan grabada en los corazones, como en las leyes consignada. Eran mas valientes y esforzados los centuriones que los soldados gregarios de que se componian sus manípulos. Los tribunos debian su nombramiento á su mayor experiencia y á la superioridad de sus servicios. Y no hay que hablar del mérito militar del general del *imperator*, que por lo regular acababa de ser cónsul. No se podia revestir de esta dignidad suprema á un hombre desprovisto de grandes cualidades, no. No era posible que en la solemnidad de semejantes nombramientos se cometiesen faltas de tan grave trascendencia. Toda grande injusticia supone casi siempre sombras y misterios. Los hombres á la faz del público tienen en estos lances mas pudor, ó se penetran mas del respeto que se deben á sí mismos. Y si esta regla no es siempre exacta en cuanto á cosas, rara vez falla cuando se trata de personas.

Era, pues, grande la disciplina que se observaba en los ejércitos romanos en sus gloriosos dias. Ya en otra par-

te hemos hecho ver la autoridad ilimitada que ejercia el cónsul sobre todos los individuos que le obedecian. Pocas faltas dejaban de ser castigadas con severidad: la cobardía lo era irremisiblemente. En ocasiones solemnes se dejaban los soldados romanos azotar, entregar su cuello á la segur, y hasta un ejército entero diezmar á la simple voz del cónsul. Con los restos volvia al enemigo, y reparaba con una victoria la pérdida sufrida. Combatir sin órden, sin haber prestado juramento, eran considerados como grandes faltas, y á veces como crímenes. Tambien lo era el vencer sin esta precisa circunstancia, y el valor no servia de excusa contra las infracciones de la disciplina. Será célebre el ejemplo del cónsul Manlio Torcuato, que entregó á un hijo á la segur de sus lictores por haber peleado y obtenido una victoria desobedeciendo una órden suya.

Si las faltas militares se castigaban con dureza y hasta cruelmente, se recompensaban los servicios del modo que podia halagar mas el corazon humano. Con este manejo oportuno del premio y del castigo tenian cuanto les era necesario para ser casi siempre victoriosos.

Los premios consistian en ascensos con que se recompensaban la capacidad, la sangre fria, el saber en los combates. Raro era el individuo á quien el ejército, el pueblo no hiciese justicia en esta parte. Los mismos que daban los empleos militares habian sido testigos de lo que en las campañas, en los campos de batalla habia hecho el agraciado. Que hubiese caprichos y lo que se llama *favoritismo* se puede concebir muy fácilmente, pues al fin eran hombres los que estos cargos conferian. Sin embargo, la gran publicidad, y este sentimiento general de lo importante de la guerra eran motivos suficientes para que no se cometiesen grandes desaciertos.

Habia otros premios dedicados á recompensar acciones distinguidas, rasgos de valor y de osadía que podian ser comunes á todos los individuos de un ejército, cualquiera que fuese el rango ó clase del interesado. Recaían estas recompensas sobre hechos positivos y tan marcados por la ley, que no se podian equivocar con otro alguno, ni el que hu-

biese merecido confundirse con los que se hallasen en distintas circunstancias. Consistian estos premios en coronas, ornamento á que eran muy apasionados los antiguos. Habia una llamada *cívica*, destinada al que salvaba los dias de un ciudadano en la batalla; otra con el nombre de *mural*, que obtenia el que subia el primero á los muros de una plaza que se tomaba con las armas en la mano; otra *naval* para el primero que entraba en las naves enemigas; con otras distinciones de este género. Era muy difícil que hechos tan marcados se oscureciesen, ni el que verdaderamente habia hecho una hazaña á vista de todo un ejército se viese arrebatar este premio por quien no le hubiese merecido. Cuando en el número segundo de esta obra hablamos de la cruz de San Fernando, hicimos ver cuantas ventajas llevaba ese método de recompensar al nuestro establecido en el reglamento de esta órden, donde, por lo vago de los términos en que se halla redactado, se puede llegar y ha llegado verdaderamente el caso de ver condecorados con dicho distintivo á los que, ateniéndose al espíritu de la ley, no pudieron haberle merecido.

La mayor, la mas noble y mas apetecida de las recompensas que concedian los romanos, era el *triunfo*. Ya hemos trazado en el número anterior un bosquejo de esta ceremonia tan pomposa. Era la última recompensa, el último escalon de fama y gloria á que podia ascender un general romano; pues solo á un gefe de un ejército victorioso, domador de una provincia, se le conferia. Ademas de este triunfo grande se conocia otro de órden inferior, conocido con el nombre de *ovacion* por las ovejas que, en lugar de bueyes, se sacrificaban en la ceremonia.

Todas las instituciones romanas estaban calculadas para dar la victoria á sus guerreros. Lo mismo que la organizacion de sus legiones se prestaban fácilmente á toda maniobra, se doblegaba igualmente la táctica de los generales á todo género de circunstancias. Ningunos les excedieron, ni apenas igualaron en saber apreciar todo lo que valian realmente sus contrarios; prenda en un general de las mas sobresalientes. Asi sabian muy bien en qué ocasiones debian

ser fogosos y hasta temerarios, sin cuidarse en nada de las precauciones que son tan comunes y necesarias en la guerra; y asimismo en qué lances debian proceder con gran circunspeccion, con mucho tino, conquistando el terreno palmo á palmo, valiéndose de cuantos ardides les sugerian su política y el genio de la guerra. De este modo, mientras unas provincias fueron adquiridas con solo una batalla, fueron otras teatro de larguísimas contiendas, en que lucieron el genio y saber de muchos generales.

El modo con que hacian la guerra, la política sagaz con que buscaban aliados y enemigos era otra fuente de sus triunfos. Jamás el pueblo romano hizo la guerra á un mismo tiempo á dos naciones. Cuando sabia que dos se hallaban en discordia, se hacian buscar su alianza por una de las partes contendientes. Era muy natural que la derrota del enemigo comun fuese consecuencia de esta union de fuerzas. Conseguido este punto importantísimo, no era difícil para el pueblo romano buscar una disputa al antiguo aliado, y proporcionarse cualquier motivo para declararle guerra. Asi este, que habia sido para Roma un instrumento del venciemiento de un rival, quedaba solo en la palestra y recibia al fin la ley del vencedor que se aprovechaba de sus imprudencias.

Digamos dos palabras sobre el sueldo que disfrutaban los romanos en campaña. Al principio de sus guerras, cuando se reducian sus dominios poco mas que al terreno que se descubria desde sus murallas, cada ciudadano se proveía de víveres segun sus posibles. Como las guerras eran meras incursiones en que se trataba de hacer botin, apenas duraba una campaña mas de quince dias, terminados los cuales volvia cada uno á sus hogares. Conforme se fué ensanchando el territorio de la república, fueron las guerras mas lejanas y mas duraderas. Era ya imposible que el soldado romano llevase consigo las provisiones que necesitaba. Se hizo, pues, de cargo del estado un subministro tan indispensable. Habia en cada ejército un oficial superior con el nombre de *Qüestor* encargado de este ramo importantísimo, y que era una especie de intendente. Mas este cargo era puramen-

te militar, es decir, que el cuestor era uno de los grandes oficiales, y por lo regular el segundo del ejército. Sila fué el cuestor del ejército de Mario en la guerra de Jugurta. Entre los romanos no habia ramo militar ni ramo civil; todo era uno, y los ciudadanos servian para todo; el soldado era pueblo, y el pueblo era soldado.

Despues de la distribucion de víveres se introdujo la costumbre de dar pagas en dinero á los ejércitos. El botin y despojos de los pueblos conquistados bastaba para estas atenciones. No solo la guerra alimentaba la guerra, sino que enriquecia el tesoro público y abastecia los inmensos almacenes del estado. Esta paga en dinero debió de variar en diferentes épocas, por la simple razon de que una pieza de moneda no tiene siempre el mismo precio. Nos contentaremos con observar que lá paga del centurion era doble de la del soldado ruso, y cuádruple la de los tribunos. Los generales en gefe no tenian sueldo fijo. El estado les sufragaba cuantos gastos hacian en el curso de una campaña ó de una guerra, segun el tiempo que estaban con las armas en la mano.

Hemos trazado un ligerísimo bosquejo de lo que era un ejército romano en sus tiempos de esplendor y gloria. Era imposible que toda esta organizacion, y sobre todo las instituciones militares dejasen de alterarse segun las vicisitudes por donde pasó la república romana. Despues de vencidas las naciones de la tierra conocida, era natural que se aprovechasen de sus riquísimos despojos, que las riquezas engendrasen el gusto del placer, que los vicios que son su consecuencia alimentasen terribles ambiciones, que no podian ser satisfechas sino por medios violentos é ilegítimos. Los romanos sufrieron, pues, la ley de la decadencia y corrupcion de los imperios, por cuanto habian llegado á la cumbre del poder y la grandeza. Se alteró, pues, de un modo visible la organizacion de sus ejércitos. En lugar de llamar á las banderas de la patria á los solos ciudadanos, se llenaron las legiones de extranjeros y de mercenarios. La caballería, sobre todo, no se compuso ya del órden ecuestre, de esta clase tan distinguida en la república. Se tomaron á sueldo

cuerpos enteros de extranjeros para hacer este servicio. En lugar de los vélites, que eran la infantería ligera, se alistaron cuerpos de honderos y flecheros, tambien extraños, sacados especialmente de las Islas Baleares, tan famosas entonces en entrambos ramos. Por el mismo estilo se hicieron otras variaciones. Los Marios, los Silas, los Césares y los Pompeyos obraban en esta parte segun les aconsejaba su política.

De este modo los ejércitos romanos dejaron poco á poco de ser ejércitos de la república, y sí de los generales que estaban á su frente. Los alistamientos tampoco eran ordinarios, y las tropas se consideraban en cierto modo como permanentes. Las armas hicieron las veces de las leyes, es decir, que no habia en rigor mas leyes que la ambicion de algunos caudillos afortunados y atrevidos. Las dictaduras, que hasta entonces habian sido por muy breve tiempo mientras pasaba la urgencia del apuro que las promovia, pasaron á ser casi permanentes. La loca y desenfrenada ambicion de un Mario provocó la mas sangrienta y terrible aun de Sila, que habia sido en otro tiempo su inferior en el ejército: se saben los horrores y sangre que costó la rivalidad de estos hombres tan feroces, y hasta qué punto fué marcada con venganza y proscripciones la dictadura de este último. Con ella pereció verdaderamente la república. El estado fué desde entonces una arena en que lucharon mútuamente las ambiciones privadas de algunos individuos. Con las inmensas riquezas adquiridas se compraban soldados; con soldados se compraba y adquirian nuevas posesiones. A los Marios y Silas succedieron los Césares y los Pompeyos. Los soldados tomaron el nombre de sus generales y dejaron el de la república. No se llamaron mas que cesarianos, pompeyanos, etc.; pasándose de una parcialidad á otra segun lo reclamaban sus peculiares intereses. Poco á poco vino el estado á caer en manos de un señor que, victorioso de sus rivales, resumió en sí toda clase de autoridad, y representó toda la grandeza, pompa y majestad del grande imperio.

Este nombre de *imperator* (mandador) que se daba antes á todo general que estaba al frente de un ejército quedó

desde entonces afecto exclusivamente al gefe permanente del imperio. Es sabido con qué asombrosa rapidez se pusieron á sus pies las leyes, las instituciones y los hombres. El senado y el pueblo dejaron realmente de existir, y si algo conservaron, no fué mas que en el nombre. Los ejércitos fueron exclusivamente del príncipe como todo el resto, y las alteraciones que se hicieron en su organizacion estaban calculadas para hacerlos meros instrumentos de su poderío. Con los emperadores comenzó la instituciou de los famosos pretorianos, consagrados exclusivamente á la guardia del pretorio, es decir, á la del príncipe. Los habia de infantería y de caballería, y su número variaba segun las circunstancias y el capricho de los emperadores. Era mayor su sueldo; gozaban de privilegios exclusivos, y su importancia era grandísima, sobre todo en épocas de turbulencias. Como no habia mas leyes que el capricho, eran estos pretorianos verdaderos genízaros, terribles hasta para los emperadores mismos, que ponian y quitaban á su arbitrio. Muchos de ellos perecieron á sus manos, y ocasiones hubo en que vendieron el imperio.

Recorrer, pues, todas las variaciones por donde pasó el ejército romano, seria muy inútil y ageno de la naturaleza de esta obra. ¿Qué nos importan estas épocas de convulsiones, de corrupcion, de vicios y de horrores, época en que se espanta la imaginacion al contemplar hasta qué punto puede llegar la depravacion de nuestra especie? ¡Cuántos Nerones para un Tito! ¿De qué provecho podian ser las virtudes de un Marco Aurelio, succedido por un Cómodo? El imperio amenazaba ruina desde el principio de su institucion, y los bárbaros del Norte vinieron á ejecutar la ley que preside en la formacion, engrandecimiento y fin de las naciones. A falta de estos bárbaros, hubiese perecido Roma á fuerza de convulsiones y guerras intestinas. Cada provincia hubiese llegado á ser independiente, y el grande imperio experimentado la misma suerte que cupo al de Alejandro.

DE LA GUERRA ACTUAL.

CUARTA ÉPOCA.

Antes de entrar en la cuarta y última época de la guerra actual, trataremos de una cuestion que con ella puede estar mas ó menos enlazada segun el aspecto bajo el cual se considere. Ya la hemos indicado en la crónica militar perteneciente al mes de julio. Mientras lo mas serio de la guerra actual, es decir, de la lucha entre los partidarios de Don Cárlos y los de nuestra Reina, se dividieron estos últimos de un modo serio por medio de una excision, de una ruptura formal y positiva, que pudo redundar en un grave detrimento de la causa pública. El lector conoce que queremos hablar de los movimientos ocurridos en 1835 y en agosto de 1836, cuando se declararon un gran número de provincias, no contra el trono de Isabel II, sino contra los que manejaban entonces las riendas del estado.

La parte política de estos movimientos no entra por ahora en nuestro exámen; solo consideraremos la cuestion en la material y positiva. ¿Contribuyeron estos movimientos á mejorar la causa de Don Cárlos? ¿Dieron á sus armas algun triunfo? ¿Debilitaron la moral de nuestras tropas, introduciendo en ellas la insubordinacion é indisciplina? ¿Aumentaron en la misma razon el ánimo y osadía de los enemigos de la patria?

Algunos periódicos de cierto partido han decidido la cuestion en tono afirmativo. Segun ellos, *hicieron de hecho dichos movimientos un gran daño á nuestras armas, tanto en el año 1835 como en el siguiente. Paralizaron muchos de sus movimientos, dando nuevo vigor á los de nuestros enemigos. Sobre todo, en el último de los dos años, por la misma causa se vieron inundados de facciosos los territo-*

rios de Aragon y de Valencia. Por ella recorrió impunemente Gomez la mayor parte de las provincias de nuestro territorio; y hasta la aproximacion de las tropas de Don Cárlos á nuestra capital, ocurrida mas de un año despues del movimiento de agosto de 1836, se quiere asignar á semejante causa. No hay mas que leer algunos de los artículos de la Gaceta y otros papeles que apoyan sus doctrinas.

No presentan estos periódicos prueba alguna, en hechos apoyada, de su aserto; mas no quieren hechos ni apelan á la analísis los que, en vez de buscar la verdad, aspiran á que se presente como tal lo que sirve á los intereses de un partido ó halaga las pasiones del momento. Nosotros no estableceremos proposiciones de clase alguna, mas enunciaremos hechos positivos, que no pueden ser de nadie disputados: las consecuencias las deducirá el lector si es imparcial; pues para el que carece de este requisito, ningunos hechos ni raciocinio son bastantes.

Los movimientos de 1835 se verificaron en la mayor parte de las provincias de Andalucía, donde no existian facciosos: tampoco los habia en Galicia ni otras provincias del norte, donde se hicieron las mismas manifestaciones. Las facciones del bajo Aragon estaban en sus principios en aquella época. Las provincias de Valencia se hallaban en diversas circunstancias. Los movimientos verificados en la capital de este último pais y en Zaragoza entran pues en la misma categoría que los ya indicados.

El único ejército, ó á lo menos el principal, el que absorvia entonces toda la atencion era el del norte, al que estaba reunido en cierto modo el de reserva. Que este ejército se mantuvo pasivo completamente á los movimientos de las provincias, es un hecho tan público y notorio, que no necesita prueba alguna. En ninguno de los numerosos cuerpos de que se componia, ni en los diversos puntos que ocupaba, se manifestaron síntomas en pro ni en contra; y si lo ocurrido en otras partes pudo excitar diversos sentimientos, no se manifestaron de un modo público y solemne. Solo en el de Puente Larrá hubo un pronunciamiento por parte de los sargentos de aquella pequeña guarnicion; mas fué

inmediatamente sofocado todo por el general en gefe, que se presentó solo, acompañado de un ayudante de eampo, en aquel punto, y le hizo volver á los límites de la obediencia. Contribuyó mucho la conducta hábil y política de este gefe superior á que el ejército del norte permaneciese tan tranquilo, y hasta cierto punto tan neutral, pues cualquiera manifestacion abierta suya hubiese sido en aquellas circunstancias de muy malos resultados. Siguió, pues, con su principal mision de hacer la guerra á los facciosos. No se interrumpieron las operaciones militares ni un momento. Ningun plan fué trastornado por la manifestacion de las provincias. La noticia de su pacificacion, de su vuelta á la obediencia del gobierno, fué recibida con la misma calma que la otra; y si, como debe suponerse, nuestros enemigos concibieron la esperanza de medrar á la sombra de estas disensiones, muy pronto se desengañaron. Ninguna ventaja produjeron á sus armas en el norte, ninguna insubordinacion ni indisciplina se manifestó en el ejército que tenian á su frente, y desafiamos á que con hechos se nos demuestre lo contrario.

Por aquel mismo tiempo salió la expedicion facciosa al mando de Guergué con direccion á Cataluña. Fué enviado inmediatamente en su persecucion el difunto general Gurrea al frente de la brigada de vanguardia que mandaba entonces. Cumplieron religiosamente estas tropas con su encargo atravesando el alto Aragon, sin tomar parte alguna en los movimientos de que entonces era teatro Zaragoza. Arrojados los facciosos del alto Aragon, pasaron á Cataluña perseguidos siempre por las mismas tropas del ejército del norte, que no se distrajeron un momento de esta obligacion sagrada. En Cataluña experimentaron la misma mala suerte los facciosos de Navarra que en el alto Aragon. Ya hemos dicho en otro número que, aburridos de sus padeceres, se volvieron á Navarra, rotos, abatidos, en completa dispersion, maldiciendo su salida.

Estos hechos son públicos y notorios: ninguno es capaz de desmentirlos. Ni en el ejército del norte ni en el territorio de Aragon debieron ventaja alguna los facciosos al movi-

miento de las provincias en 1835: lo mismo sucedió en el territorio de Valencia, lo mismo en Cataluña. Ni allí se aumentaron los facciosos, ni en estos se aumentaron su resolucion y su osadía.

Pasemos ahora á los acontecimientos del año 1836, que produjeron otros resultados que los del año antecedente. Comenzaron como entonces en las provincias de Andalucía, donde no existian facciosos. Ningun bien les produjeron en este territorio. En Aragon, donde se verificó el mismo movimiento, los habia demasiados, por desgracia. Ya estaba bien ó mal organizado el ejército del centro destinado á combatirlos. Publicada la Constitncion de 1812 en Zaragcza, é imitado este ejemplo en todo Aragon, debia ser la suerte del ejército del centro objeto de las mas vivas inquietudes. Conservarle entero, sin trastorno del órden y disciplina, al frente de los enemigos de la patria, era el afan y cuidado del que allí mandaba. Con este objeto se dirigió al general en gefe del ejército del centro. Iguales sentimientos respiraron las proclamas militares que entonces se distribuyeron. Correspondió el resultado á tan buenos deseos é intenciones. La primera division del ejército del centro se pronunció por la Constitucion sin alterarse el órden y la disciplina. Siguieron los otros cuerpos este ejemplo; y á excepcion del general en gefe, del gefe de estado mayor, y algunos pocos mas que se separaron voluntariamente sin que nadie los obligase á ello, quedó el ejército del centro intacto sobre el mismo pie en que se hallaba antes de verificarse el movimiento.

Es esto positivo. Tan lejos de verse inundado el territorio de Aragon de facciosos en virtud de esta ocurrencia, como quieren suponer malignamente algunos, se puede decir que nunca se vió de ellos mas desembarazado, sobre todo en la parte baja, en los meses que siguieron á la revolucion de agosto. La quema de Montalban como la de Alcorisa fueron anteriores á este cambio: tambien lo fueron las salidas de Gomez y Basilio. El ejército del norte permaneció tranquilo como en el año anterior; prestó juramento á la Constitucion sin trastorno ni violencias.

El cambio político se hizo sin excisiones ni sacudimientos en todas las provincias de la monarquía. En ninguna se vieron alborotos ni sediciones militares. Los quince dias que mediaron entre los primeros dias de agosto en que se verificó el pronunciamiento y el 15 del mismo mes, se pasaron sin que el ejército manifestase síntomas de desafeccion ni descontento. En la persecucion de Gomez, que habia salido ya cuando las provincias se manifestaron, no se observó la menor alteracion: permanecieron quietos los facciosos que se quedaron en Navarra y en las provincias Vascongadas. En todo aquel año no pasaron los facciosos de las montañas del bajo Aragon, sin tocar mas que en pequeñas partidas, y por muy poco tiempo, en pais fértil: el 5 de setiembre tuvieron que levantar el sitio de Gandesa: el 31 de octubre perdieron á Cantavieja: de allí á dos meses á Beceite. Por el mismo tiempo se retiraban Gomez y Sanz á las provincias, sin aumentos el primero, completamente derrotado el otro: quedó destrozado Cabrera en el Rincon de Soto, y obligado á huir herido, seguido de muy pocos, á sus antiguas madrigueras. Bilbao, que se habia defendido tan bizarramente á últimos de octubre de aquel mismo año, se vió de nuevo libre de enemigos por la accion brillante del puente de Luchana acaecida en los últimos dias de diciembre.

Son estos hechos positivos, públicos, notorios, que no pueden ser de nadie disputados. Es su simple manifestacion mas conducente á poner en claro la cuestion que se ventila, que cuantas teorías ingeniosas produce el espíritu de partido, fuente de error en casi todas ocasiones. Las consecuencias que de ellas deducirá el lector son, que los sucesos políticos de 1835 y 1836 no mejoraron en la parte puramente militar la causa de Don Cárlos, es decir, que no dieron á sus armas ni victorias ni ventajas de ninguna clase. Que no fueron tampoco beneficiosas á su causa en la política, tambien se puede inferir del nuevo temple que tomó el espíritu liberal con motivo de aquellas ocurrencias. Algunas personas de importancia y cierto nombre se retiraron con este motivo de la escena pública; mas ni podian tener conexiones con la causa de Don Cárlos, ni por su carácter y sus antecedentes

èran hombres de armas tomar en cualquier sentido que queramos dar á la palabra. Los carlistas no cogieron, pues, fruto alguno de aquellas excisiones, no. Mas, al establecer un hecho positivo no es nuestro ánimo indicar que no los hubiesen recogido, y muy opimos, á ser mas diestros y sagaces, ni mucho menos el que dejen de conseguirlos con el tiempo si nuestras querellas llegasen á producir las mismas excisiones.

Pasemos ahora á la parte histórica de la cuarta época.

El año 1836 terminó para nuestros enemigos de un modo muy poco favorable. Las expediciones habian vuelto á las provincias en un estado de derrota y con muy crueles desengaños. Habia sido levantado de un modo muy brillante el sitio de Bilbao, y causado esto un entusiasmo nacional, cuya manifestacion comenzó en el seno mismo de las Córtes del modo mas solemne. Pocas veces se concibieron mas halagüeñas esperanzas. Todos daban ya al ejército vencedor en el puente de Luchana por dueño de los puntos mas fuertes de las provincias Vascongadas, y á las tropas enemigas por muy próximas á terminar su carrera de aventuras.

Las tropas nacionales se movieron pues en marzo de 1837 desde diversos puntos hácia las líneas de Irun, donde se creia que los enemigos habian concentrado su sistema de defensa. Salió el general Sarsfiel de Pamplona, Espartero de Bilbao, y el general Evans de San Sebastian. Los resultados no fueron felices por entonces. Contra la espectacion pública se volvieron los generales á sus puntos respectivos.

Poco despues se repitió la misma tentativa que produjo muchos mas felices resultados. Se apoderaron nuestras tropas de Irun, despues de combates muy brillantes; mas los que pensaban que nuestros enemigos empeñarian una accion general en defensa de sus líneas, que la cuestion de la guerra actual se iba á resolver en ellas, manifestaron que no entendian su índole, ni pesaban bien los intereses de nuestros enemigos.

Jamás podia caber en sus cabezas arriesgarlo todo en

una accion por perspectiva favorable que les presentase; les interesaba demasiado el prolongar la guerra, para exponerla á perecer en un momento desgraciado. Asi, mientras se esperaba con una impaciencia general el resultado de la grande accion que se iba á dar en las fronteras, se movia D. Cárlos á la cabeza de su famosa expedicion, animado al parecer de las mas halagüeñas esperanzas.

Y era el único partido que les quedaba en aquellas circunstancias. En las provincias y Navarra no podian vivir: era preciso llevar la guerra á todas las de España. Si las expediciones del año 1836 habian producido muy pocos ó ningunos resultados, no era motivo para que se creyese lo mismo de la que iba á dirigir D. Cárlos en persona. Era probablemente su destino á Cataluña, con ánimo siempre de aprovecharse de cualquiera coyuntura que les pudiese ofrecer su tránsito por Aragon, pues acaso seria tal que les hiciese torcer hácia Madrid, objeto final, como se ha visto despues, de sus deseos.

Mas en el alto Aragon hay muy pocas simpatías por la causa de D. Cárlos; reina ademas en aquel pais hácia los navarros el sentimiento de animosidad y odio que distingue casi siempre á los pueblos fronterizos. Halló D. Cárlos mudos en Aragon los corazones á su voz, y no fué dueño de mas pais que el que sus tropas ocupaban. Entró en Huesca sin oposicion, quedando todavía muy á retaguardia las tropas de la division de la Ribera, que venian en su seguimiento. Se presentó luego otra division del ejército del centro al cargo del general Buerens: poco despues llegó del bajo Aragon el general en gefe del ejército del centro, que venia á tomar el mando de todas las tropas que operaban en su territorio.

Con la reunion de tantas fuerzas se creia que no podria verificar D. Cárlos su pase á Cataluña, á menos de moverse con extraordinaria rapidez; mas no solo sus marchas fueron muy pausadas, sino que se detuvo considerablemente en Huesca y en Barbastro.

A las inmediaciones de la primera de las dos ciudades se dió una accion que no produjo resultado alguno, y de re-

sultas de la cual perdimos entre otros bravos oficiales al general Iribarren y al brigadier Leon, que fueron sentidos por el ejército y el público como su valor y servicios merecian.

La accion ocurrida poco despues junto á Barbastro no produjo tampoco mas efecto. En ella perdimos al brigadier Conrad, gefe entonces de la legion de Argel, conocido y muy estimado en España por su decision y bizarría.

El público no muy contento con el pequeño resultado de estas dos acciones, contaba siempre con que el enemigo, imposibilitado de pasar el Cinca, perecería en fin á manos de nuestras tropas, ó tendria que hacer una retirada desastrosa á sus provincias. Mas D. Cárlos pasó el Cinca sin pérdida considerable; prueba clara de que la espectacion del público va siempre mucho mas lejos que los generales, y que entre los deseos y las realidades hay siempre una enorme diferencia.

D. Cárlos atravesó, pues, el alto Aragon como un enemigo y nada mas; en nada mas que para asolar el pais se conoció la presencia del que se arrogaba el título de Rey de España. No excitó mas simpatías que Guergé su precursor dos años antes: pudo convencerse por sus propios ojos del ningun prestigio que rodeaba su persona, de la repugnancia, del horror que causaba la sola idea de que llegase á ser lo que por medios tan ruines y tan infames pretendia. Desairado tan completamente en Aragon D. Cárlos, podia todavía lisonjearse de mejor acogida en otras partes. Veremos de qué modo respondieron los resultados á sus esperanzas.

Trasladado con todas sus fuerzas al territorio catalan fué completamente derrotado en Grá por el general Baron de Meer. Mas cuando el público le daba por disperso, por completamente destruido; cuando se contabá con que, hallándose tan lejos de Navarra, le seria ya imposible salvar los restos de su ejército, supo con sorpresa que se hallaba en vísperas de pasar el Ebro. Y le pasó en efecto en Cherta á muy pocas leguas de su embocadura.

Fué pues el Maestrazgo teatro de sus correrías, las trasladó poco despues á la provincia de Valencia. El general en gefe del ejército del centro acudió de Aragon, y derrotó

las tropas del pretendiente en Chiva. Otra vez se le dió por completamente destruido; mas pudo retirarse sin molestia hácia Cantavieja, que se consideró desde entonces como la base de sus operaciones.

En refuerzo del general Oraá se puso en movimiento el general en gefe del ejército del norte. Permanecia el Pretendiente en las mismas posiciones. Todos le daban por circunvalado, y de consiguiente por poco menos que perdido. Mas no se circunvala tan fácilmente como en un papel en el terreno. D. Cárlos no fué circunvalado. Dejó al contrario el pais áspero en que se hallaba, y trasladó sus reales á mejor terreno. Aprovechándose de la separacion en que se hallaban los generales Oraá y Buerens, pudo caer sobre este en Herrera; ¡inesperadada y triste accion, que vino á desencantarnos, á destruir completamente las mas halagüeñas ilusiones!

La llegada del Conde de Luchana neutralizó los malos resultados que pudo haber producido la derrota. Pudieron rehacerse las tropas algo dispersadas de la division de Buerens; y su reunion con las de Oraá no animó al Pretendiente á presentar otra batalla; mas no tardó en decidirse á dar el gran golpe, que fué sin duda el grande objeto que le habia movido á salir de las provincias.

Mientras se hallaba el público en espectativa sobre los pasos ulteriores, salió de las provincias la expedicion de Zariátegui, pasando el Ebro. El capitan general de Castilla la Vieja se puso al frente de las tropas que debian perseguirle. Mas por la inferioridad de sus fuerzas, ó por otras causas que son en estas guerras tan comunes, no le pudo impedir de penetrar por el distrito de su mando. Puesto ya á su retaguardia, fué dueño Zariátegui de sus movimientos. En combinacion acaso con los de D. Cárlos invadió la provincia de Segovia, entró en su capital sin ninguna resistencia, y con la misma facilidad plantó la bandera de la rebelion sobre su alcázar.

¡El alcázar de Segovia en poder del Pretendiente! Era una cosa muy grande, muy significativa, muy solemne. Cada uno vió en ella la mano de una sábia combinacion que trasladaba cerca de la misma capital el teatro de la guerra. Se

presentaba ya á la idea establecida por lo menos en Segovia la córte de D. Cárlos. ¡Madrid y Segovia! ¡Dos córtes, dos capitales á diez y seis leguas de distancia! Habia motivos para contar con cosas nuevas de un orden extraordinario y peregrino.

Zariátegui, despues de dejar parte de sus tropas en Segovia, pasó los puertos con la otra, y se acercó tanto á la capital, que casi se le pudo ver desde sus muros. La division de Castilla la Vieja, que le seguia de cerca, se puso entre Madrid y los facciosos, empeñando con ellos una accion que no produjo resultados decisivos. Madrid permaneció tranquila; los que pudieron coger las armas corrieron á ellas, y no temieron la aproximacion de nuestros enemigos.

No acercándose las tropas de D. Cárlos, era inútil la permanencia de Zariátegui á la vista de la capital; era imposible que sus tropas conservasen á Segovia. El Conde de Luchana, que habia entrado en la provincia de Guadalajara á la noticia de la aproximacion de Zariátegui, obligaba á este á una pronta retirada. Asi la verificó seguido siempre por la division de Castilla la Vieja, que le iba á los alcances. No era sin embargo la intencion de Zariátegui volverse á las provincias. En otras partes estaban puestos sus ojos, sus planes, y sus combinaciones. Tuvieron las salidas del año 1837 un objeto mucho mas grande que las del año antecedente.

Mientras tanto el Conde de Luchana, despues de haber alejado á Zariátegui de la capital, torció á la derecha á ponerse otra vez en frente de D. Cárlos. Mas este, resuelto á poner cuanto antes en ejecucion su proyecto favorito, dejó á retaguardia á todas las tropas que tenia delante, y se disparó á los muros de la capital, donde su imaginacion acalorada le presentaba la posesion del trono tan apetecido.

En su expedicion le acompañaban Cabrera, Forcadell, todas las gavillas que infestaban los territorios de Aragon y de Valencia. Era necesario presentarse con el aparato de fuerzas mas imponente que posible fuese.

Con marchas rápidas se acercaba á la capital aquesta nube. Atravesó muy pronto la provincia de Cuenca: sin de-

tenerse pasó el Tajo: inmediatamente se vió invadida la provincia de Madrid, sin encontrar estorbos de ninguna clase. A las once de la noche del 11 de setiembre llegaron sus avanzadas á Vallecas.

Los que tienen la mala fe de atribuir esta expedicion sobre Madrid á la revolucion de Agosto de 1836, se olvidan de muchas cosas principales. Indicaremos entre ellas: 1.°, que la revolucion habia estallado tres meses antes: 2.°, que desde la revolucion se habian conseguido triunfos importantes sobre las tropas de D. Cárlos: 3.°, que el proyecto de venir á Madrid era anterior á dicho movimiento, y que con esta condicion le ofrecian su apoyo para lo succesivo las potencias extrangeras: 4.°, que esta venida, en lugar de aumentar la division que podia haber entre los amigos de la Reina, hizo de todos una falange impenetrable.

Presentó entonces Madrid un espectáculo verdaderamente grande. Todos los enemigos de D. Cárlos se penetraron del peligro comun, y obraron animados de los mas vivos sentimientos de concordia. Corrieron los milicianos á las armas, corrió la guarnicion y cuantos se hallaban en disposicion de manejarlas. Hasta los mismos Diputados á Córtes se armaron en el seno del Congreso. Rivalizaron las diferentes autoridades en celo y vigilancia, y cuantas precauciones y medidas se habian adoptado para la defensa en caso de que los enemigos se atreviesen á invadir la capital, se pusieron en ejecucion en el momento. No se turbó el órden, no se cometió violencia de ninguna especie. Los negocios, en cuanto las circunstancias lo permitian, siguieron el curso acostumbrado: no se cerraron mas tiendas ni talleres que los pertenecientes á los individuos que no podian asistir á ellos por tener las armas en la mano, ó estar empeñados en otras atenciones del servicio público. Enmudecieron del todo los amigos de D. Cárlos; en ningun rincon de los mas oscuros de esta capital se vió la mas pequeña demostracion á favor suyo. Todo era buen ánimo y confianza. Para completar la escena, la presencia de las dos Reinas delante de las filas vino á dar realce al entusiasmo.

Como las esperanzas del Pretendiente se apoyaban par-

ticularmente en el pronunciamiento de sus amigos en la capital, hubo de palidecer su estrella de un órden de cosas para él inesperado. Errado el golpe, hubiese sido una grandísima temeridad invadir con mano armada una vasta capital que con tanta hostilidad se le mostraba. Se acercaban por otra parte los generales Conde de Luchana, Oraá y Lorenzo; hubiese sido para él muy desastroso esperarlos á pie firme, y quedar de este modo entre dos fuegos. Era una retirada para él ya del todo indispensable, y si la emprendió al principio lentamente y como á pesar suyo, la accion de Aranzueque en que llevó sin disputa lo peor, dió á su movimiento todo el aire de una fuga.

Mientras tanto Zariátegui, que se retiraba lentamente delante de la division de Castilla la Vieja, manifestó querer volver sobre sus pasos. Despues de aceptar la accion de Solerana que no produjo resultados, se presentó delante de Aranda de Duero, Lerma y Burgo de Osma; de cuyos puntos se apoderó despues de muy corta resistencia. Poco despues, torció hácia la derecha y se dirigió á Valladolid, donde entró tambien sin que nadie le hiciese oposicion alguna. La mayor parte de las tropas con la milicia nacional y las autoridades habian abandonado la ciudad á la aproximacion de los facciosos. Otras se encerraron en el fuerte, al que intimaron estos la rendicion sin fruto alguno.

No se concibe como Zariátegui, sin entretenerse en la toma de Valladolid, no se dirigió con marchas forzadas hácia la capital para darse la mano con D. Cárlos; mas sin duda no creyó su presencia necesaria. Sin duda creyó á su Rey aposesionado de la capital. Cuando se mantuvo tranquilo en la ciudad, la consideraba como su conquista. El general Baron de Carondolet vino á disipar sus ilusiones buscándole en los mismos muros de Valladolid, en cuyas inmediaciones se trabó la accion que le hizo evacuar rápidamente su conquista. De esta vez se puso sériamente en retirada, y pasó el Duero para combinarse con su rey, que ya se hallaba en fuga.

Asi el Pretendiente, su sobrino, Zariátegui, Cabrera, y demas caudillos que se habian avalanzado á la capital co-

mo á una presa ya segura, estaban todos á últimos de setiembre de 1837 en una completa retirada. Los facciosos que pertenecian al bajo Aragon torcieron á la derecha perseguidos por el general Oraá, quien los alcanzó y derrotó en Arcos de la Contera, tomándoles mas de 800 prisioneros. El Pretendiente y Zariátegui se dirigieron hácia las provincias perseguidos por el Conde de Luchana y el general Lorenzo. En varios encuentros llevaron siempre lo peor, y solo á la escasez y carencia de recursos del pais que transitaban debieron el poder restituirse á sus conocidas madrigueras.

Tal fué el fin de la campaña de 1837 y el desenlace del drama en que quiso hacer un papel tan distinguido el Pretendiente. Pocas veces se han recibido lecciones mas duras, desengaños mas terribles. Las provincias interiores de España no querian á D. Cárlos. Era una cosa completamente demostrada que no eran sus soldados mas que unos miserables foragidos. Lo indicaban suficientemente la desolacion y ruina que por todas partes marcaba su presencia. Quedó desde entonces resuelto del todo un gran problema, que solo podia ser tal á los ojos de los ilusos, y de los hombres de malas intenciones.

Volveremos á este asunto en el número siguiente. Veremos entonces el fruto que se sacó de una situacion tan favorable y próspera para las armas nacionales.

GUSTAVO ADOLFO.

El primer capitan con cuyo nombre se han honrado nuestras páginas ha sido uno de los mas esclarecidos en la antigua Roma. Ocupa el segundo lugar un célebre español, cuya vida está enlazada con nuestras glorias nacionales. Será el tercero otro capitan asimismo de la edad moderna, quien por

su capacidad, su genio militar, y otras consideraciones, fué sin duda el primero entre sus contemparáneos.

La vida militar de Gustavo Adolfo es de las mas fecundas en sucesos importantes, de las mas activas, de las mas influyentes en la política de Europa, y, para concluir este ligerísimo bosquejo de las mas gloriosas, es de los pocos y distinguidos monarcas que nos presenta la historia en quienes las palmas de gran capitan brillan á par de los blasones de hábil administrador, de político profundo. Nacido en una época de grandes movimientos, está enlazado su nombre con uno de los que mas han influido en los destinos de la humanidad, á saber, la famosa guerra de treinta años, contienda en que se debatieron inmensos intereses, en que la religion se ve tan mezclada con la política mundana que casi se confunden.

Fué Gustavo Adolfo nieto del famoso Gustavo Vasa, fundador de la independencia Sueca, reformador de su religion, monarca valeroso y grande en todo, á quien debe su pais el rango distinguido que disfruta desde entonces. Su hijo primogénito Sigismundo fué elegido Rey de Polonia en vida de su padre, de modo que á su fallecimiento se vió con dos coronas. Le enagenó esta circunstancia los corazones de los Suecos. Católico ademas, é inspirando demasiada desconfianza de que trastornaria el establecimiento religioso planteado por su padre, trataron de sustituirle por otro príncipe que les excitaba diversos sentimientos. Fué este un hermano tercero de Sigismundo, á quien los suecos proclamaron por Rey despojando al primogénito. Reinó el nuevo príncipe, que tuvo el nombre de Cárlos IX, muy poco tiempo: mas con bastante tranquilidad para dejar la corona en las sienes de su hijo Gustavo Adolfo, quien á la edad de 17 años fué saludado Rey de aquella nacion tan belicosa.

Estaba Gustavo Adolfo á su subida al trono en guerra con las tres potencias de Dinamarca, de Rusia y de Polonia. No le fué difícil, despues de algunas vicisitudes favorables ó desfavorables á sus armas, ajustar la paz con la primera en 1613, y con la segunda en 1617. Mas la guerra con Polonia era mas séria. No podia Sigismundo menos de

apelar á las armas en vindicacion de sus derechos al trono de Suecia, ni este pais de confirmar con ellas la eleccion que habia hecho del padre de Gustavo. Heredero este jóven de los sentimientos nacionales, los cultivó con gran cuidado, y supo desde su subida al trono ser objeto del amor y respeto de sus pueblos. Continuaba la guerra con Polonia, y eran alternativamente su teatro las provincias litorales que estan al sur del Báltico. Suspendida por algun tiempo, se renovó en 1621; y el jóven rey de Suecia partió de Estockolmo para ponerse á la cabeza del ejército.

Gustavo Adolfo comenzó á mostrar desde entonces sus talentos militares, su capacidad y genio del mando, su actividad, su penetracion, su sangre fria. En muy poco tiempo se hizo dueño de varias plazas fuertes en Livonia, entró en Lituania y en Curlandia, y se apoderó de Birsen. Poco despues dió la primera batalla, que mandó en persona, en Lemigalla, y fué coronado de victoria. Vuelto al ejército, despues de un pequeño viaje á Suecia, tomó algunas plazas de la Prusia polaca ó ducal, que formaba entonces parte de los estados de Polonia. Poco tiempo despues se presentó en la rada de Danzick. Herido en el reconocimiento del fuerte de Weichelmunde, lo fué segunda vez en el campo atrincherado de Discheno, mas estos accidentes no detuvieron el curso de sus armas. La victoria le seguia á todas partes, y el rey Sigismundo se hubiese visto obligado á mendigar la paz sin la amistad y la alianza del emperador de Alemania que sostenia su causa. Estaba entonces en su mayor vigor la famosa guerra de treinta años. El general Wallenstein mandaba las armas del gefe del imperio, y jamás caudillo alguno desempeñó con mas acierto y mas en beneficio suyo una comision tan delicada. Mientras los suecos estrechaban á los polacos, entró Wellenstein en Mecklemburgo, en el Holstein: se apoderó de la plaza de Rostock, y puso sitio á la de Stralsund. El emperador enviaba socorros considerables á Polonia; mas no impidieron al rey Gustavo de obtener una victoria decisiva en Stum, que obligó á Sigismundo á firmar otra tregua de seis años.

Habia coronado la victoria en esta guerra las armas de

Gustavo; mas otra época le esperaba de mayor renombre y gloria, en que, como soldado, como capitan, como rey político, iba á representar el primer papel, el mas brillante de su tiempo. Necesitaba Gustavo un teatro digno de su genio, y le halló en la guerra de treinta años de que hablamos.

Fué un famoso acontecimiento en los anales del mundo esta guerra de treinta años, lid tremenda en que lucharon tantos intereses y pasiones encontradas, en que se invocó mas veces el nombre de la religion que el de la política mundana, en que hicieron tantos soldados fortuna, y con profusion se cometieron cuantos horrores puede producir la guerra. Encendida en Alemania entre los católicos y los protestantes, parecia tener orígen por una parte en la intolerancia religiosa de los primeros, enemigos jurados de toda innovacion en materia de dogma, y por la otra en las pretensiones del partido protestante de ser libres en sus creencias religiosas. Intereses materiales se mezclaban, como era natural, en estas luchas á los dictámenes de la conciencia; mas no es nuestro objeto el exámen filosófico de aquesta guerra.

A la cabeza del partido católico se hallaba el gefe del imperio, príncipe hábil, ambicioso, enemigo de los protestantes por política, por principios religiosos, singularmente propenso al despotismo por carácter, duro y tenaz en sus designios, que, aunque no hacia la guerra por sí mismo, sabia dirigirla valiéndose de los talentos de capitanes muy capaces. Sobresalian entre ellos un duque de Baviera, un Tilly, y sobre todo un Wallenstein, mas hábil y famoso que ninguno de ellos. Independiente de la liga católica, recibiendo órdenes directamente del emperador cuyos ejércitos mandaba como gefe absoluto, dueño de sus movimientos, con mas autoridad en sus tropas que el mismo príncipe su amo, reunia en su persona cuantas ventajas y cualidades podian distinguir á un caudillo en aquellas circunstancias, rodeado de guerreros que no veían en la contienda mas que ascensos, pagas y saqueo. Era sin duda Wallenstein el hombre que con mas profusion los prodigaba. Ya hemos visto cómo entró en el Mecklemburgo, en el Holstein, y puso sitio á la plaza fuerte de Stralsund; mas aquí le esperaba el primer contratiem-

po que sufrieron sus armas hasta entonces victoriosas.

No se hallaba la liga protestante en una posicion tan favorable. No muy bien avenidos entre sí, fluctuantes muchos de ellos, mal seguros otros en la fe, quizá no pocos con torcidas intenciones, carecian de plan y de concierto; y, aunque no dejaban de tener á su frente algunos generales hábiles, ninguno tenia bastante ascendiente sobre todos ellos para ver el alma de la guerra, circunstancia inapreciable y del todo necesaria. La liga católica tenia á la cabeza un gefe natural, á saber, el mismo del imperio; mas entre los príncipes contrarios ninguno descollaba hasta el punto de ejercer sobre los otros aquella autoridad moral debida á talentos superiores. Era, pues, preciso que los protestantes buscasen fuera lo que no tenian en su casa, que echasen los ojos sobre algun príncipe extranjero, de capacidad y genio, que fuese de su misma religion, y bastante ambicioso para embarcarse en una lid que, si bien ofrecia un gran campo de fortuna, podia exponer á reveses muy funestos. Dos solos reyes de Europa se hallaban en estas circunstancias, á saber, el de Dinamarca y el de Suecia. El primero, dueño del Holstein, tenia arraigo en el territorio de Alemania: el segundo no poseía nada en el pais, pero gozaba de un nombre mas famoso por sus guerras y victorias en Polonia. Tentaba al primero la ambicion de ponerse al frente de una liga que, si no era todavía formidable, podia llegar á serlo. No podia presentarse para él una perspectiva mas feliz de agrandar sus estados de Alemania, y adquirir en el pais un crédito duradero; mas circunspecto en demasía, intimidado sin duda de lo grande de la empresa, tal vez secretamente ofendido de la superioridad de un rival que le eclipsaba, apenas se presentó en la arena, cuando entró en composicion con los católicos, y se retiró á sus estados mas ó menos satisfecho de las ventajas conseguidas, sin que su nombre hubiese vuelto á sonar para nada en todo el resto de la guerra.

Se hallaba Gustavo Adolfo en diferentes circunstancias. Mas jóven, mas ambicioso, mucho mas capitan que su rival, gefe de una nacion mas belicosa, y mas pobre al mis-

mo tiempo, coronado por la victoria con un nombre ya famoso, lleno por otra parte de celo por la religion protestante, planteada en Suecia por su abuelo, enemigo personal del emperador, que habia enviado auxilios contra él á su tio Sigismundo, satisfacia en su persona á cuantas condiciones eran necesarias para acometer la empresa. Campo mas fecundo de agradables perspectivas no podia ofrecerse á un rey jóven, pobre, guerrero y ambicioso. Gustavo se aprovechó de la ocasion, y se abrió una época de fama, de prosperidad y de grandeza, que le constituyen uno de los reyes mas distinguidos de la edad moderna.

Dió, pues, oidos Gustavo Adolfo á las proposiciones de los príncipes protestantes de Alemania, y no dejó de ser exigente en cuanto á condiciones. No poseyendo nada en este pais, pidió algunas plazas fuertes que le sirviesen de refugio en caso de un reves, y en esto daba á entender que era tan cauto y prevenido, como arrojado y valeroso. Comenzó su campaña presentándose delante y en socorro de Stralsund, sitiada por los imperiales, como ya hemos dicho. Estrechaba esta plaza vivamente Wallenstein por tierra; mas no era dueño del mar por donde podia ser muy fácilmente socorrida. La guarnicion dinamarquesa fué reemplazada por la sueca, conducida por Gustavo, y desde este momento pudo darse la plaza de Stralsund por libre. Wallenstein, que habia desobedecido varias veces las órdenes del emperador, que le mandaba levantar el sitio, que habia manifestado altamente que tomaria la plaza, aunque una cadena la ligase al cielo tuvo que retirarse de delante de sus muros con la pérdida de 12000 hombres que le habia costado una obstinacion tan poco meditada, y con la cruel mortificacion del primer desaire que recibian sus armas hasta entonces victoriosas. Gustavo Adolfo volvió á Suecia para dar de mano á los últimos preparativos de su expedicion en Alemania. Terminados estos, despues de haber nombrado un consejo de regencia, se embarcó en Estockolmo al frente de un ejército de 15000 hombres á la vista de un gentío inmenso, que con entusiasmo le aclamaba y bendecia. Era á la sazon Gustavo el príncipe mas popular del siglo. Aquella nacion tan

fuerte y belicosa no podia menos de aplaudir á un jóven rey, amante de la gloria, capitan ya distinguido, guerrero victorioso. La expedicion de Alemania daba realce á su esplendor, y refluía singularmente en aumento de fama y de importancia para toda la nacion, partícipe de los destinos del monarca. Asi se llevó Gustavo Adolfo los corazones de sus súbditos, y el voto general y ardiente por ver sus tropas victoriosas.

Desembarcó Gustavo en las costas de Pomerania; mas no halló en el pais la acogida que del llamamiento y del importante servicio que iba á hacer á la liga protestante debia prometerse. Se le mostraron los príncipes frios, irresueltos, como hombres que temen darse en un aliado y protector un dueño. Era natural hasta cierto punto semejante suspicacia hácia un príncipe extranjero, de talentos y capacidad, que daba ya muestras de ser muy ambicioso. Mas los príncipes protestantes no podian, no debian ya retroceder delante de lo que ellos mismos habian querido y deseado. Que necesitaban de un protector y aliado como el rey de Suecia, era para ellos demasiado claro y positivo. A sus faltas, á la que tenian de concierto, de plan fijo, de poca armonía y de mutua sinceridad, debian el verse en este caso; mas era preciso que se atuviesen á las consecuencias.

No se arredró Gustavo con este contratiempo. Habiéndose embarcado en una empresa tan difícil y arriesgada, no le quedaba otro camino que el de llevarla al cabo, cualesquiera que fuesen los obstáculos. Estaba tan empeñado en ella su nombre, su reputacion, su misma gloria, que no podia retroceder ya sin grave daño suyo y de la misma Suecia. Era preciso proteger los príncipes protestantes contra ellos mismos, y obligarlos á que se declarasen abiertamente á favor suyo. No era para él oportuno ni aun posible contemporizar con un soberano tan enemigo personal de él mismo y de su secta como el emperador Fernando. Nuevos y recientes compromisos le ponian en el caso de no retroceder de la empresa comenzada. El hombre que dirigia los negocios de Francia, el famoso cardenal De Richelieu, siempre animado de su odio á la casa de Austria, no perdonando medio alguno de

suscitarle enemigos en cualquier sentido, acababa de entrar en negociaciones con Gustavo Adolfo, que le pareció excelente instrumento de su política profunda. Con subsidios numerosos trató de aguijonear la enérgica actividad de un príncipe guerrero y ambicioso. Por ningun estilo defraudó las esperanzas que de él se habian concebido.

Penetró, pues, Gustavo Adolfo en Pomerania poniendo el pais á su disposicion, apoderándose de las plazas fuertes que le sirviesen de asilo en caso de un reves á todas luces tan posible. Los príncipes protestantes vacilaban todavía, á pesar de ver sus banderas tan cerca de las propias; mas el rey, deseoso de salir de tanta incertidumbre, comenzó obligando al elector de Brandemburgo á declararse á favor suyo.

Ya era este un buen pie para pasar á cosas de mas bulto. Lo esencial era el contraer una amistad estrecha con el que aparecia como el principal y el mas poderoso de los príncipes de la secta protestante. Era este el elector de Sajonia, quien, á pesar de su poder y la importancia que tenia en el norte de Alemania, se mostraba el mas irresuelto sin decidirse por ninguno de los dos partidos. Quiso desde un principio hacer el papel de mediador entre la liga católica y la protestante, incluyendo en los intereses de esta los del rey de Suecia; mas ni este ni el emperador quedaron satisfechos con una política que en aquellas circunstancias, en lugar de ser sagaz, adolecia de inoportunidad y de imprudencia. Por órden del emperador hizo el conde de Tilly una incursion en la Sajonia. Alarmado el elector, ó mas bien dándose ya por perdido, llamó en su auxilio al rey de Suecia. Era justamente lo que este deseaba, y sin perder momento entró en su territorio al frente de su pequeño ejército. Habiendo unido sus armas con las del elector marchó en busca de sus enemigos. Muy pronto se vieron uno en frente de otro en Bereytenfield, cerca de Leipsick. Ocupaba Tilly una ventajosa posicion en la falda de un monte, donde se presentaba su ejército en forma de anfiteatro, con los flancos cubiertos, y mucho mejor la retaguardia. Ocupaban los suecos y sajones la llanura, y no podian tener la probabilidad de

derrotar á un enemigo tan ventajosamente colocado; mas este, creyendo sin duda deber tomar una actitud mas ofensiva, dejó sus posiciones y se avanzó á la llanura para poder de este modo empeñar una lid mas decisiva. Era su ejército muy superior al enemigo. Los sajones por otra parte no eran tropas comparables con las imperiales. Desde el principio de la accion abandonaron el campo de batalla, ó mas bien huyeron con el elector á su cabeza; mas los suecos eran otros hombres, y Gustavo Adolfo otro caudillo. La circunstancia de la derrota de los sajones le puso en el caso de acometer con mas ventaja á los imperiales, algo desordenados, en persecucion de los que huían. Rechazó su infantería á la caballería enemiga que sobre ella se avanzaba. Poco despues se midió con la infantería, tambien del mismo bando, que venia en auxilio y refuerzo de la caballería derrotada. Probó aquel dia la infantería sueca lo que vale esta arma, mandada y dirigida por un hábil general que conoce toda su importancia. La de los imperiales cedió á su ímpetu verdaderamente irresistible. Aumentado asi el desórden en las filas del conde de Tilly, abandonaron el campo y se pusieron en completa huida, con pérdida de su artillería y su bagaje. De este modo tuvo Gustavo la doble gloria de vencer en batalla campal á un enemigo del mérito del conde de Tilly, y de ser el salvador de un pais cuyo ejército habia sido formado junto al suyo.

Un caudillo que comenzaba tan brillantemente su campaña no podia menos de ejercer desde aquel momento la influencia debida á su gran genio. Asi fué considerado como el gefe, como el alma, el gran resorte de la liga protestante. Bajo tal aspecto fué considerado por los mismos católicos, por el emperador, por todos los gabinetes de la Europa. Su nombre, hasta entonces famoso, adquirió nuevo lustre y nueva gloria. Gustavo fué desde este momento el mas grande hombre de su tiempo.

Tuvo medios el conde de Tilly de rehacerse de sus pérdidas. Poco despues puso sitio á Magdeburgo, ciudad fuerte de Sajonia. Confiada la ciudad en su alianza con Gustavo, hizo á las armas de la liga una ostinada resistencia. Fué el

sitio de Magdeburgo uno de los mas célebres que nos refieren las historias. Se cifraba la reputacion del general de la liga en vencer la resistencia tenaz de los magdeburgueses. Habian estos hecho punto de honra el perecer antes que rendirse á la merced de sus feroces enemigos. La idea de la llegada pronta de Gustavo alentaba su esperanza, y les hacia arrostrar los mayores apuros en que un pueblo sitiado puede verse. Fueron de toda especie los que molestaron á la ciudad de Magdeburgo. Hambre, enfermedades, falta de municiones y demas materiales de la guerra; las murallas con brecha abierta ya por todas partes: un asalto próximo, y todos los horrores que se debian temer de un vencedor feroz y vengativo. No se arredraron sin embargo, y hubiesen sufrido toda la suerte que podian aguardar de una resistencia al extremo conducida, si el conde de Tilly no hubiese recurrido á un estratagema, haciéndoles ver que se acercaba el auxilio apetecido. Halagados con esta ilusion los habitantes, se entregaron por algunos instantes en brazos del reposo. Sumergidos estaban en un profundo sueño casi todos los que tenian las armas en la mano, cuando despertaron al son de las cajas, trompetas y clarines de los enemigos que habian entrado, é inundaban la ciudad, habiéndose aprovechado de tan críticos momentos. Fué vana desde entonces toda resistencia. Sirvió solo para inflamar mas el furor de los vencedores, para dar mas pábulo á los horrores de todo género que cometieron. El robo, el saqueo, el incendio, la violencia, todo se lo permitió á sus soldados el viejo conde de Tilly, que se hizo sordo á los clamores de aquellos infelices habitantes que á sus plantas se postraban. Solo permitiendo estos excesos y desenfreno podian mandar tropas en aquellas guerras, en que habia tantas banderas que provocaban la ambicion y codicia del soldado. Eran por otra parte guerras de religion, y no tenemos que olvidarlo. Todas ellas se han distinguido por un carácter de ferocidad, que las diferencia en cierto modo de las contiendas de un órden mas mundano. No es muy difícil averiguar la causa; mas es ageno por ahora de nuestro objeto el indicarla.

Supo Gustavo el desastroso fin de Magdeburgo cuando

estaba ya muy próximo á sus muros. Embarazos de todo género se opusieron á su propósito de salvarla de las armas de la liga. Al dolor que le causaba tan gran pérdida, se añadia su mortificacion al considerar que pasaria tal vez por flojo aliado, no habiendo hecho todo lo posible por socorrer la plaza destruida. Le hizo esto redoblar su actividad y su energía, reparando con nuevas acciones todo el mal que pudo haberle causado, lo que se presentaba como inaccion á los ojos de sus enemigos. Con todo el ejército que pudo reunir se entró en Baviera. Acudió á su socorro el conde de Tilly, y le disputó el paso del rio Leck, defendido por un fuerte atrincheramiento coronado de setenta piezas. El rey de Suecia halló medio de acallar sus fuegos por medio de sus baterias, y mientras el ejército bávaro estaba ocupado en defenderse por aquella parte, pudo Gustavo al abrigo de una espesa niebla ballar paso un poco mas abajo. Asi se vió con medios de trasladar todas sus tropas á la orilla opuesta. Sorprendidos los enemigos, se defendieron en desórden. Desesperado Tilly con la desgracia, se puso á combatir en las primeras filas, y fué muy pronto víctima de su ardimiento. Con la muerte del general se consumó la derrota, fuga y dispersion del ejército de la liga. Gustavo penetró vencedor por los estados de Baviera, y tremoló en Munich sus banderas victoriosas. Despues de haber puesto á contribucion aquel pais tan rico, pasó al Palatinado, se apoderó de Maguncia, y se aposesionó de los paises que baña el Rhin por aquella parte del imperio. Fué demasiado visible su preponderancia para que no inspirase terror á sus enemigos, recelos y envidia á sus aliados. Tal vez el cardenal De Richelieu, que habia buscado con tanto ardor su alianza, comenzó á pensar que se habia hecho eon un amigo demasiado poderoso.

Produjeron las victorias de Gustavo Adolfo un resultado natural, y que los hombres sagaces preveían. Estaba separado del mando el famoso Wallestein, quien habia debido en parte esta desgracia á su propio orgullo, y á la envidia de sus numerosos enemigos. Las desgracias de las armas de la liga hicieron arrepentirse al emperador de haberse privado

del brazo fuerte de su antiguo general, de haberle sacrificado á ruines envidiosos. Fué preciso tratar de apaciguar aquel ánimo implacable, aquel leon cuyo furor habia aumentado en las sombras del retiro, y cuyo orgullo habia crecido á proporcion que se creía necesario. Con aparente repugnancia prestó oidos á las proposiciones, que parecian súplicas, del emperador. Con las condiciones mas duras, mas ofensivas al orgullo de aquel monarca tan severo, consintió en ponerse otra vez al frente del ejército. Jamás un súbdito impuso á su monarca la ley de un modo tan fiero y absoluto. Se podia decir que era el soberano Wallenstein, y el súbdito Fernando. Mas por todo esto habia que pasar, si se queria poner un dique al torrente de las armas de Gustavo.

Salió Wallenstein de su retiro, y al momento corrieron á sus banderas los veteranos que tantas veces habia conducido á la victoria. Muy pronto le vió Alemania al frente de un ejército numeroso y formidable. La Europa contempló en él un rival digno de Gustavo.

Tuvo pronto este príncipe noticia de un cambio para él tan importante. Inmediatamente dejó el territorio de Baviera y de las orillas del Rhin, retirándose á Franconia. Mas no pasó de los muros de Nuremberg: fortificó un vasto campo que le ponia al abrigo de los ataques de los imperiales. Wallenstein, que seguia sus pasos, no se atrevió con tan fuertes posiciones, y se atrincheró él mismo en una altura cerca de la plaza que consideraba como una fortaleza inexpugnable.

Asi permanecian uno en frente de otro ambos ejércitos rivales. Habiendo recibido el rey de Suecia refuerzos considerables que esperaba, trató de presentar batalla al general austriaco; mas no la aceptó éste fiado en sus fuertes posiciones. Resuelto Gustavo Adolfo á combatir con él á toda costa, trató de tomárselas á viva fuerza. Fué el asalto impetuosísimo efectuado por sus suecos, que eran en el ataque unos leones, y un muro de diamante en la defensa. Por tres veces tomaron y perdieron las líneas exteriores aquellos valientes, animados á la viva voz de su monarca tan amado. Se defendian los imperiales con proporcionada

obstinacion, animados á su vez por Wallenstein, á quien comparó un historiador aleman con el gefe del Olimpo tomando disposiciones en el punto mas culminante de aquella fortaleza. Los suecos se penetraron al fin de la inutilidad de sus esfuerzos. Mandó Gustavo tocar la retirada, y volvió á su campamento despues de haber bañado con raudales de sangre al enemigo.

Dejó Gustavo Adolfo entonces los muros de Nuremberg y se encaminó á Baviera; mas habiendo sabido que Wallenstein hacia un movimiento por la parte de Sajonia, torció su marcha en la misma direccion el rey de Suecia. Era la segunda vez que los austriacos invadian la Sajonia, descubierta y á merced del enemigo. Tambien era la segunda que corria Gustavo á la defensa de un aliado tan equívoco, que casi se podia llamar un adversario; mas cuanto mas frio se le mostraba el elector, tanto mas le aconsejaba su política la grande utilidad de protegerle. Su entrada en Sajonia fué saludada con las mas vivas demostraciones de alegria. Salian los pueblos á los caminos á celebrar con vivas la llegada del que llamaban su libertador. Le rodeaba en las ciudades la inmensa muchedumbre, y se agolpaba á besar su espada, sus vestidos y hasta su caballo. «Me reciben y tratan como á un Dios, decia Gustavo en voz baja á los que de cerca le seguian: muy bien va esto para mí; mas temo que el cielo quiera castigar esta especie de impiedad, y les haga ver pronto con signos muy visibles que no soy mas que un hombre.» Palabras de un sentido muy profundo, y que parecian un presentimiento del fin próximo que le aguardaba.

Desconcertó la llegada del rey sueco el plan de Wallenstein, y llamó en su auxilio el cuerpo de Pappenheim, otro general austriaco, separado entonces de su ejército. Gustavo se acababa de reunir con el duque de Weymar, uno de los príncipes de la Alemania protestante que mas le auxiliaba con su celo, y sobre todo por su valor y mas prendas militares. Los dos ejércitos no daban muestras de querer medirse por entonces, y parecian ocuparse de tomar cuarteles de invierno, que en aquel pais estaba ya muy avanzado. Era muy urgente para Wallenstein volver á des-

tacar el cuerpo de Pappenheim y dirigirle hácia el Rhin, donde la presencia de los austriacos era sumamente necesaria. La cercanía de Gustavo le inquietaba; mas como todas las apariencias eran de que este príncipe se atendria á la simple defensiva, fué de opinion su consejo de guerra de que no habria inconveniente en la separacion que se tenia por indispensable. Se adhirió Wallenstein á este parecer apoyado por un astrólogo, en quien tenia este general depositada su confianza. Fué muy imprudente Wallenstein. Pocas veces se han cometido faltas mas graves en la guerra.

Inmediatamente que supo el rey de Suecia la separacion de Pappenheim, resolvió atacar al general austriaco y se puso en movimiento hasta sus líneas. Fué otra falta en Gustavo el no haber aguardado que aquel se hallase tan distante que no pudiese volver ya en auxilio de Wallenstein; mas acaso temió el que se le pasase asi la ocasion oportuna de presentarle la batalla. Despachó al punto el general austriaco un correo extraordinario á Pappenheim, y él se resolvió á esperar á pie firme á su adversario, habiendo llamado cerca de su persona á todos los destacamentos que se hallaban en las inmediaciones.

Separaba los dos ejércitos el camino de Leipsick á Lutzen. Fortificó su campo el general austriaco con atrincheramientos coronados de cañones, y dispuso su órden de batalla colocando en el centro la infantería y en las alas la caballería. Igual formacion adoptó sobre poco mas ó menos el rey sueco. Se preseutaron en frente uno de otro ambos ejércitos en una mañana fria de noviembre del año 1833, mas los ocultaba una densa niebla mutuamente. Luego que tuvo formadas sus tropas en órden de batalla, se apeó Gustavo Adolfo del caballo, se quitó el sombrero é hizo de rodillas su oracion: todo el ejército imitó su ejemplo en el momento. Concluido este acto religioso, montó á caballo Gustavo y recorrió las filas. A las once de la mañana se disipó la niebla, y los dos ejércitos comenzaron el combate. «Dios sea con nosotros» fué el grito de los suecos: «Jesus y María» el que lanzaron los austriacos. No pudo resistir el centro de estos, á pesar de sus atrincheramientos, el ímpetu de la infantería

sueca, que llegó hasta apoderarse de la artillería enemiga, y á volverla contra los contraríos. Desde este momento pudo dar Wallenstein la batalla por perdida; mas, mientras que á fuerza de habilidad y de presencia de ánimo restablecia el órden en su infantería fugitiva, se le apareció un refuerzo poderoso.

Habia recibido Pappenheim el correo extraordinario del general en gefe en un pequeño pueblo á muy pocas horas de distancia. Estaba á la sazon ocupada su infantería en el saqueo, y por no perder tiempo en reunirla el general, se puso al punto en movimiento al frente de su caballería. Volvió su presencia el valor á los austriacos: muy pronto se volvieron otra vez dueños de su artillería y de sus líneas. Perdieron los suecos por aquel momento el fruto de su trabajo y de su sangre, succediendo el desaliento á tanta valentía.

Supo este contratiempo el rey que peleaba en el costado derecho, y no pensaba mas que en aprovecharse de las ventajas conseguidas por el centro. Con la rapidez del rayo se encaminó á esta parte, donde era ya tan necesaria su presencia. Le hizo su cortedad de vista avanzarse mas de lo que convenia á una persona de un interes tan vital como la suya, y una herida en el brazo fué el inmediato resultado de este paso. No dió muestras Gustavo Adolfo de ninguna novedad por el momento; mas el dolor del golpe llegó á ser tan agudo, que hizo indispensable su retirada de las filas. En el momento de ejecutarlo recibió otra herida en las espaldas. Bastante tengo ya, dijo el rey, y en el momento cayó muerto del caballo. Se esparció al instante la noticia en el ejército; mas esta desgracia de haber perdido al general en gefe, que en otros ejércitos inspira por lo regular desmayo y desaliento, excitó muy diversos sentimientos en el sueco. El dolor de haber perdido á su monarca, el deseo de vengarle, el de recobrar su cadáver, aumentaron la ferocidad de sus soldados. Fueron desde entonces señalados los ataques por la venganza y sed de sangre. Por dos veces arrollaron los suecos á los enemigos: otras tantas fueron rechazados. Pappenhein excitaba á todos con su ejemplo; mas

habiendo caido muerto en el calor de la refriega, volvió el desaliento al corazon de los austriacos. Separaron las sombras de la noche los que con tal ferocidad peleaban por una y otra parte. La aprovecharon los austriacos para retirarse del campo de batalla. Cogió la mañana siguiente á los suecos en las mismas líneas y dueños del campo de batalla. Asi se hicieron dignos del título de vencedores.

Buscaron estos inmediatamente el cuerpo de su monarca idolatrado. Pronto le encontraron en el sitio donde se le habia visto caer, entre un monton de cadáveres, casi desnudo. Se deja sentir con qué demostraciones de dolor y de amargura se contemplaron aquellos restos ensangrentados de un valiente capitan que tantas veces los habia conducido á la victoria. En el mismo campo le hicieron cuantos honores fúnebres podian tributar á un héroe, á un rey ilustre y distinguido. Fué su cadáver trasladado á Suecia, donde le acompañaron al sepulcro las lágrimas de todo un pueblo que, acostumbrado á admirar su valor y venerar sus virtudes, se consideraba en la orfandad y en un mísero abandono.

Pereció Gustavo Adolfo en la flor de sus años en medio de la carrera mas brillante, coronado con el laurel de la victoria. No se puede terminar la vida de un modo mas noble, mas grande y mas dichoso. Será el nombre que dejó en el mundo tan duradero como sus anales. No ha figurado hasta ahora en los de Suecia un monarca que pueda serle comparado. Gustavo Vasa fué un gran rey, un guerrero distinguido; mas no tuvo teatro donde figurar como general en gefe de un ejército. Brillaron mucho el valor, la impetuosidad, el arrojo y la impavidez de Cárlos XII; mas ni como hábil político, ni como grande capitan, será nunca celebrado. Reunió las dos cualidades en un grado eminente el rey Gustavo Adolfo. Brilló al principio como general en sus guerras con Polonia. Ofreció la de treinta años de Alemania un vasto campo á su capacidad como príncipe hábil en política. Era muy difícil para un rey extranjero hacerse el gefe, el alma de la liga protestante, donde entraban tantos príncipes celosos de su propia autoridad, que no querian ceder á la de nadie; mas todo se dobló al grande ascendiente

de su genio. Todos imploraron mas ó menos el auxilio de unas armas cuyas victorias podian ser á la larga tañ temibles. El mismo elector de Sajonia, que tenia las pretensiones de ser gefe de la liga, se vió obligado á echarse por dos veces en los brazos del rey de Suecia, á quien aborrecia. Se manifestó en todos los movimientos y marchas de este en Alemania, no solo su tino militar, sino su genio político. Su historia bajo entrambas consideraciones es muy digna de estudiarse.

Sentimos que los límites de nuestro periódico nos hayan obligado á tratarla de un modo tan breve y compendioso; mas bastan los rasgos indicados para presentar al rey de Suecia como un hombre extraordinario, digno de su fama. Mientras permaneció en Alemania fué el terror constante del emperador, que temblaba á la idea de verse destronado por un príncipe extranjero. Que eran estas las miras ulteriores de Gustavo parece muy natural y verosímil: que el rey de Suecia era tan ambicioso como valiente y entendido se puede explicar muy fácilmente. Sin grandes pasiones no se hacen cosas grandes, como la experiencia nos lo acredita á cada paso. Fué verdaderamente grande la ambicion del rey de Suecia; mas hizo ver que sabia muy bien los caminos para llegar á los medios deseados. Sobrevivieron sus planes y su genio: continuaron las armas de Suecia haciendo el principal papel en aquella guerra desastrosa. Una porcion de generales salidos de su escuela bastaron para darles el ascendiente que conservaron hasta la paz, que no tuvo efecto hasta quince años despues de su fallecimiento. Asi se puede decir que se escuchaba aun su voz en las filas de su ejército. Se habia hecho muy digno de esta gloria el rey Gustavo. Pocos poseyeron en mas alto grado toda clase de virtudes militares. Era valiente, emprendedor con circunspeccion, osado sin temeridad, dotado de gran prudencia y mucha sangre fria. Era liberal, moderado, justo, templado en todas ocasiones, de hábitos sencillos, enemigo de los vicios y la disipacion, sobre todo extremadamente justo. Fué admirable la disciplina que introdujo en sus tropas, é indecible el amor, la veneracion y miedo saludable que á todos inspira-

ba. Sobresalió por una virtud de mérito en todos tiempos, pero de un precio sin igual en aquellas circunstancias. Gefe en cierto modo de la liga protestante, manifestó en todas ocasiones un celo nunca desmentido por el triunfo de su secta. Luterano de corazon se manifestó á los propios y extraños, á los amigos, como á los enemigos; á los ojos de la Austria católica contra quien combatia, como de la Francia católica que le auxiliaba; y si escuchó la voz de intereses suyos personales, jamás fueron los de la religion abandonados. Asi fué grande la opinion que se granjeó de hombre justo y religioso; profundo el respeto que inspiró su persona en todas ocasiones.

Amaba Gustavo la guerra por inclinacion, y como hombre de genio la estudiaba. Hizo en la táctica innovaciones de importancia, que sirvieron de base á otras adoptadas succesivamente por grandes generales. Conoció toda la importancia de la infantería, á cuya organizacion consagró muchos desvelos. Se sabe lo temible y formidable de la suya en las guerras de Alemania. Muy admirador de la legion romana, quiso imitarla en cierto modo formando á diez de fondo, armando las primeras filas de mosquetes y de picas las restantes; mas conforme se fué generalizando el uso de las armas de fuego, se hizo necesario renunciar á este órden tan compacto.

Aconsejamos de nuevo á nuestros lectores estudiar la vida militar y política de Gustavo Adolfo.

CRÓNICA MILITAR

Desde el 20 de julio hasta la publicacion de este número.

El mes que va casi trascurrido desde la publicacion del número anterior hasta el momento en que escribimos, tam-

bien ha sido estéril en acontecimientos militares. A la toma de Peñacerrada se siguió la de Labraza, que los enemigos abandonaron sin esperar el asalto á que se preparaban nuestras tropas. Desde este momento todo se halla como estacionario. Se mueven tropas de una y otra parte. Se aprestan unos al parecer para atacar; se ponen otros en tono de defensa. Se habla de ir sobre Estella, y el público cuenta ya con su conquista; mas hasta ahora todo se reduce á preludios y preparativos.

El público se ha ocupado todos estos dias mas de la persona del general en gefe del ejército del norte que de sus operaciones. El lector conoce muy bien que aludimos á la dimision hecha por dicho gefe superior, que abrió tanto campo á las conversaciones. á las conjeturas, y aun añadiríamos, á las intrigas, si estas materias pudieran ser compatibles con la índole de nuestra obra. Por mas de una semana apenas se ha hablado de otra cosa que de si se admitia ó no la dimision, si el general insistia ó no, si ponia condiciones, si se reformaria ó no el ministerio con motivo de este paso, si se enviaban ó no emisarios con objeto de promover explicaciones, si habiá llegado ó no la respuesta, etc., con todas las demas especies incidentales tan propias de estos casos, y que el lector imagina fácilmente. De desear, y aun de suponer es, que todo este movimiento, fermentacion ó crísis, pues con tal título se la ha bautizado, no haya paralizado nada las operaciones de allí, pues aquí, segun voz y fama, nadie pensaba ni se ocupaba mas que de la solucion de un problema, á saber, si se iba el conde de Luchana ó se iban los ministros. Al fin parece que se tomó un término medio que lo ha conciliado todo á satisfaccion de entrambas partes, que los ministros quedan en sus sillas y el general al frente del ejército. Ya era tiempo de que saliésemos de tanta incertidumbre. Las operaciones militares lo agradecerán, y los negocios civiles con mucho mas motivo.

Probablemente se volverá á hablar positivamente de operaciones sobre Estella. No sabemos ni podemos decir que sea el movimiento de preferencia que las circunstancias aconsejan; mas es el que el público imagina, sobre el que se han

esparcido mas rumores, y hecho mas cálculos y conjeturas. Segun las noticias que se reciben de aquel pais, parece que con él cuentan asimismo nuestros enemigos. La cosa es algo séria para entrambas partes. Se trata para ellos de perder ó no perder su capital, pues al fin como tal se considera á Estella; para nosotros el ocupar un punto fuerte, cuya ocupacion cambia en cierto modo el teatro de la guerra, es decir, le adelanta para nosotros de una manera ventajosa. De todos modos, es problema que va á resolverse dentro de muy poco.

Si se exceptúan algunas correrías del coronel Zurbano, en que es casi siempre tan feliz como acostumbra, algunos pequeños golpes que se han dado á partidas de facciosos en la provincia de Burgos, la muerte del faccioso Osma por el soldado Vicente Lopez Goicoechea en las inmediaciones de Pamplona, algunas salidas del virey en cargos, que producen siempre el despejar el pais por el pronto de enemigos, el ejército del norte permanece en inaccion, aunque en inaccion muy imponente, pues al fin Don Cárlos teme por sus posesiones, y no se atreve como la vez pasada á probar fortuna en otras partes.

¿Y Muñagorri? ¿Cuándo sale con sus tropas á campaña? ¿Será una farsa lo que se nos cuenta de su alistamiento y de su número? Si llegan ya á cinco mil estos nuevos campeones que se presentan en la escena, como se asegura, no es un número despreciable, sobre todo para aquel pais tan estrecho y reducido. El grito que ha dado su caudillo debe de ser muy popular en las provincias Vascongadas. Todo dependerá, como en semejantes casos, del tino y capacidad particular de dicho gefe. Mucho ansiamos por que salga pronto á la palestra, y haga ver si se muestra igual á muchos de sus predecesores hombres de genio y travesura.

En este momento en que escribimos casi todo el ejército del centro, con el general en gefe á la cabeza, se halla al frente de Morella. La marcha hácia dichos puntos, con distintas direcciones, de las divisiones de los generales Don Santos San Miguel, Borso di Carminati y Pardiñas, nos ha parecido bien combinada y entendida. Debian dedicarse

los esfuerzos de los enemigos á destruir la combinacion, á atacar las columnas en detall, á impedir en fin que se diesen la mano los que por tan diversos puntos acudian á la cita: asi lo intentaron en efecto, sobre todo con la columna del general San Miguel, que atravesaba el peor terreno é iba de mas lejos. En el pueblo de Cinq-Torres fué atacado por Cabrera al frente de algunos batallones que le hicieron fuego desde las alturas, mas fueron repelidos y rechazados al instante. Igualmente infructuosos fueron algunos otros que quiso aquel darle en el camino. La columna se unió con la del general Oraá, que el dia antes habia llegado á Castellfort, y lo mismo verificó la del general Borso, que procedia del lado de la provincia de Castellon de la Plana. Reunidos los tres gefes, se acercaron á la plaza de Morella y pudieron reconocerla, habiendo repelido varios ataques enemigos, y haciendo inútiles varios disparos que les hicieron desde la misma plaza.

El general en gefe se fortificó en la Pobleta, mientras el general San Miguel retrocedia con su division á Alcañiz á tomar la artillería y demas material necesario para el sitio de la plaza. El dia 2 fué atacada la division de Borso di Carminati en su campamento de la sierra de San Isidro por Cabrera al frente de algunos batallones, donde se hallaban asimismo Forcadell, Merino y Don Basilio. Los rechazaron nuestras tropas con vigor y pérdida de los enemigos. Cabrera debió su salvacion á la velocidad de su caballo, dejando en poder de nuestros soldados su capa y otros mas despojos. El general Borso recomienda en su parte á los coroneles D. Cárlos Oxolm, D. José Ortiz, Don Juan de la Pezuela y D. Félix Miranda; al comandante D. Francisco Serrano y otros varios.

La expedicion sobre Morella no puede, pues, comenzar bajo auspicios más felices. Está ya demostrado que los enemigos ni han podido impedir la llegada de nuestras tropas á Morella, ni se hallan en estado de hacer que se levante el sitio. Debian consagrar sus mayores esfuerzos á que no llegase la artillería con todo el tren de sitio; y cuando reflexionamos sobre lo montuoso, lo escarpado, lo difícil del

camino por donde tenia por precision que transitar, no podemos menos de admirarnos de lo desatinados y débiles que los facciosos son en todos sus ataques, La artillería llegó sin novedad el 7 á la Pobleta, habiendo hecho diez y seis horas de camino en siete dias. El 8 ó 9 pudo establecerse delante de Morella.

El sitio de Morella debió de comenzar el 8 ó 9 del corriente. En estos dias no hubo noticias de oficio, debido esto sin duda á la interceptacion de los caminos; mas habiéndose superado con la mayor felicidad los principales obstáculos que podia tener la empresa, ya no podemos dudar de su buen éxito.

¡Cuánto quisiéramos poder estampar en este número la noticia de la toma de Morella! Mas si no llega esta dentro de tres dias, tendremos que dejarlo para el otro número.

Recientemente salió de Vitoria el coronel Zurbano al frente de su columna, reforzada con un escuadron de Borbon, contra varias compañías enemigas que con un tal Ochoa á la cabeza, se hallaban en el puente de Villodas con el objeto de interceptar el camino de Castilla, El resultado fué derrotar completamente á los rebeldes despues de un combate reñido en la Sierra de Badaya, haciéndoles la pérdida de 70 muertos y de 54 prisioneros.

Posteriormente se sabe por parte del general Oráa, que, habiendo llegado el general San Miguel el 6 con la artillería al pié de la posicion de la Pobleta, no se pudo hacer mas en todo el dia 7, que adelantar un poco el material colocándole mas allá de la Pobleta camino de Morella, habiendo tenido que establecerse en la Pobleta con la division da reserva, para proteger el paso de un gran desfiladero. La division San Miguel acampó aquella noche donde la reserva.

El 8 ofreció la marcha mayores dificultades todavía, por las diferentes cortaduras que se habian practicado en el camino. El general en gefe hizo venir la division Borso di Carminati que se hallaba al frente de Morella, para proteger el paso de otro desfiladero que se hallaba en la direccion de la ermita de San Márcos. Al abrigo de dichas tropas

y de las dos baterías de batalla de la brigada del tercer departamento pudo pasar todo el material hasta dicha ermita: habiéndose contentado el enemigo con sostener un continuo tiroteo desde las alturas que ocupaba.

Desde la ermita de San Márcos continuaron hácia el campamento de Morella todas las piezas de grueso calibre, bajo la proteccion de la division Borso, un batallon de la de Pardiñas, un escuadron de reserva y media batería; habiendo quedado acampado en las inmediaciones de la ermita el resto del tren de artillería, todo el de ingenieros y la administracion militar, cubierto todo por la division de reserva.

Al oscurecer fué atacada la division del general Don Santos San Miguel, que cubria la marcha y llegaba á los puestos designados para su campamento. Cabrera escogió este momento para atacar con todas sus fuerzas la derecha de la línea. En los primeros momentos del combate no pudieron resistir nuestros tiradores y sus reservas á un enemigo tan superior en número, por lo cual se vieron obligados á retroceder y abandonar una casa que habia de formar la extrema izquierda de nuestra línea. Se aumentaba el fuego á proporcion que la noche adelantaba, y despues de reforzar el general Oráa su posicion, ordenó al coronel del regimiento de caballería del Rey D. Adrian de Jácome cargase por su frente al enemigo con un escuadron de su cuerpo, ínterin los tiradores del 6.° de caballeria ligera á las órdenes de su capitan D. Rafael Acedo Rico lo verificaban por la izquierda.

Produjo un excelente efecto la bizarría de tan acreditados cuerpos, pues sin esperar la infantería que seguia al general en gefe, obligaron al enemigo á desocupar dicha casa y á refugiarse á una línea de peñascos, desde donde continuaban sus fuegos: y de los cuales le arrojaron denodadamente algunas compañías de San Fernando y Castilla, conducidas por algunos oficiales de estado mayor y ayudantes de campo que iban á las inmediaciones de dicho gefe superior. Los enemigos, arrollados en todos sentidos, tuvieron que acogerse á sus antiguas posiciones.

El general en gefe continuó su marcha el 6 con el comvoy restante y las divisiones de reserva, habiendo lle-

gado la del general San Miguel sin otra novedad alguna. Se empleó el resto de aquel dia en reconocer los puntos mas ventajosos para cortar las comunicaciones á los defensores de Morella, tomando otras disposiciones relativas á establecer definitivamente el sitio. En todos estos movimientos huyeron los enemigos delante de los nuestros, que conservaron sus posiciones, á pesar del vivo fuego que les dirigia la artillería enemiga de la plaza.

El general en gefe hace un elogio brillante de la conducta de su ejército durante todos estos movimientos, alabando sobre todo la bizarría del batallon del regimiento inmemorial del Rey, que se mostró digno de su antiguo nombre. Tambien recomienda el porte distinguido de la artillería de batalla, cuyos tiros acertados contribuyeron tanto á rechazar al enemigo. El mérito contraido en la marcha del 8 fué tan distinguido que movió al general en gefe á conferir algunos premios en el mismo campo de batalla.

El mismo general en gefe en parte del 11 dice que en la última noche se han ocupado por diez y ocho compañías los once puntos mas ventajósos para cerrar las comunicaciones entre la plaza de Morella y los enemigos exteriores, sin que estos hayan hecho oposicion alguna: que en la madrugada del mismo dia habian practicado el último reconocimiento los gefes de artillería é ingenieros, á fin de determinar el emplazamiento de las baterías, las cuales cree el general empezarán á establecerse en la próxima noche, es decir, la del 11 al 12.

Añade el mismo general en gefe, que el mismo dia iba á salir la division del general Pardiñas en direccion de Alcañiz, couduciendo los heridos de las últimas acciones, y traer á su regreso un convoy de víveres: que para alejar las fuerzas de Forcadell y Merino, que podian embarazar la marcha, habia salido aquella mañana de su campo la division del general Don Santos San Miguel, quien arrojó al enemigo del suyo, obligándole á retirarse á sus últimas posiciones fuertes por naturaleza: mas que no habiendo regresado de su expedicion, no puede expresar los detalles de una accion en que han debido distinguirse nuestras tropas.

Con tales auspicios se presentan las operaciones sobre Morella y sitio de esta plaza. Los simples pormenores que acaban de leerse bastan para hacer ver su grandísima importancia y las dificultades que rodean la empresa. Las vencidas hasta ahora acreditan el tino y hizarría que brillan en todos estos movimientos. Cualquiera que se penetre un poco de la aspereza del terreno, cortado por bosques y desfiladeros y atienda al mismo tiempo al número de enemigos esparcidos en todas las direcciones, conocerá lo que se ha hecho con solo el acto de establecerse nuestras tropas delante de la plaza. La conduccion sola de la artlllería y el material tan pesado y embarazoso necesario para el sitio debe considerarse como un triunfo. No necesitamos de partes para conocer los obstáculos que habrán asaltado á todas horas á la division encargada de este servicio importantísimo; 6 dias de marcha fueron necesarios para atravesar 16 horas de camino, en el que el enemigo multiplicaba los obstáculos aprovechándose de las ventajas del terreno, incendiando los bosques por donde tenian que atravesar municiones tan considerables, fatigando por los flancos y retaguardia á una columna ya demasiado embarazada con una conduccion de efectos tan numerosos y pesados. La division del general Don Santos San Miguel ha sido sin duda la que ha hecho hasta ahora el servicio mas pesado y mas expuesto. En el ataque de la noche del 8 es la que debió haber sufrido mas, por la simple razon de que cubria la marcha del ejercito. Sabemos que el general ha tenido herido su caballo; y aunque el general en gefe no puede indicar los pormenores de su accion del 11, que tuvo por objeto cubrir la marcha del general Pardiñas, no podemos menos de creer que son dignos de la bizarría de aquellas tropas y su gefe distinguido.

Todos nuestros militares que se hallan en frente de Morella, desde el general en gefe hasta el último soldado, son dignos del mayor elogio. Tanto los españoles que se interesan en el trinnfo de nuestra causa, como los que desean su ruina, tienen los ojos puestos en sus operaciones. Seria una satisfaccion para nosotros indecible el poder anunciar en este número la toma de Morella. Si se difiere su publicacion

dos ó tres dias despues del acostumbrado, no será por otra causa que por aguardar algun definitivo resultado.

ADVERTENCIA.

Los pormenores tan interesantes hoy sobre las operaciones del ejército del centro delante de Morella no nos han dejado espacio para hablar de la del ejército de Cataluña, en las que brilla la toma de Solsona. Tambien se ha omitido por lo mismo decir algo sobre el ejército de reserva, de los movimientos militares en Castilla y en Extremadura. Todo tendrá lugar en nuestro número siguiente.

ÍNDICE

de los artículos contenidos en este número.

